

LA VENGANZA DE LOS SIERVOS

RUSIA 1917

JULIÁN CASANOVA



Casanova nos presenta un ensayo en que el análisis de las revoluciones (estima que hubo varias, simultáneas y superpuestas) bajo la premisa de que no hay explicaciones simples para los grandes acontecimientos, y la revolución soviética entra dentro de tales parámetros. ¿Cómo se puede explicar el brutal cambio que se produjo en apenas nueve meses de 1917? Cambio que afectó a todas las esferas de la sociedad, economía, religión, política, cultura, etc.

Sufrió Rusia prácticamente de la noche a la mañana un cambio absoluto que hizo a aun país irreconocible. El derrumbe de la monarquía llegó sin que nadie se diera cuenta (y obligado más por las presiones de los altos cargos, civiles y militares que por las masas levantiscas), y tras un vano intento de democratización al estilo occidental en una nación en plena guerra, una guerra no deseada por nadie, ni siquiera por la mayoría del ejército, una nación en que la agricultura se había ido al traste, con los obreros industriales reivindicando derechos, con las mujeres pidiendo pan, con un ejército cada día más inexistente, con algunas de las repúblicas del imperio reivindicando soberanía, pasó lo que tenía que pasar.

El gobierno provisional con el príncipe Lvov y más tarde Kerenski al mando, fue incapaz de conectar con las reivindicaciones de un pueblo alzado y de firmar una paz en la guerra europea que todos reclamaban. Ello supuso su pena de muerte, y dio lugar a la toma del poder por los soviets. El zar dimite en febrero, y en octubre los soviets se alzan con el gobierno. Ahí es donde aparece la figura de Lenin, partidario de la toma rápida del poder por el partido bolchevique, frente al intento de control de otros grupos, como los mencheviques, los liberales, etc. Puesto a ello, lo consigue, y así se consolidó, en ese pequeño espacio de tiempo, el paso de la autocracia zarista trasnochada y agotada a la revolución comunista. Tendría que venir después la guerra civil, con la creación del Ejército Rojo y la consolidación de los bolcheviques en el poder, para que quedara en afianzado el nuevo régimen, que tuvo más de 70 años de existencia.

Lectulandia

Julián Casanova

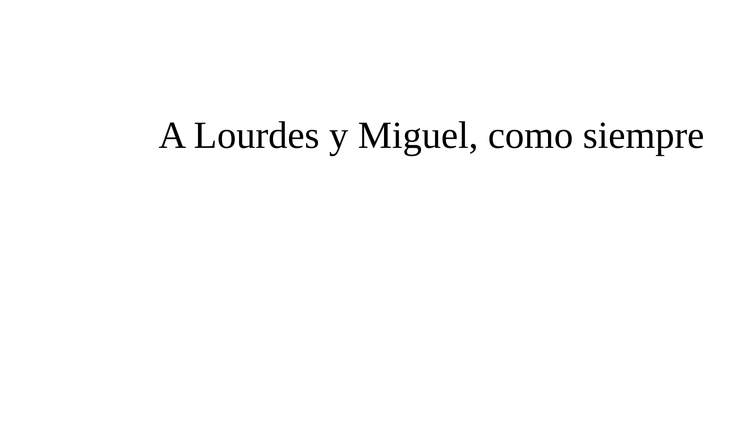
La venganza de los siervos

Rusia 1917

ePub r1.0
Titivillus 25.01.18

Título original: *La venganza de los siervos*
Julián Casanova, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



A Lourdes y Miguel, como siempre

Agradecimientos[1]

He escrito este libro en Budapest y es el fruto de mis estancias como investigador y profesor visitante en la Central European University durante los últimos seis años.

En esa universidad, modelo de programas de educación internacional y de conocimiento en humanidades y ciencias sociales, he compartido con diferentes colegas y amigos la pasión por el conocimiento, la perspectiva global de la educación, el pensamiento crítico y el enfoque interdisciplinario. Quiero destacar a Zsolt Enyedi, András Bozoki, Carsten Q. Schneider, Béla Greskovits, Andrés Moles, Robert Sata, Gabor Toka, Doro Bohle, Matthias Rield, Aziz Al-Azmeh, Nadia Al-Bagdadi, Constantin Iordachi, Marsha Siefert y Alfred J. Rieber. La deuda con el profesor Rieber, uno de los más notables estudiosos de la historia de Rusia, es especial, por las numerosas conversaciones que he mantenido con él y por los consejos e información que me ha transmitido.

La mayoría de las fuentes, en inglés, han sido consultadas en los excelentes fondos que la Biblioteca de la Central European University de Budapest tiene sobre Rusia. Las que no se encontraban allí, han sido obtenidas gracias a la eficacia y amabilidad de los especialistas del servicio de intercambio de la Universidad de Zaragoza y de la CEU.

Desde hace años, Carmen Esteban está detrás de la edición de mis libros en Crítica, de los que cuida hasta el último detalle. En este caso, mi agradecimiento va también dirigido a Óscar González, Carlos Salom y Natàlia Sánchez. Y a Carlos Gil Andrés, por aportar los comentarios de un lector sabio y crítico.

Introducción

Un caleidoscopio de revoluciones

No hay explicaciones simples para los grandes acontecimientos, y lo ocurrido en Rusia en 1917 pertenece a esa categoría, con un enorme impacto en todas las esferas de la vida de sus ciudadanos. Ningún aspecto de su sociedad, economía, política o cultura quedó intacto. La dinastía Románov desapareció de la noche a la mañana. Unos meses después, los bolcheviques tomaron el poder, en el cambio más súbito y amenazante que conoció la historia del siglo XX, y ahí reside la relevancia de esa doble revolución, de febrero y de octubre de 1917, que sucesivamente derribó al régimen zarista y al Gobierno Provisional de Aleksandr Kérenski.

En uno de los países más grandes del mundo, el poder pasó en un período muy corto de tiempo, en menos de un año, de una autocracia tradicional, que hundía sus raíces en el medievo, a los revolucionarios marxistas. El capitalismo y el mercado desaparecieron e instituciones básicas e históricas como la familia o la religión sufrieron una profunda transformación.

El Estado que salió de la revolución bolchevique, y de su triunfo en la guerra civil posterior, desafió a aquel mundo dominado por los imperios occidentales, al capitalismo y, muy pronto, también al otro nuevo actor, al fascismo. Inspiró a movimientos comunistas y a otras grandes revoluciones como la china y tuvo, tras la Segunda Guerra Mundial, una notable influencia en los movimientos anticoloniales y en el diseño y construcción del mundo de la Guerra Fría. Como apunta Christopher Read, uno de los historiadores más cualificados sobre aquellos acontecimientos, «no hay revolución que merezca mejor ese nombre».

Las revoluciones son acontecimientos extraordinarios, con un impacto notable en la historia de las naciones y en el escenario internacional. Aunque el término «revolución» se usa constantemente, se hace de forma ambigua e imprecisa. En historia aparece indistintamente frente a revuelta o rebelión y casi siempre implica una ruptura con el pasado, un cambio de las relaciones entre la gente y sus modos de vida. Eso es lo que ya percibió el duque de Liancourt cuando en la mañana del 14 de julio de 1789, con la multitud en las calles gritando «a la Bastilla, a la Bastilla», respondió a la pregunta de Luis XVI, «¿es una revuelta?», con la famosa sentencia: «No, Señor, es una revolución».

Esa confusión en torno al concepto se debe en parte al enorme peso simbólico que las revoluciones han llegado a poseer en el mundo contemporáneo. Desde la explicación de Karl Marx en el siglo XIX, centrada en las contradicciones estructurales objetivas de los procesos sociales, hasta quienes las han considerado como meros episodios de violencia, el tema ha dado lugar a interpretaciones para

todos los gustos.

Theda Skocpol, autora de un estudio ya clásico de historia comparada de las tres «grandes» revoluciones en Francia, Rusia y China, las definió como «transformaciones rápidas y fundamentales de la estructura de clases y del Estado en una sociedad», acompañadas, y en parte ayudadas, por revueltas y movimientos sociales desde abajo.

En su definición, cuestionada y modificada por acontecimientos y enfoques posteriores, intervenían dos elementos decisivos. En primer lugar, la transformación tenía que ser social y política: al cambio político, súbito y violento, debían acompañarle, en un corto o muy corto período de tiempo, transformaciones sociales profundas, la inversión sustancial de la situación anterior. Y era eso justamente lo que las diferenciaba de los golpes de Estado, de las revueltas palaciegas o de las rebeliones que no modificaban las bases sociales del poder político. En segundo lugar, las revoluciones sociales debían incluir algo más que una renovación planeada por una elite desde arriba; la lucha de clases, la insurrección popular, ocupaban de esa forma un espacio primordial en el cambio.

En el análisis de Skocpol, según señalaron ya sus críticos, se prestaba escasa atención a los liderazgos, a las ideologías, cultura y acciones conscientes de las organizaciones políticas y de los movimientos sociales. Porque, por muy precisa o general que sea la definición, cuando se desciende al terreno de la historia, en un espacio y tiempo específicos, la narración tiene que centrar su foco en los actores y grupos sociales, en los conflictos entre las elites y en sus luchas por el poder. El estudio de la revolución no puede separarse del de la contrarrevolución, del impacto que genera, de las reacciones que provoca a su favor, de las resistencias que suscita en su contra.

Como también anticipó Skocpol frente a los relatos militantes y de activistas, los procesos revolucionarios, al margen de los sueños igualitarios, entrañaban la construcción de nuevas formas de Estado y las revoluciones «triunfantes» concluyeron con la consolidación de un nuevo poder estatal. En resumen, las revoluciones cambian muchas cosas, entre ellas la jerarquía establecida entre las clases y los valores e instituciones sociales, pero, sobre todo, crean Estados más burocráticos, centralizados y represivos que los ya existentes.

La principal tendencia en la historiografía reciente, enriquecida por decenas de estudios locales, la microhistoria y la apertura de archivos, es subrayar que los acontecimientos en Rusia formaron parte de un «continuum of crisis» (Peter Holquist), de un proceso de crisis constante, en varias fases entre 1914 y 1921 —guerra mundial, revoluciones y guerras civiles—, y sin claros puntos de separación. Y esa es la cronología básica, el principio y el final, que también marca la narración en mi libro.

Orlando Figes, otro de los eminentes especialistas, describe aquel período como un «conjunto complejo de diferentes *revoluciones* que explotaron en medio de la

Primera Guerra Mundial y puso en marcha una reacción en cadena de más revoluciones, guerras civiles, étnicas y nacionales». Varios autores, que comenzaron a publicar sus obras después de 1991, cuando desapareció el Estado al que dio lugar la conquista bolchevique del poder, hablan de un «caleidoscopio de revoluciones». Caleidoscopio o combinación diversa y cambiante de causas, acontecimientos y resultados, con personas de carne y hueso en el centro de la narración.

El desplome de la Unión Soviética permitió investigar e interpretar con una mejor perspectiva histórica la espiral de conflictos, cambios, sueños, decepciones y violencia que se desataron en la Primera Guerra Mundial y continuaron durante los años de revolución y guerras civiles.

La mayoría de esos nuevos estudios no están disponibles en castellano y son escasas las historias generales y breves que han incorporado toda la reciente historiografía sobre las identidades de clase, nacionales, étnicas y religiosas que configuraron el complejo escenario cultural y social del imperio ruso. Ese es el reto, fascinante y complicado a la vez, de captar y sintetizar, en apenas doscientas páginas, las decenas de miles, imprescindibles, que se han escrito por diferentes especialistas. Es lo que intenta este libro, que incorpora y combina mis investigaciones y enseñanzas, mis deudas intelectuales con reconocidos historiadores y rusologos, y las de los estudios más especializados e inaccesibles al lector.

Muchas personas hoy, influidas por una parte sustancial de los relatos históricos y por los usos políticos de la historia, en un mundo en el que se marginan las luchas por la igualdad y una más justa distribución de la riqueza, reducen las revoluciones a la violencia. Las revoluciones en Rusia, especialmente la bolchevique, marcarían el inicio de un ciclo de violencia que llevó de forma inexorable a los horrores del nazismo y del estalinismo, identificados tras 1945 como los principales paradigmas del totalitarismo. Las revoluciones, según esa interpretación política desde el presente, fueron un fracaso y crearon un régimen y un orden social peores que el zarista al que derribaron y sustituyeron.

Sin olvidar los terribles costes sociales de aquellas transformaciones, los historiadores no podemos ni debemos evitar el análisis de por qué aquellas revoluciones ocurrieron, y específicamente en Rusia, y por qué las diferentes formas de socialismo, moderado o radical, fueron tan atractivas y esperanzadoras para millones de obreros, soldados y campesinos. Las diferentes valoraciones morales sobre el comunismo, su utopía, los sueños y pesadillas que generó, resultan poco útiles para explicar cómo y por qué la revolución estalló en Rusia en febrero de 1917, la conquista del poder por los bolcheviques y los efectos que todos esos acontecimientos tuvieron en la configuración del mundo del siglo XX.

La historia política y social de las revoluciones son inseparables y por eso pongo tanto énfasis en el fenómeno del poder, en los grupos y movimientos que se lo disputaban y en los conflictos que su posesión o búsqueda desataban. Es una historia que explora los diferentes significados de las revoluciones para mucha gente. Desde

la óptica de las elites, de los revolucionarios, desde arriba y desde abajo, atendiendo a quienes se centran en ideologías y abstractas fuerzas sociales y a los que escuchan las voces de los individuos atrapados por ellas. Historiografía militante, oficial, contrarrevolucionaria, revisionista. Una historia de héroes y villanos. Gloriosa para unos y caótica, desordenada, violenta, excesiva, para otros.

Budapest, noviembre de 2016

1

Una autocracia anquilosada

Yo concibo a Rusia como un latifundio en el que el propietario es el Zar, el administrador la nobleza, y los trabajadores son los campesinos.

NICOLÁS II, 1902

Una revolución había comenzado en el corazón de su gran imperio, pero Nicolás II (r. 1894-1917) no se había enterado. Estaba en su cuartel general, en Maguilov (hoy, Bielorrusia), a más de 700 km de la capital, Petrogrado, desde donde mal dirigía una guerra desastrosa para Rusia, que había estallado en agosto de 1914 en medio del fervor patriótico y que había derivado muy pronto en una carnicería, con quince millones de hombres movilizados, de los que, a finales de 1916, casi la mitad habían resultado muertos, heridos de gravedad o prisioneros de guerra.

En las primeras semanas de 1917, una multitud de mujeres pobres, muchas de ellas esposas de los soldados que estaban en las trincheras, hacía, día tras día, largas colas en las calles heladas de Petrogrado para comprar pan y productos de primera necesidad. El 23 de febrero (8 de marzo en el calendario occidental),[2] Día Internacional de la Mujer Trabajadora, miles de ellas, acompañadas de mucha gente de los barrios industriales y obreros de las fábricas, se dirigieron a Nevski Prospekt, el ancho y lujoso bulevar de palacios, casas de ricos y comercios que cruzaba el corazón de la capital, para protestar contra la carestía y el racionamiento del pan. Durante los dos días siguientes, miles de trabajadores tomaron las calles y hubo enfrentamientos con la policía y los escuadrones de cosacos montados a caballo.

El 24 de febrero, el zar escribía a la zarina, Alejandra Fiódorovna, su «Sunny» o «Ray of Sunshine», como la llamaba en la correspondencia mutua que se conserva de aquel período, de cientos de cartas, escritas en inglés, idioma que utilizaban para comunicarse: «Mi cerebro descansa aquí —ni ministros, ni temas fastidiosos reclaman mis pensamientos». El 26, con decenas de muertos en las calles y soldados ya amotinados, apuntó en su diario que había ido a misa, desayunado con mucha gente, escrito la carta de rigor a la emperatriz, tomado el té y jugado al dominó por la tarde. El tiempo, decía, era bueno, aunque helador.

Tan solo unos días después, el 2 de marzo, tuvo que abdicar. Así acabó el dominio de la dinastía de los Románov, que había comenzado trescientos años antes con la coronación de Miguel I (r. 1613-1645). De golpe, todo el edificio del Estado ruso se

desmoronó.

Las dos Rusias

El sistema del dominio zarista llevaba ya un tiempo en declive. La derrota en la guerra de Crimea (1853-1856), en su propio suelo, ante británicos y franceses, sus grandes rivales imperiales en Occidente, había puesto al descubierto su atraso militar, económico, social y administrativo.

Tras esa humillación bélica, a la que siguió la político-diplomática del Tratado de París, que desarmó a Rusia en el Mar Negro, el abuelo de Nicolás, el zar Alejandro II (r. 1855-1881), emprendió una serie de reformas diseñadas para modernizar —occidentalizar— la economía, introducir autonomía en la administración local y provincial y crear un servicio militar obligatorio para todos los sectores de la población. Además de sustituir al señorial y al de vasallaje que tan ineficaz había resultado, ese nuevo reclutamiento militar debería servir también para disciplinar e instruir a millones de jóvenes varones, que en Rusia significaba campesinos, en los valores patrióticos, militares y en la obediencia al orden y a la autoridad. Eso mismo es lo que estaban haciendo, por esas fechas, las mayores potencias europeas.

La reforma de más largo alcance fue la abolición de la servidumbre en 1861, la institución que simbolizaba por excelencia ese atraso. Los casi veintitrés millones de siervos, sometidos y poseídos por la nobleza, fueron emancipados, aunque no liberados. Siguieron vinculados a la comuna local, inferiores legalmente a la nobleza, tendrían que pagar por el lote de tierra que iban a recibir, mientras que el Gobierno proporcionaría compensaciones para la nobleza, y aunque se suponía que esos campesinos iban a adquirir derechos que hasta entonces no tenían, en realidad el Estado los abandonó al libre albedrío de terratenientes y burócratas. Porque todas esas buenas intenciones de las reformas se llevaron a cabo, en palabras de Harold Shukman, «para reforzar al Estado, no a la sociedad».

Desde ese momento, y durante las décadas finales del siglo XIX y los primeros años del XX, el gran imperio ruso experimentó fuertes tensiones entre la reforma y la reacción, la tradición y la modernidad, que salieron con fuerza a la luz en momentos decisivos, puntos de inflexión en la conciencia social —como durante la hambruna de 1891, la revolución frustrada de 1905 y la Primera Guerra Mundial—, traumas acumulados hasta el estallido de febrero de 1917.

Eran las dos Rusias, a las que se había referido Aleksandr Herzen (1812-1870), la

oficial y la campesina, la de los terratenientes, jerarquía eclesiástica y burocracia imperial, frente a la gran masa de población, analfabeta y empobrecida. En las décadas siguientes a la muerte de Herzen, precursor de la idea de una vía autóctona al socialismo diferente a la de Europa occidental, una Rusia más pequeña, de burgueses, abogados, médicos, profesores y trabajadores cualificados de las industrias, se estaba abriendo camino, penetrando por las grietas que la erosión de la vieja estructura social permitía.

La nobleza, que parecía a los ojos de muchos una clase en declive, ejercía todavía un notable poder económico y político en Europa a finales del siglo XIX. Eso era muy cierto en los grandes imperios del centro y este del continente, donde los nobles ocupaban puestos importantísimos en el ejército y en la burocracia del Estado, pero también en Inglaterra, la tierra de la primera revolución industrial, de fabricantes, banqueros e inversores, que vio cómo la «vieja» nobleza explotaba las nuevas oportunidades económicas que les proporcionaba el avance del capitalismo. Entre 1886 y 1914, casi la mitad de los miembros del consejo de ministros eran aristócratas.

Desde que subió al poder en 1888, hasta su derrocamiento en 1918, el emperador alemán Guillermo II creó varios centenares de nuevos nobles. En Rusia, la burocracia imperial era una casta de elite que se encontraba muy por encima del resto de la sociedad y el sistema zarista, como ha mostrado Orlando Figes, «estaba basado en una estricta jerarquía social». Esa elite dominante en Rusia procedía sobre todo de la vieja y rica aristocracia terrateniente, los Strógonov, Dogorukov, Sheremétev, poderosas dinastías que se habían mantenido en la cúspide del Estado ruso desde su gran expansión territorial en el siglo XV.

Rusia era una sociedad campesina en tiempos de Alejandro II y continuaba siéndolo bajo el reinado de su nieto Nicolás. Los campesinos veían al Estado como una estructura de poder malévola y ajena que solo les cobraba impuestos y reclutaba a los más jóvenes para la guerra, sin ofrecerles nada a cambio. La comuna, la comunidad de las aldeas, era el centro de su mundo y los campesinos permanecían aislados del resto de la sociedad, no integrados en la estructura política, cultural y legal del sistema zarista, y distantes tanto del orden social conservador como de la oposición radical. Su única lealtad era hacia el distante zar, a quien veían, con una devoción que apenas había cambiado durante el siglo XIX, como un ser superior, más allá del mal que encarnaban los terratenientes opresores y los recaudadores de impuestos. Las decisiones principales en la comuna campesina las tomaban los patriarcas, el sector más acomodado y rico al que seguía el resto de sus habitantes.

Era una sociedad tradicional, que resistía la penetración del capitalismo, de los usureros y prestamistas, con un peso importante de la cultura oral, altas tasas de analfabetismo y dominio del orden patriarcal. Los campesinos rusos, frente a algunos tópicos muy extendidos, poseían una considerable proporción de tierra, gestionada directamente o por medio de la comuna, y vivían en pueblos relativamente autónomos, mientras las clases terratenientes no controlaban directamente la

producción, ni la administración o los mecanismos de coerción.

El régimen zarista marginaba al campesinado, sus burócratas diseminados por decenas de capitales de provincia no sabían nada de él, pero a la vez le temía. Comparado con el de otras sociedades rurales de Europa en ese momento, era además un campesinado revolucionario, que reclamaba las tierras de los terratenientes que no habían pasado a sus manos tras el Edicto de Emancipación de los siervos de 1861, un 22% aproximadamente de toda la tierra, casi siempre la de mejor calidad, y que consideraba a la propiedad comunal, y no privada, la base fundamental de su modo de vida. El campesino vivía en general una vida de pobreza y privaciones, que se manifestaba, por ejemplo, en la tasa más alta de mortalidad infantil de todos los imperios europeos.

Lejos de ser una arcadia feliz, como la habían descrito las visiones románticas de la primera mitad del siglo XIX, esas comunas, que contaban con claras diferencias entre campesinos pobres (*bedniaki*) y ricos (*kulaks*), se regían por normas estrictas, dominadas por los hombres más influyentes y donde las mujeres eran meros objetos que podían ser golpeados y humillados por sus maridos. Había crueles castigos públicos para mujeres adúlteras, ladrones de caballos o transgresores de las normas.

La violencia, como han demostrado diversas investigaciones, formaba parte de la cultura del campesinado ruso. Aislados de la sociedad oficial, sin muchos derechos como ciudadanos, esos campesinos no iban a respetar muchas leyes en el momento que la coerción que el Estado ejercía sobre ellos desapareció con el vendaval revolucionario que se llevó al zar Nicolás II en febrero de 1917. Pero con el final del despotismo, los campesinos no solo promovieron la «anarquía» y la destrucción, como cree, por ejemplo, Richard Pipes, incapaces según ese argumento de desarrollar un papel positivo. Los ideales de la revolución campesina, su cultura de enfrentamiento al mundo que les rodeaba, orientaron también el nuevo orden que comenzaron a construir en 1917-1918, en el momento de la quiebra de la autoridad y del Estado.

Durante las tres décadas anteriores a la revolución, muchos campesinos emigraron a las ciudades en busca de mejorar su posición social fuera de la agricultura. Los empleos de la ciudad poseían muchos más atractivos que el trabajo en el campo, especialmente para los jóvenes que aprendían a leer y escribir y podían captar, a través de la propaganda que llegaba desde las ciudades en periódicos y panfletos, el contraste entre la vida social urbana y la rural. La ciudad ofrecía además independencia y eso es lo que buscaron también las mujeres más jóvenes que abandonaron el campo y la presión del orden jerárquico patriarcal para trabajar como sirvientas en las casas de las familias urbanas más acomodadas.

La emigración del campo a la ciudad fue posible porque, desde esos años finales del siglo XIX, Rusia experimentó un notable crecimiento industrial, con promedios del 7-8% anual en la década de los noventa, impulsado por el Estado y dependiente del capital extranjero, que se notó especialmente en los sectores textil, metalúrgico,

minero y en la explotación de los recursos naturales. El petróleo, la madera, el carbón, el hierro y el oro se extraían de forma intensiva y crearon un grupo, reducido pero potente, de empresarios, banqueros y comerciantes. Hubo, al mismo tiempo, un auténtico *boom* en el desarrollo del ferrocarril, pasando de poco más de mil quinientos kilómetros construidos en 1860 a más de treinta mil en 1890, hasta llegar a los cincuenta mil cuando estalló la Primera Guerra Mundial, incluida la línea del Transiberiano que unía Moscú con Vladivostok, a orillas del océano Pacífico.

Pero ese crecimiento mostraba también muchos límites. Una buena parte de las personas clasificadas como trabajadores lo hacían a tiempo parcial en las empresas textiles o en el ferrocarril, en las épocas en que no se les necesitaba en el campo, y solo en la minería y en las industrias metalúrgicas y de construcción de maquinaria había una clase obrera propiamente dicha, cualificada y contratada a tiempo completo. En total, incluyendo a aquellos ocupados entre la agricultura y la industria, no había más de tres millones de trabajadores industriales, apenas un 2% de la población, aunque estaban concentrados en unas pocas regiones y eso les iba a conceder en el momento de la crisis final del régimen una influencia política más allá de su peso cuantitativo. La clase media, de profesionales y comerciantes, tampoco destacaba por su número, alrededor de un millón de personas. La vida cultural de decenas de capitales de provincia era aburrida y atrasada, como reflejaba la literatura del escritor y dramaturgo Antón Chéjov (1860-1904), a propósito, por ejemplo, de Kishinev, donde vivían *Las tres hermanas*: todos sus habitantes eran iguales y lo único que hacían era comer, beber vodka y dormir. «Luego —decía su hermano Andréi—, mueren y otros ocupan su lugar, y comen, beben y duermen también».

No existía, por lo tanto, ni una poderosa burguesía industrial ni una clase media que pudiera constituir la base social para una democracia liberal. Pero tampoco un proletariado industrial que pudiera articular, a través de sindicatos y partidos políticos, una alternativa revolucionaria al régimen autocrático. En realidad, la mayoría de los disturbios sociales del período anterior a la guerra mundial reflejaban todavía las formas de protesta preindustrial, motines e insurrecciones, casi desaparecidas en los países europeos más avanzados, mientras que las huelgas, que requerían una mayor organización y disciplina, se extendían únicamente por las industrias modernas localizadas en Ucrania, los Urales y San Petersburgo. La legislación zarista prohibía a los trabajadores organizarse, declaraba ilegales las huelgas y condenaba a la mayoría de esos obreros fabriles a largas jornadas laborales y a vivir en condiciones calamitosas, con el alcoholismo muy extendido y con epidemias, como el cólera, que castigaba a toda esa población empobrecida cada pocos años.

San Petersburgo era el paradigma de la división de la ciudad entre esos barrios insanos y los distritos del centro, con calles pavimentadas, agua corriente y electricidad. Las grandes familias de la nobleza y de la burocracia imperial estaban conectadas entre ellas por lazos de matrimonio y amistad, sus hijos acudían a las

mismas escuelas de elite y todas residían en las viviendas de lujo escandaloso alrededor de las avenidas Nevski y Liteiny.

Esa industrialización y las relaciones jerárquicas que la acompañaron tuvieron también sus costes y tensiones sociales. Serguéi Witte, ministro de Economía de 1892 a 1903 y uno de los arquitectos de esa nueva época, reconocía esas tensiones en un informe secreto que dirigió al zar Nicolás en 1899: mientras Rusia estaba desarrollando «una industria de enorme tamaño», «sus servicios cuestan al país demasiado, y esos excesivos costes tienen una influencia destructiva sobre el bienestar de la población, especialmente en la agricultura». La vieja jerarquía estamental perdía su relevancia y significado, sustituida por una nueva de profesión y clase, cuyas identidades y aspiraciones desempeñarían, en palabras de Rex A. Wade, «un papel principal en el estallido de la revolución y en sus consecuencias».

Las repercusiones sociales de esas reformas y el crecimiento económico acelerado chocaban frontalmente con una estructura política que no permitía los cauces de representación popular que las revoluciones liberales habían introducido en otros países de Europa. Durante la segunda mitad del siglo XIX, la población del imperio pasó de 74 millones en 1861 a 126 en 1897, un incremento medio del 1,5% al año, y a 164 millones en 1914. Esa presión demográfica hizo subir los precios de la tierra, compra o renta, y las malas cosechas y los efectos devastadores de la hambruna de 1891-1892, que costó la vida a casi medio millón de personas, pusieron en tremendas dificultades a muchos campesinos, sometidos a los desastres naturales, pero también resentidos frente al dominio terrateniente y las disposiciones legales adoptadas tras el Edicto de Emancipación.

Alejandro II, como parte importante de las reformas administrativas y legales de los años sesenta, había permitido la formación de *zemstvos*, consejos locales elegidos por los campesinos, aunque dominados por los nobles. Ejercían derechos limitados de autogobierno, que incluían la mejora de los caminos, la educación primaria o servicios médicos y desde ellos se impulsaron a la actividad política algunos nobles liberales que desafiaron al poder autocrático durante los reinados de los dos últimos zares. El Príncipe Gueorgui E. Lvov (1861-1925), que sería el primer jefe del Gobierno Provisional en marzo de 1917 tras el derrocamiento del zar, simbolizaba el espíritu liberal de algunos de esos nobles, monárquicos, que, con lo que Figes define como «una especie de populismo paternal», creían que podían dedicarse al servicio del pueblo. Lvov fue miembro destacado del *zemstvo* de Tula desde los años noventa y, bajo su dirección, ese consejo local se convirtió en uno de los más progresistas de toda Rusia, modelo de integración de los campesinos en la vida de la nación como «ciudadanos» y no como súbditos.

Pero eso no es lo que quería Alejandro III (1881-1894), el nuevo zar que subió al poder tras el asesinato de Alejandro II en 1881, quien vio desde el principio a los *zemstvos* como unos peligrosos gérmenes de liberalismo, subversión y revolución campesina. Su principal tutor y consejero, Konstantín Pobedonóstsev, le advirtió que

continuar con las reformas solo ayudaría a producir y alimentar más revolucionarios como los que habían matado a su padre.

Sus contrarreformas reafirmaron los principios de la autocracia, una respuesta reaccionaria, defensiva, de miedo al cambio, que restringió las vías de participación abiertas en los consejos locales y fortaleció la burocracia estatal y la fuerza policial. En 1889 se creó un nuevo rango de funcionarios de provincias, «los capitanes de la tierra» (*zemskie nachal'niki*), con poderes judiciales para reforzar la supervisión directa del Estado sobre los campesinos, a la vez que se desarrolló una policía secreta (la *Ojrana*) para prevenir la actividad política clandestina.

Según Orlando Figes, las contrarreformas de Alejandro III «fueron un punto vital de inflexión en la prehistoria de la revolución», porque pusieron al régimen y a la sociedad en la senda de ese cataclismo. Los *zemstvos* eran la única institución capaz de proporcionar una base política al sistema autocrático en el campo y la reacción contra ellos, que corría paralela a la reacción de la nobleza contra la democracia, acabó con el sueño liberal de convertir a los campesinos en ciudadanos y contribuyó más a la perpetuación de las dos Rusias. Sin un apoyo en el viejo sistema de dominio, los campesinos no dudaron, cuando los mecanismos de coerción se derrumbaron en febrero de 1917, en barrerlo completamente, creando el vacío político para la conquista del poder por los bolcheviques unos meses después.

La semilla de la revolución

La represión, la ausencia de instituciones representativas y de libertades generaron la aparición y desarrollo de una oposición radical al sistema zarista dispuesta a derrocarlo por diferentes medios. Esa oposición estaba compuesta fundamentalmente por intelectuales, las elites educadas, lo que en ruso se llamó *intelligentsia*, estudiantes, escritores, profesionales, una especie de subcultura al margen de la Rusia oficial, que intentaban explotar cualquier rastro de descontento popular para conquistar el poder. Una minoría radical de esa *intelligentsia* llevó sus críticas más allá de su disidencia intelectual y, como observa Wade, «rompió sus lazos con la sociedad convencional y se comprometió de forma consciente en el derrocamiento del orden zarista». Fueron ellos quienes establecieron una tradición de ideas, propaganda y agitación revolucionarias, antes de que, con el cambio de siglo, todo eso se plasmara en la creación de diferentes partidos socialistas que dominaron después el escenario político en 1917.

Muchos de esos estudiantes, escritores y profesionales compartían ideas, pero también, según Orlando Figes, lenguaje, códigos de conducta, formas de vestir y sentimientos de honor y camaradería, manifestados en clubes, cafés, círculos sociales y panfletos y revistas, que los separaba como una «subcultura» del resto de la sociedad privilegiada, de la que procedían.

No era tanto una clase como un «estado de ánimo», un culto general a la actividad revolucionaria, sostiene ese historiador británico, para quien resulta imposible comprender el extremismo político de la *intelligentsia* rusa sin considerar su «aislamiento cultural». Esa «elite minúscula estaba aislada de la Rusia oficial por su política y de la Rusia campesina por su educación». Esas dos formas de aislamiento eran insalvables, pero más importante todavía, la *intelligentsia* rusa estaba «desconectada» del mundo cultural europeo que intentaba emular. La censura prohibía todas las expresiones políticas, así que cuando las ideas eran introducidas en Rusia «asumían el estatus de un dogma sagrado, de una panacea para todos los males del mundo», más allá de cualquier cuestionamiento o de la necesidad de ponerlas a prueba en la vida real. Las modas intelectuales europeas del siglo XIX se expandían por San Petersburgo una tras otra —desde Hegel en los cuarenta al marxismo en los noventa— y cada una de ellas era vista como «una verdad final». Al cultivar una imagen en blanco y negro, de mundos contrapuestos, entre «progreso» y «reacción», amigos y enemigos de la causa del pueblo, sin espacio para nadie en el medio, echaron las raíces de la «visión del mundo totalitaria».

Como la política oficial era tan represiva y poco fiable, sectores educados y críticos dirigieron sus ojos a los escritores de novela social, como Fiódor Dostoyevski (1821-1881) o Máximo Gorki (1868-1936), y a sus héroes literarios, siempre comprometidos con la causa popular. *¿Qué hacer?* (1862), de Nikolái Chernishevski (1828-1889), se convirtió en un modelo para toda una generación de revolucionarios —incluido Vladímir Lenin, que titularía de la misma forma su famoso ensayo de 1902—, el «evangelio» del movimiento, como le llamó Piotr Tkachov (1844-1886), uno de los pensadores pioneros de la conquista del poder por una vanguardia.

Hay, por supuesto, interpretaciones menos profundas y más negativas de esa *intelligentsia*, a la que se le achacan todos los males que llegaron a Rusia con la caída del zarismo y la sustitución de ese despotismo por otro, el bolchevique, después de pasar unos meses por la anarquía. Richard Pipes argumenta que en los últimos tiempos de la Rusia imperial había importantes tensiones causadas en parte por la renuencia del zarismo a democratizar la política y por la situación explosiva en el mundo rural, raíz de un conflicto de larga duración, donde no había tierra para todos quienes vivían en ella. Pero «el factor de verdad clave, el que transformó quejas específicas en un rechazo total del orden político, económico y social, fue la *intelligentsia*».

El problema de esa *intelligentsia* rusa, añade Pipes, tanto la liberal como la radical, es que no tenían oportunidad de poner en práctica todos esos sueños utópicos

y nunca podían aprender de la experiencia. No aceptaban las reformas, porque el único objetivo era la revolución: cuando el Gobierno no hacía nada, le acusaban de pasividad; cuando hacía concesiones, consideraban que eran los burócratas quienes estaban detrás. Cada vez eran más fanáticos con su utopía, hablando siempre de un pueblo al que no representaban.

Alimentadas por esas ideas, las primeras expresiones de oposición política a la autocracia zarista tomaron las formas de organizaciones clandestinas, muy vinculadas al populismo (*narodnichetsvo*) y a las elaboraciones del socialismo agrario y comunal, que propugnaba el derrocamiento de la autocracia y una revolución social que distribuiría la tierra entre los campesinos. Al rechazar las reformas de la Emancipación como injustas y defender para Rusia un camino diferente al del desarrollo occidental capitalista, su visión central de la transformación revolucionaria residía, en opinión de Edward Acton, en la comuna campesina, que «había preservado al campesinado de la corrupción de la propiedad privada». Con esa tradición igualitaria, Rusia podría evitar el capitalismo y hacer una transición directa al socialismo.

Esas visiones románticas acerca de los lazos indisolubles del campesinado y de su superioridad moral frente a los valores modernos y occidentales, tenían que ser propagadas a través de la educación, preparar al pueblo para comprender sus intereses e instruirlo en sus tareas en la futura revolución. Y eso es lo que hicieron en el verano de 1874 miles de estudiantes radicales, que se fueron al campo, siguiendo su consigna «Ve con el pueblo», para intentar atraer a los campesinos al movimiento revolucionario. El choque con la realidad fue brutal porque esos grupos educados en las ciudades no sabían nada sobre el campesinado, confirmando que había un abismo entre esos dos mundos, las «dos Rusias» de Herzen, la oficial y la campesina. Un problema compartido con otras sociedades campesinas, señalado por antropólogos e historiadores: las dificultades de movilizar y organizar a los campesinos, un grupo «de baja clasicidad», de escasa conciencia de clase, como lo definió Teodor Shanin, y convertir sus formas de resistencia cotidiana en acciones revolucionarias.

Dado el escaso impacto de esa convivencia con el verdadero pueblo, desencantados, algunos de ellos recurrieron al terrorismo contra quienes mejor simbolizaban la opresión. De los grupos que surgieron con esa nueva táctica, destacó el denominado «Voluntad del Pueblo», la primera organización de la historia dedicada específicamente a propagar el terror político, enzarzados sus miembros en un círculo vicioso de atentados y represión policial. El punto de inflexión de ese círculo fue el intento de asesinato frustrado del general F. F. Trépov, gobernador de San Petersburgo, en 1878, por Vera Zasúlich, aclamado como un mártir de la justicia, al que siguieron varios asesinatos y seis intentos fallidos de acabar con el zar Alejandro II. Una bomba lo consiguió finalmente el 1 de marzo de 1881.

En Rusia, muchos de los miembros de la «Voluntad del Pueblo» fueron encarcelados —y algunos, ejecutados—, en la escalada de represión que siguió al

asesinato del zar, pero otros siguieron, como el hermano mayor de Lenin, Aleksandr Uliánov, ahorcado tras fracasar en su atentado a Alejandro III en el sexto aniversario de la muerte de su padre. El círculo de atentados y represión generó mucha violencia, unos diecisiete mil asesinados o heridos por los terroristas en los últimos veinte años del régimen zarista. Y además, mucha de esa violencia se desvinculó de los objetivos políticos iniciales, desestabilizar al sistema y proporcionar la chispa para la rebelión popular, y derivó en violencia criminal, sostenida en robos de bancos y trenes para ganancia personal de quienes la practicaban.

La utilización de la bomba y el atentado personal para destruir el mal e incitar al pueblo a la rebelión no funcionó como táctica de lucha, como ocurrió también con los magnicidios cometidos por anarquistas en varios países de Europa en la década posterior, que llegó incluso a Estados Unidos, con el asesinato del presidente William McKinley (1843-1901), pero sirvió para que los gobiernos intensificaran la represión y para que aparecieran alternativas que consideraban al terrorismo inútil para la transformación de la sociedad y la conquista del poder.

Tras esos fracasos, la *intelligentsia* revolucionaria se vio obligada a repensar su teoría y práctica. Y de ese proceso salieron los principales partidos que se organizarían y alcanzarían su madurez ideológica durante el reinado de Nicolás II e iban a desempeñar papeles protagonistas en 1917. El marxismo comenzó a circular y ganar terreno durante los años ochenta y *El capital*, que pasó la censura porque los encargados de leerlo pensaron que «pocos lo iban a entender» y, que además, su crítica del sistema se aplicaba al modelo industrial británico, pero nada tenía que ver con el ruso, fue publicado, y con mucho éxito, en 1872, cinco años después del original en alemán y quince antes de la primera edición en inglés.

Uno de esos grupos que seguía las tesis de Karl Marx fue el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POSDR), cuyo primer congreso fundacional se celebró en secreto en 1898 y recogió desde el principio a algunos destacados militantes del populismo, como Gueorgui Plejánov (1856-1918), que, tras rechazar el uso del terror, defendían que solo una revolución social que procediera del pueblo podría llegar a tener éxito y ser al mismo tiempo democrática. La clase obrera industrial, y no el campesinado, sería el principal agente de la revolución, dirigida por un pequeño grupo de revolucionarios profesionales que, como expresaba Vladímir Uliánov Lenin (1870-1924) en su panfleto *¿Qué hacer?* (1902), ayudarían a extender la necesaria conciencia de clase y acelerarían el proceso revolucionario.

Ese nuevo partido se dividió muy pronto, en su segundo congreso celebrado en Bruselas en 1903, entre la facción bolchevique (mayoritaria) y la menchevique (minoritaria), tras una discusión en torno al papel del partido y de sus afiliados entre Lenin y Yuli Mártov (1873-1923). Durante un tiempo, mientras ambas facciones contaban con unos cuantos miles de afiliados, las diferencias políticas entre ellas no estaban muy claras para sus seguidores y eran factores personales, sobre todo la lealtad a Lenin por parte de los bolcheviques y la oposición a él de los mencheviques,

los que actuaban como fuentes principales de atracción.

La evolución de las dos facciones en la década anterior a la revolución retrató a los mencheviques como un partido más democrático y más propenso a establecer contactos con la burguesía liberal, mientras que los bolcheviques desarrollaron algunos de los rasgos que les iban a dar la ventaja en el escenario revolucionario de 1917: disciplina y liderazgo firme alrededor de la figura de Lenin, un partido centralizado, casi militarizado, que pudiera combatir al Estado policial del zar.

Casi al mismo tiempo que los socialdemócratas se escindían, otro grupo que también procedía del populismo estableció en 1901 el Partido Social-Revolucionario (SR) bajo el liderazgo de Víctor Chernov (1873-1952), un licenciado en derecho que ya había pasado por la cárcel por su participación en protestas estudiantiles. La principal diferencia con los anteriores era su creencia en que todos los trabajadores, obreros y campesinos, estaban unidos por su pobreza y su oposición al régimen zarista, lo cual les dio de entrada, sobre todo por su énfasis en la socialización de la tierra, una base más amplia en una sociedad que, pese al crecimiento urbano e industrial, era predominantemente campesina. Entre 1901 y 1918 fue, de lejos, el partido más importante de la izquierda por el número de sus miembros y el impacto de sus acciones.

Ese vasto imperio llamado Rusia, un imperio multiétnico, que estaba en esos momentos en la transición desde la sociedad agraria a la urbana e industrial, que mejoraba sus comunicaciones y sistema de enseñanza, se enfrentaba también al crecimiento del nacionalismo. Porque ese imperio era tan grande y diverso, con millones de rusos viviendo en zonas no rusas, que ni siquiera tenía su geografía y demografía bien definidas.

El primer censo nacional que se elaboró en 1897 asignaba al imperio ruso 125 millones de habitantes, de los cuales un 52% pertenecían a la Gran Rusia, y destacaban, entre otras nacionalidades, 22 millones de ucranianos y 6 millones de bielorrusos. Aunque había más de ochenta diferentes grupos lingüísticos, las minorías reseñables no pasaban de una docena, incluidos los 8 millones de polacos que entonces eran súbditos del imperio y los 5 millones de judíos que vivían bajo leyes discriminatorias, víctimas de sangrientos pogromos y que acabaron siendo una parte importante del movimiento revolucionario marxista, al que dieron dirigentes como Mártov, Grigori Zinóviev (1883-1936), Lev Kámenev (1883-1936) o León Trotski (1879-1940).

Para los sectores ultraconservadores, las tierras no rusas del imperio eran la posesión del zar, que tenía que mantener su dominio territorial indivisible. Los liberales, por su parte, subordinaban las cuestión del nacionalismo a las luchas por las libertades civiles, creyendo que con la concesión de esas libertades, las reivindicaciones nacionalistas de algunas minorías y de los pueblos no rusos desparecerían. La mayoría de los nacionalistas, que estrecharon contactos con los socialistas, porque consideraban que sus luchas iban también unidas a una mejora de

sus condiciones sociales, no habían sido capaces de constituir un movimiento político antes de la subida al trono de Nicolás II.

Fue la política de rusificación, la subordinación al dominio cultural ruso de los pueblos no rusos, con notables límites al uso de otras lenguas y religiones, que Nicolás II defendió con energía tras la amenaza que había supuesto la revolución de 1905, la que estimuló el desarrollo de las organizaciones nacionalistas como una fuerza notable en las tierras fronterizas no rusas. El régimen zarista desarrolló en ese explosivo terreno de las identidades nacionalistas otra fuente de conflicto y resentimiento. La represión y las medidas de rusificación obstruyeron de forma temporal el desarrollo de movimientos sociales con base nacionalista. Cuando los mecanismos de represión desaparecieron en 1917, el nacionalismo, según Wade, «brotó como una parte significativa de la revolución».

Nacionalistas, judíos y revolucionarios, y también los liberales del Partido Democrático Constitucional (Kadetes, por las siglas KD del nombre del partido en ruso), fundado en 1905, eran tratados con especial dureza por la policía política del zar, cuyos agentes penetraban en todas las facetas de la vida de la población rusa, vigilaban cualquier forma de disidencia, arrestaban, torturaban o enviaban al exilio a los disidentes y subversivos.

Pero no solo eran los opositores y revolucionarios quienes eran perseguidos. Dado que los sindicatos eran también ilegales y las huelgas estaban prohibidas, cualquier disputa entre trabajadores y patronos por las largas jornadas de trabajo, los bajos salarios o la dura disciplina a la que eran sometidos, se convertía, con la represión, en un conflicto político con el Estado y sus fuerzas armadas. Quienes no pertenecían a la burocracia del Estado eran potenciales enemigos y, en consecuencia, de acuerdo con las actitudes dominantes en la policía, la protección del Estado se convertía en «una guerra contra toda la sociedad». Todo ello hacía de la Rusia de los últimos dos zares el prototipo de un Estado moderno policial.

Estaba, además, por si ese control fallaba, el ejército, el principal soporte del régimen zarista, con casi un millón y medio de soldados y oficiales, el ejército más grande del mundo, más grande que los ejércitos juntos de los dos principales imperios que iban a luchar contra Rusia en la Primera Guerra Mundial. Un ejército, sin embargo, con muchas dificultades para su movilización, dada la amplitud del territorio y la lentitud del ferrocarril, y que era utilizado sobre todo para la represión interna de los disturbios.

Una década antes de que se crearan esos partidos revolucionarios, la hambruna de 1891 había significado un punto de inflexión en las relaciones entre el régimen y amplios sectores de la población. Tras un año de desastres meteorológicos, sin cosechas, el hambre se extendió durante el verano y otoño de ese año a diecisiete provincias, desde los Urales al Mar Negro, seguida de enfermedades como el cólera y el tifus. A finales de 1892 se había llevado ya a la tumba a casi medio millón de personas.

La gestión política de la crisis fue nefasta y ante su incapacidad, el Gobierno decretó una orden imperial llamando a la formación de organizaciones de voluntarios para ayudar a los cientos de miles de afectados. La respuesta pública fue impresionante, desde los pobres a la *intelligentsia,* pasando por médicos y dirigentes liberales de los *zemstvos* como el Príncipe Lvov, pero abrió las puertas a la actividad revolucionaria y a la crítica moral contra el régimen, en la que destacó el escritor León Tolstói (1828-1910). El viejo e ineficaz sistema burocrático quedó desacreditado y algunos de esos sectores politizados por esa crisis social pasaron a pedir reformas políticas.

Cuando se estaban discutiendo todavía sus causas y sus efectos no habían pasado, murió el zar Alejandro III, el 1 de noviembre de 1894, a los cuarenta y nueve años. Muy alto, de aspecto gigantesco, aficionado al licor, había gobernado Rusia, según Figes, «como un señor medieval sobre su patrimonio privado». Nicolás, el mayor de sus seis hijos, hablaba varios idiomas, bailaba, montaba a caballo, practicaba tiro y otros deportes, pero no sabía nada de Rusia. Tenía veintiséis años y, tras más de dos décadas de reinado, iba a ser el último zar de aquel imperio.

El último zar

Su educación era, en verdad, refinada. Hablaba inglés, con acento de Oxford, alemán y francés, era «el hombre más educado de Europa», según su primo el Gran Duque Alejandro, pero iba a demostrar escasas dotes de cómo gobernar un país que tenía un ingente campesinado aislado de la estructura política que él presidía y donde estaba emergiendo un movimiento revolucionario que su policía, famosa por la utilización de métodos violentos, no podía suprimir pese a la represión.

La autocracia ya no servía para gobernar un imperio tan grande y complejo, pero Nicolás II se aferró al poder absoluto en vez de ensanchar su base política. Al igual que antes había hecho su padre, se sintió amenazado por la modernidad e intentó parar el reloj de la historia, retrasándolo a la edad de oro ya distante de la autocracia moscovita del siglo XVII, manteniendo los principios de la autoridad personal y de su poder absoluto en la Corte frente a la burocracia imperial que había comenzado a desarrollarse desde la segunda mitad del siglo XIX como una fuerza de modernización y reforma.

Aunque Nicolás llegó al trono en un momento de modernización y cambio, la elite gobernante procedía predominantemente de la aristocracia terrateniente

tradicional. El zar elegía a los ministros y altos funcionarios, que le tenían que informar directa e individualmente a él, y no existía un gobierno, un consejo de ministros, como grupo coherente de políticos y ejecutores de sus políticas. Era un sistema patrimonial, como han destacado algunos especialistas como Orlando Figes o Richard Pipes, y el mismo Nicolás lo describió con una metáfora más ilustrativa que la mejor definición: «Yo concibo a Rusia como un latifundio en el que el propietario es el zar, el administrador la nobleza, y los trabajadores son los campesinos».

Su tutor personal e ideólogo de la autocracia, Konstantín Pobedonóstsev (1827-1907), había hecho en 1890 una defensa del sistema que, más allá de su valor propagandístico, era, como observa Christopher Read, una comparación ideal entre Rusia y Europa occidental. La sociedad occidental capitalista estaba degenerada, porque las grandes ciudades industriales convertían a los hombres en hormigueros de perversión y enfermedad, todo tocado por el materialismo y el dinero, con los valores tan cacareados de la democracia atravesados por la corrupción y el interés propio de los políticos. La sociedad rusa, por el contrario, era una jerarquía de estilo familiar, donde cada uno aceptaba su lugar, con un zar de árbitro benévolo e imparcial, siempre dispuesto a escuchar las demandas justas del pueblo, que hacía innecesaria la política organizada.

Con ese tutor y esas ideas, basadas en el mito de la autocracia como la «beneficencia personificada», no es extraño que Nicolás II creyera que era zar por derecho divino, un enviado de Dios para preservar los principios de la autocracia, basada al mismo tiempo en la lealtad y buena voluntad de sus súbditos. «Hemos sido puestos en el trono por Dios —le escribió a la zarina—, y debemos mantenerlo intacto para entregarlo así a nuestro hijo».

Porque, efectivamente, ese sistema de dominio tenía también mucho de teocracia, desde que Pedro el Grande, con la supresión del patriarcado, su institución dirigente, incorporara a la Iglesia ortodoxa a la administración estatal. Esa unión entre la política y la religión hacía que la oposición a la autocracia se convirtiera también en una forma de rechazo a la religión.

Así era la Rusia de Nicolás II, una autocracia ejercida por el zar a través del ejército, la policía y la burocracia, con apoyos todavía importantes entre una nobleza terrateniente que perdía gradualmente poder, y legitimada por la Iglesia ortodoxa rusa, la iglesia oficial de la monarquía que representaba nominalmente a casi tres cuartos de la población.

La Iglesia predicaba sumisión a los poderes establecidos y el Estado la recompensaba otorgando al clero casi un monopolio de la educación elemental, pagando subsidios y persiguiendo a los anticlericales o a quienes pretendían escapar de la autoridad eclesiástica. Aunque algunos miembros del clero pidieron reformas en la relación Iglesia-Estado, el problema principal era que la Iglesia ortodoxa fue incapaz de adaptarse a los nuevos cambios traídos por la industrialización y el crecimiento de las ciudades, de crear una religión popular para los trabajadores

urbanos y campesinos que abandonaban las creencias y prácticas religiosas y encontraban otras diferentes en el socialismo y la revolución.

Cualquier oposición, crítica o acción de protesta se convertía en una amenaza revolucionaria, ante la que Nicolás II respondía con puño de hierro. Poco después de subir al trono, desechó las esperanzas de crear una asamblea nacional elegida por sufragio libre como «sueños insensatos». En vez de adaptar el sistema político a los retos y problemas que planteaba esa sociedad en cambio, ampliar las bases sociales, convertir a los súbditos en ciudadanos, Nicolás II se aferró a los principios del emperador autocrático. La historia de su reinado es la crónica de dos guerras y dos revoluciones, provocadas por aquellas.

El grandioso imperio ruso parecía fuerte, pero, además de las debilidades ya señaladas, era también un continente, con enemigos por todas partes. A la amenaza de sus vecinos y rivales de siempre, Prusia-Alemania, Austria-Hungría y Turquía, un nuevo y potente desafío surgió en el este, Japón. Y cuando ese país asiático puso en marcha a comienzos del siglo XX sus planes expansionistas, apuntó como objetivo a las lejanas posesiones de Rusia en el extremo oriente. En enero de 1904 comenzó una guerra entre los dos países por el dominio de Manchuria y Corea. La guerra llevaría a la primera revolución a la que tuvo que hacer frente Nicolás II, y aunque sobreviviría a sus consecuencias, fue un ensayo de lo que iba a pasar, con magnitud incomparable, entre 1914 y 1917.

Cuando la guerra comenzó, como consecuencia del ataque japonés a la flota rusa en Port Arthur (Manchuria), hubo una oleada de patriotismo encabezada por círculos liberales y por la mayoría de los *zemstvos* provinciales, en los que de nuevo tuvo un papel destacado el Príncipe Lvov. Pero la guerra fue larga, casi un año y medio, combatida a más de nueve mil kilómetros de la capital, y con derrotas estrepitosas que socavaron pronto el fervor patriótico y que fueron atribuidas a la incompetencia del Gobierno y del comandante jefe, el general Mijaíl Alekséyev (1857-1918).

La debacle militar precipitó una crisis política y social, que casi llegó a una confrontación total de la sociedad con el régimen. El 9 de enero de 1905 una manifestación masiva, de ciento cincuenta mil personas, que incluía a muchas mujeres y niños, confluyó desde diferentes barrios de San Petersburgo en frente del Palacio de Invierno. Las tropas concentradas para evitar que llegaran allí, abrieron fuego, causando unos doscientos muertos y ochocientos heridos. Los trabajadores levantaron barricadas y algunos grupos asaltaron armerías y tiendas de licor. Nadie dirigía aquella revuelta, porque los partidos socialistas eran todavía débiles y sus principales líderes estaban en el exilio, pero el «Domingo Sangriento» tuvo un profundo efecto en la conciencia de mucha gente.

En las semanas y meses siguientes, hubo huelgas y se creó el primer sóviet —consejo, en ruso— de la historia en la capital, dirigido por León Trotski. En octubre, el zar, que había pasado aquellos días trágicos en su residencia en Tsárskoye Seló, llenando sus diarios de apuntes sobre el tiempo y la caza de pájaros, fue presionado

para que firmara un manifiesto, redactado por su primer ministro, el conde Witte (1849-1915), en el que garantizara libertades civiles y poderes legislativos a una Duma elegida por sufragio democrático.

El Manifiesto marcó un punto de inflexión en la conciencia política de grupos profesionales y de algunos nobles e industriales que lo saludaron como la entrada de Rusia en la senda del constitucionalismo occidental. Con el objetivo de avanzar a esa democracia parlamentaria, los más liberales formaron el Partido Democrático Constitucional (Kadetes), dirigido por el historiador Pável Miliukov (1859-1943), mientras que un grupo de terratenientes y miembros de la elite fundaron la Unión del 17 de Octubre (Octubristas), encabezada por el industrial Aleksandr Guchkov (1862-1936), para poner en marcha las reformas junto con el zar.

Esa buena declaración de intenciones del zar, sin embargo, no calmó las huelgas y conflictos en el campo, que se extendieron durante todo el año por diferentes partes del imperio y con especial intensidad en las zonas fronterizas no rusas de Letonia y Polonia. El ejército fue utilizado en cientos de ocasiones para reprimir brutalmente revueltas e insurrecciones campesinas que siempre reclamaban una justa distribución de la tierra. Los motines alcanzaron a las fuerzas armadas, como el de junio en el acorazado *Potemkin*, que resultó, tras apoderarse los amotinados del buque y conducirlo a Odesa, donde una huelga de obreros mantenía a la ciudad en estado de sitio, en una matanza de dos mil personas, con más de tres mil heridos.

Todos esos conflictos fueron acompañados también de violencia popular, asaltos a propiedades y vandalismo, de odio a los ricos, aristócratas y a la autoridad, formas de expresión de algunos sectores militantes y de las clases populares que saldrían a la superficie con mucha más virulencia en 1917 y que constituyeron siempre un problema para los dirigentes que querían mantener el control de la revolución.

Las protestas, insurrecciones y revueltas no derivaron en una revolución triunfante en 1905 porque, aunque afectaron a las fuerzas armadas, fueron todavía escasas y limitadas, y la caballería, los cosacos y los regimientos del frente continuaron obedeciendo órdenes. Los reclutamientos, al contrario de lo que sucedería en los años de la Primera Guerra Mundial, entre 1914 y 1917, tuvieron lugar en ciudades lejanas, evitando el riesgo de una comunidad de intereses entre los soldados y sus poblaciones de origen.

Sin embargo, el hecho de que el ejército se utilizara tanto en la represión de los conflictos, en el campo y en la ciudad, comenzaba a tener notables efectos en la disciplina. Como señala Allan K. Wildman, en su estudio del declive del ejército imperial, desde que se estableció el servicio militar obligatorio, la composición social del ejército cambió, reflejo de la sociedad, con una mayoría de campesinos maltratados muy a menudo por la tradicional casta de oficiales. En muchas de esas huelgas y revueltas de 1905 comenzaron ya a participar además ex soldados que exhortaban a las tropas a unirse a ellos.

Fue también el primer momento en la historia de Rusia en el que los derechos y la

batalla por la igualdad de las mujeres entraron en las agendas de las organizaciones políticas. Hasta ese momento, nunca había formado parte del debate político, ni en los liberales ni en los revolucionarios, y solo algunos publicistas radicales se habían hecho eco en panfletos y revistas clandestinas. El fuerte dominio de la sociedad patriarcal había sido puesto en cuestión, siguiendo los pasos de las ideas de la Ilustración y de la Revolución Francesa, por grupos minoritarios de mujeres de clase media y socialistas que habían reclamado oportunidades en el trabajo, con acceso a ocupaciones pagadas fuera del hogar, en la educación y en la formación profesional.

En la primavera de 1905, al calor de las demandas reformistas y revolucionarias de otros sectores de la sociedad, un grupo de mujeres crearon la Unión por la Igualdad de Derechos, una plataforma que intentaba unir a mujeres de todas clases, nacionalidades y religiones del imperio para presionar en favor de la concesión del voto, de una legislación protectora en el trabajo, de igualdad de derechos en la distribución de la tierra, introducción de la coeducación en las escuelas y acceso a los empleos públicos.

Las reivindicaciones consiguieron un notable apoyo de liberales, socialdemócratas y socialrevolucionarios, con más de seis mil afiliadas a la Unión a finales de otoño. La actividad de algunas de esas mujeres en las fábricas provocaron que las socialdemócratas pensaran en una organización exclusiva de mujeres dentro del partido y fue Aleksandra Kolontái (1872-1952) quien dio los primeros pasos, con escaso apoyo de sus camaradas socialistas, mencheviques o bolcheviques, hasta que tuvo que marcharse poco después al exilio, del que no volvería hasta 1917.

Cuando la marea revolucionaria cedió, los terratenientes reclamaron represión y restablecimiento del orden, contrataron a grupos armados para defender sus propiedades y crearon asociaciones patronales. Surgieron también grupos ultraderechistas paramilitares, organizados en torno a la Unión del Pueblo Ruso, que se enfrentaron a los revolucionarios en las calles, se manifestaban con estandartes patrióticos y retratos del zar y lanzaron pogromos contra los judíos en muchas ciudades. A finales de 1906 tenían más de trescientos mil miembros, muchos de ellos reclutados en las estratos bajos obreros y campesinos, de funcionarios y policías, y a los que en sus acciones más violentas se les juntaban criminales comunes. En perspectiva histórica comparada, fueron el más claro precedente de los movimientos fascistas de los años veinte y treinta.

Quienes abogaban por un sistema parlamentario democrático, trataban de impedir otra revolución, satisfacer las demandas de participación política de esa creciente clase media y de profesionales y atender a algunas de las aspiraciones económicas y sociales de los grupos más desposeídos. Pero el zar, ante la primera gran oportunidad de su reinado para ampliar la base del sistema, la percibió como una amenaza a su autoridad y prefirió mantener la autocracia. Lamentó haber firmado ese Manifiesto y aunque cumplió su promesa de permitir la creación de la Duma, el derecho al voto discriminaba claramente a campesinos y trabajadores, los ministros no eran

responsables ante ella, a la vez que seguían siendo nombrados y destituidos por el zar. Como contrapeso conservador, el Consejo de Estado, el órgano supremo de la burocracia, amplió sus poderes, con la mitad de sus miembros designados por Nicolás II y la otra mitad elegidos en su mayoría por el clero y los grupos privilegiados. En teoría, las leyes necesitaban la aprobación de la Duma; en realidad, el zar retuvo el poder de vetar la legislación y el artículo 87 de las Leyes Fundamentales le permitía legislar por decreto.

La Primera Duma abrió sus puertas el 27 de abril de 1906. Setenta y dos días después, el 8 de julio, fue disuelta, como lo serían muy pronto las que le siguieron. Fue una batalla entre quienes creían en el parlamento y los leales a la autocracia, pero también se demostró muy pronto que no había posibilidad de entendimiento entre la democrática Duma y el poder ejecutivo. Sirvió, no obstante, de tribuna revolucionaria y el desencanto sufrido por los que habían depositado en ella sus esperanzas, como el Príncipe Lvov y otros Kadetes, transformó su liberalismo moderado en otro más radical, atrapados, eso sí, entre sus principios parlamentarios y el temor a la revolución popular, que para ellos, de procedencia nobiliaria, significaba, en primer lugar y sobre todo, la expropiación de sus tierras.

El choque entre la Rusia autocrática y la que la desafiaba, reflejada en el bloqueo y supresión de la alternativa democrática de la Duma, tuvo, según el claro argumento de Rex A. Wade, «profundas consecuencias» para la revolución. Las posibilidades de satisfacer las aspiraciones políticas y socioeconómicas de una buena parte de la sociedad de forma pacífica menguaron, mientras crecían las violentas. Y aunque una Duma reformada podría desempeñar algún papel cuando la revolución llegara, su récord de fracasos como cámara representativa le iba a incapacitar como verdadera solución después de que la caída del zar en febrero de 1917 lanzara a Rusia al abismo de una cascada de diferentes revoluciones en medio de una guerra mundial.

La última esperanza se llamó Piotr Stolypin (1862-1911), cuyo nombramiento como primer ministro coincidió con la disolución de la Primera Duma. En sus cinco años de gobierno, hasta que fue asesinado en septiembre de 1911 por Dmitri Bogrov, un estudiante revolucionario convertido en informante de la policía, combinó medidas represivas con un programa de reformas. El zar buscaba a un hombre fuerte para afrontar la crisis, dada su experiencia como gobernador en la conflictiva provincia de Sarátov en los tres años anteriores, pero pronto mostró sus simpatías hacia los más reaccionarios que se oponían a su gobierno desde el Consejo de Estado, y sus reformas estaban ya congeladas antes de su muerte.

Después de él, los primeros ministros que siguieron fueron cada vez más mediocres e incompetentes. Y ahí estaba el zar, pegado al trono, pero incapaz de preocuparse de los asuntos concernientes al poder. Pasaba largas temporadas fuera de su despacho, cazando, de excursión en yate y de vacaciones familiares en Crimea. Era una «autocracia sin autócrata», como la ha definido Figes, sin un claro liderazgo.

La sociedad seguía cambiando, porque Rusia, desde 1908 a 1914, experimentó un

nuevo *boom* agrario e industrial, el número de trabajadores en las grandes industrias y en la minería llegó a más de tres millones en vísperas de la Primera Guerra Mundial, el círculo vicioso de conflicto y represión, con cientos de muertos en las minas de oro de Lena, Siberia, en 1912, se repetía, pero el zar mantenía su poder despótico sin ver la realidad. Las concesiones que tuvo que hacer tras la revolución de 1905, con la guerra contra Japón en el trasfondo, no fueron suficientes para sus opositores y le quitaron prestigio a los ojos de quienes las percibieron como un producto de su debilidad como gobernante. Ese sentimiento de desesperación, de que Rusia caminaba hacia el abismo, fue captado por algunos poetas, como Aleksandr Blok (1880-1921), de la llamada «Edad de Plata» de la literatura rusa: «Y sobre Rusia veo un fuego silencioso y de largo alcance que lo consume todo».

En febrero de 1913 Nicolás II presidió en San Petersburgo la ceremonia que celebraba trescientos años de dominio de la dinastía Románov sobre Rusia. Hubo acción de gracias en la catedral, dirigida por el Patriarca de Antioquía, que se había trasladado desde Grecia para esa ocasión tan especial, a la que asistió una amplia representación de la clase dominante rusa. La glorificación de la dinastía Románov pretendía, con esa ceremonia de poder y opulencia, mantener la reverencia popular hacia el principio de la autocracia. Pero también, como señala Figes, «reinventar el pasado… investir a la monarquía con una legitimidad histórica mítica», justo en un momento en que su dominio estaba siendo desafiado por fuerzas democráticas y revolucionarias. «Los Románov estaban refugiándose en el pasado, con la esperanza de que podría salvarles del futuro».

Ninguna herida de la revolución de 1905 se había curado, aunque la profunda grieta entre una sociedad en cambio y la autocracia había comenzado ya algunas décadas antes, con manifestaciones violentas desde arriba y desde abajo y sufrimiento extendido por amplios sectores de la población. La quiebra de ese sistema no llegó, sin embargo, por la subversión o los disturbios sociales, por los conflictos internos, sino por acontecimientos externos, la rivalidad imperial que Rusia mantenía con Alemania y Austria-Hungría.

Theda Skocpol, en su estudio sobre los Estados y las revoluciones sociales, sostiene que la crisis revolucionaria se desencadenó en Rusia, como había pasado en Francia a finales del siglo XVIII y ocurriría en China a mediados del XX, cuando el Estado fue incapaz de hacer frente a una situación internacional en la que tuvo que competir con poderes extranjeros económicamente más fuertes. La Primera Guerra Mundial fue la gran prueba que tuvo que pasar la dinastía Románov, trescientos años después de haberse establecido en Rusia, y de ella ya no saldría viva.

2

La guerra de la que surgieron todas las calamidade.

Una guerra entre Rusia y Austria sería una cosa muy buena para la revolución.

VLADÍMIR U. LENIN a MÁXIMO GORKI, 191.

Nada antes de 1914 había preparado el mundo para lo que iba a suceder. Todos los horrores de la Europa del siglo XX nacieron de aquella guerra, «la calamidad de la que surgieron todas las demás calamidades», como la definió el historiador estadounidense Fritz Stern. El año 1914 fue, en efecto, la crisis por excelencia de esa historia, por lo que provocó y por lo que ocurrió después, porque por el camino se llevó al imperio ruso, a cuya caída siguió pocos meses después, un año antes de que esa guerra terminara, la conquista del poder por los bolcheviques.

La Europa de comienzos del siglo XX estaba dominada por vastos imperios territoriales, gobernados, excepto en el caso de Francia, por monarquías hereditarias. Los altos dirigentes, emperadores y reyes acudían a los actos públicos con uniforme militar; las revistas militares eran una parte esencial del ceremonial público, y, según Christopher Clark, «el culto a la exhibición militar se introdujo en la vida pública y privada de sus comunidades». Como el presupuesto de defensa representaba una parte sustancial del gasto público, los mandos militares tenían que competir con los políticos civiles para tener acceso a los recursos.

Junto a ese militarismo había una falta de transparencia diplomática en la mayoría de las maniobras de los ministros de Asuntos Exteriores, especialmente cuando trataban de los Balcanes, el escenario que sirvió de detonante al conflicto y que ya había conocido dos guerras, en 1912 y 1913, antes de que la tercera se extendiera en cinco semanas del verano de 1914 a todo el continente. Los instrumentos de la vieja diplomacia persistían pese a la modernización de las sociedades, con reuniones confidenciales, intercambios de promesas y acuerdos bilaterales secretos.

Cuando el archiduque Francisco Fernando (1863-1914) y su esposa, Sofía Chotek (1868-1914), fueron asesinados en Sarajevo el 28 de junio de 1914, la elite europea estaba disfrutando de su vida privilegiada y exquisita. La noticia del asesinato sorprendió al emperador Guillermo II de Alemania (1859-1941) navegando en su yate. El presidente de Francia, Raymond Poincaré (1860-1934), aunque recibió un telegrama en el hipódromo, donde estaba en compañía de otros miembros del cuerpo

diplomático, se quedó a disfrutar de las carreras. El Príncipe Alfons Clary-Aldringen (1887-1978) estaba cazando corzos en un bosque de Bohemia.

Se esperaba que la guerra fuera corta y aunque los gobiernos de los principales poderes contribuyeron a poner en riesgo la paz con sus movilizaciones bélicas, ninguno de ellos había hecho planes militares o económicos para un prolongado combate. Sabían que si entraban en guerra todos la vez, algo que posibilitaba el sistema de alianzas pactado unos años antes, el dinero y las energías gastadas podrían conducir a la bancarrota de la industria y del crédito en Europa.

Al declarar la guerra general en agosto de 1914, escribe Ruth Henig, «los poderes europeos contemplaban una serie de encuentros militares cortos e incisivos, seguidos presumiblemente de un congreso general de los beligerantes en el que confirmarían los resultados militares mediante un arreglo político y diplomático». Guillermo (1885-1951), el príncipe heredero de la corona alemana, ansiaba que la guerra fuera «radiante y gozosa». El ministro ruso de la Guerra, el general Vladímir Sukhomlinov (1848-1926), se preparaba para una batalla de dos a seis meses y las expectativas británicas eran que sus fuerzas expedicionarias estuvieran en casa para Navidad.

Clark, en su exhaustivo estudio de los acontecimientos y decisiones que condujeron a esa guerra, llega a la conclusión de que en 1914 hubo una «profunda quiebra de las perspectivas éticas y políticas», que socavaba el consenso y minaba la confianza entre las naciones. Para él, la crisis que desencadenó la guerra fue el fruto de una cultura política común, multipolar e interactiva, y por eso es el acontecimiento más complejo de la era moderna sobre el que continúa un acalorado debate, más de cien años después de que Gavrilo Princip realizara aquellos disparos contra el heredero al trono austrohúngaro.

La guerra, ideada para garantizar la sobrevivencia y continuidad de los imperios alemán y austrohúngaro, acabó con su estrepitosa derrota y desaparición cuatro años después. Por el camino se llevó al imperio ruso, desacreditó la democracia liberal y de la batalla salieron también el comunismo y el fascismo, alternativas y después polos de atracción para intelectuales, vehículos para la política de masas, viveros de nuevos líderes que, subiendo de la nada, arrancando desde fuera del *establishment* y del viejo orden monárquico e imperial, propusieron rupturas radicales con el pasado.

La quiebra del ejército imperial

A comienzos de 1914, la diplomacia rusa reconocía que una guerra con los imperios

centrales, con Austria-Hungría y Alemania, era inevitable a causa de las presiones proeslavas de un sector del ejército y de la burocracia, pero trataba de retrasarla porque el ejército ruso, de acuerdo con los expertos militares, no estaría preparado para entrar en ella hasta 1917. El asesinato del archiduque Fernando precipitó los acontecimientos y colocó a Rusia y al zar en una difícil situación.

Nicolás II sabía que si iba a la guerra, corría el riesgo de la derrota y de la quiebra del imperio; y si permanecía al margen, aunque la neutralidad era casi imposible en aquel momento, podía suscitar el surgimiento de un movimiento patriótico contra él, porque la prensa clamaba a favor de la guerra contra Austria, en defensa de Serbia, y en las calles de San Petersburgo la gente se manifestaba por la misma causa.

Cuando el 28 de julio Austria declaró la guerra a Serbia, el ministro de Asuntos Exteriores, Serguéi D. Sazánov (1860-1927), recomendó al zar una movilización general. Piotr Durnovó (1845-1945), ex ministro de Interior con Witte, un hombre de ideas derechistas y muy fiel al régimen, había enviado en febrero de ese año un informe al zar en el que le avisaba, de forma contundente, que evitara una guerra con Alemania porque, en caso de derrota, lo más probable dado su inferioridad con el imperio rival, «la revolución social en su más extrema forma sería inevitable» y Rusia caería «en una irremediable anarquía». Nicolás II desoyó ese aviso y decidió lanzar a su ejército y a su pueblo a la guerra.

El 2 de agosto de 1914 Rusia entró en la guerra contra Alemania y Austria, aliada con Gran Bretaña y Francia. Al principio, una oleada de fervor patriótico unió a amplios sectores de la población en torno al zar y la idea de nación, mientras que pacifistas e internacionalistas tenían que emprender el camino del exilio. Hubo asaltos a tiendas y oficinas de alemanes y el nombre de la capital cambió de San Petersburgo, de resonancia alemana, a Petrogrado. La dirección de los Kadetes en la Duma pidió una tregua política, que incluía abandonar la huelga general que unas semanas antes habían comenzado los obreros en muchas fábricas de la ciudad, y unidad nacional contra el enemigo común. Intelectuales y escritores la apoyaron en busca de un sentimiento nacional ausente por las grietas abiertas desde la guerra contra Japón en 1904. Aunque no todos compartían el mismo entusiasmo. Gorki, que había regresado poco antes del exilio, lo resumió en una pesimista sentencia: «Estamos entrando en el primer acto de una tragedia de alcance mundial».

La guerra fue mal desde el principio, y resultó mucho más larga y destructiva de lo que se había esperado. El primer encuentro con los alemanes acabó en desastre en Tannenberg, a finales de agosto, y el general Aleksandr Samsónov (1859-1914), jefe del Segundo Ejército ruso, se suicidó. Esa campaña inicial ya reveló algunos de los problemas de preparación militar y dirección política, la escasez de artillería, de ametralladoras y de munición. El ejército ruso tenía más efectivos que ninguna otra nación combatiente, pero iba a ser también el primero en sufrir la escasez de recursos en aquella guerra de frentes estabilizados y trincheras.

Las batallas de 1915 pusieron también al descubierto la gran disparidad que había

entre la defensa de la patria hasta la muerte, la obediencia al «Supremo Autócrata», «hasta la última gota de mi sangre», como rezaba el juramento que cada soldado hacía al ingresar en el ejército imperial, y el ánimo de los millones de campesinos y trabajadores sacados de sus hogares para ir al frente, ajenos tradicionalmente al sentimiento patriótico. A mediados de julio, el ministro de la Guerra, general Alexei Polivanov (1855-1920), que había sustituido poco antes a Sukhomlinov, informó al consejo de ministros que «los soldados están sin ninguna duda extenuados por las continuas derrotas y retiradas. Su confianza en la victoria final y en el liderazgo está quebrantada. Y lo que es peor, los signos de inminente desmoralización son evidentes».

Apenas había pasado un año desde el inicio de la guerra y desde que otro general, Alekséi Brusílov (1853-1926), en carta a su mujer y a su hija, el 10 de agosto de 1914, les dijera que «el espíritu de los soldados es excelente… animados por una firme creencia en la justicia y honor de la causa».

A finales de 1915 Rusia había perdido una parte importante de su imperio occidental —toda Polonia y partes de Ucrania, Bielorrusia y la región Báltica— y el ejército tuvo en ese año dos millones y medio de bajas, sumadas al millón y medio de muertos, heridos o hechos prisioneros en los últimos meses de 1914. Un agregado militar británico, el general Alfred Knox (1870-1964), observó que, debido a la ausencia de fusiles, «hombres desarmados tenían que ser enviados a las trincheras a esperar que sus camaradas murieran o fueran heridos y sus rifles quedaran disponibles».

Mientras tanto, los jefes militares rusos nunca mostraron sensibilidad hacia ese horrible coste humano. Hombres no es lo que le faltaban al ejército. «Nos llevaron al frente y allí fuimos», declaró uno de los campesinos reclutados, en lo que podría ser el testimonio de muchos de ellos: «¿Adónde iba y por qué? ¿A matar alemanes? ¿Pero por qué? No lo sabía. Llegué a las trincheras, que eran espantosas. Escuché cómo nuestro jefe de la compañía pegaba a un soldado, le pegaba en la cabeza con un látigo… Pensé ¿quién es realmente mi enemigo: los alemanes o el capitán de la compañía? No veía a los alemanes, pero enfrente de mí estaba el capitán».

La composición del ejército imperial comenzó a cambiar con tantas pérdidas y con la evolución de la guerra. Los oficiales profesionales siguieron ocupando las posiciones principales, pero desde la carnicería de 1915 la dirección de batallones y compañías pasó rápidamente a oficiales de reserva que habían entrado en el escalafón con cursos de seis meses. Dos de cada tres de esos nuevos oficiales eran jóvenes con algunos estudios y pasado rural.

La guerra abrió así oportunidades de promoción a miles de hijos de campesinos, orgullosos de su nuevo estatus, aunque poco respetuosos con el régimen, que desempeñaron después una papel principal en los motines de febrero de 1917, en los comités revolucionarios de soldados y en el posterior poder bolchevique. Algunos de los jefes más cualificados del Ejército Rojo habían comenzado como nuevos oficiales

del ejército zarista durante la guerra mundial.

Los cambios afectaron también a la tropa, que experimentó una profunda transformación. Además del ejército estacionado en los diferentes frentes, había muchos nuevos reclutas en los regimientos y guarniciones de la retaguardia, donde comenzaría después, en febrero de 1917, cuando la situación se hizo insostenible, la revolución de los soldados. Tres cuartos de esos nuevos reclutas eran campesinos, la mayoría analfabetos o semianalfabetos, causa, según la tradicional explicación de los socialistas, de su baja conciencia política.

La magnitud de las cifras de hombres reclutados y los problemas que esa movilización provocó, están, según la mayoría de los especialistas, en la raíz de la revolución y de sus consecuencias. Entre 1914 y comienzos de 1918, cuando los bolcheviques, tras la conquista del poder, firmaron la paz con Alemania en Brest-Litovsk, Rusia movilizó alrededor de quince millones y medio de hombres, un número que excedía la capacidad de despliegue y de armamento y de suministros necesarios. Las pérdidas totales se elevaron a más de siete millones: más de tres millones de muertos o desaparecidos sin dejar rastro, y cuatro millones de heridos, muchos de ellos mutilados de gravedad.

Además, en 1915, el ministro de la Guerra había comenzado a llamar a hombres mayores que había recibido exenciones o aplazamientos antes del estallido del conflicto. Los veteranos y evacuados se resistían a volver al frente y extendían su ánimo derrotista y su oposición a la guerra a sus camaradas en el frente y a sus familias en el campo. Los distritos militares de Petrogrado y Moscú tenían al menos ciento treinta y tres mil evacuados y en algunas guarniciones representaban un tercio del total.

Una inmensa mayoría de esos soldados en las trincheras eran campesinos vestidos de uniforme, con sus pensamientos y preocupaciones vinculados menos a la guerra que al bienestar de sus familias y hogares, pero todos los demás sectores sociales estaban también representados, en una estratificación comparable a la de la sociedad de la que procedían. Porque, como señala Alan K. Wildman, «la historia moderna enseña que los ejércitos de masas, las "naciones en armas", llevan con ellos las tensiones de sus sociedades y son así vulnerables a la convulsión en la derrota, y en algunas ocasiones incluso en la victoria», como mostraría el caso de Italia en la posguerra.

Las derrotas y la mala administración del Gobierno causaron un profundo descontento entre todos los sectores de la sociedad y fue particularmente notorio en los círculos políticos liberales y de la elite que se habían puesto al frente del fervor patriótico, de unidad en defensa de la nación, en agosto de 1914. Querían una dirección más eficaz de la guerra y, como había sucedido en 1905, forzar cambios en el sistema político, aunque una guerra con tantos frentes y millones de soldados y desplazados demostró que era muy difícil, si no imposible, poner en movimiento el viejo sistema de transporte, la industria y el necesario combustible para el ejército, sin

dañar y perjudicar al mismo tiempo a la economía y medios de subsistencia de la población civil.

Liberales y conservadores moderados de la Duma formaron en el verano de 1915 un «Bloque Progresista», liderado por Miliukov, bajo cuyo paraguas se acogieron todas las facciones, excepto la extrema derecha y la extrema izquierda, basado fundamentalmente en los Octubristas y en los Kadetes. Algunos de esos dirigentes políticos, además, como Aleksandr Guchkov y el político y empresario Aleksandr Konoválov (1875-1948), se pusieron al frente del Comité Central de Industrias de Guerra, creado con el objetivo de coordinar la producción, y la Unión de los Zemstvos, encabezada por el Príncipe Lvov, organizó, como ya había hecho en la guerra contra Japón, la ayuda a los heridos y desplazados. Todos juntos representaban una alternativa al sistema autocrático y no parece casual que, tras la caída del zar, en febrero de 1917, Lvov, Guchkov y Konoválov fueran miembros destacados del primer Gobierno Provisional.

En agosto de 1915, el régimen sufrió una grave crisis política. Algunos miembros del consejo de ministros mostraron su enfado por la incompetencia del mando militar en el trato a la tropa: «el cuartel general ha perdido la cabeza —se leía en el informe que discutieron en la reunión del 30 de julio—; no se dan cuenta de lo que están haciendo, a qué clase de abismo están arrastrando a Rusia».

La ausencia de una estructura militar de mando era uno de los grandes puntos débiles de ese ingente ejército imperial. La autoridad militar se dividía entre el ministro de la Guerra, el cuartel general y los comandantes en el frente, sin un plan general y común, algo que ya había definido el general Aleksandr Bezobrazov (1845-1906) mucho antes como «orden, contra-orden y desorden». La división entre la vieja elite aristocrática, que acaparaba los altos puestos, y los nuevos militares profesionales se agudizó con la guerra, en un ejército en el que tradicionalmente los mandos principales eran designados por su lealtad a la Corte, más que por sus capacidades y méritos. Eran, una vez más, las dos Rusias, la de los ricos y jefes militares, y la de los campesinos, cuyas vidas se malgastaban o sepultaban en el frente.

En la reunión del 6 de agosto, los ministros se enteraron de que el zar había decidido quitar a su primo el Gran Duque (Nicolás, 1856-1929) del mando supremo del ejército y asumirlo él personalmente. Polivanov trató de convencerle de que no lo hiciera, pero Nicolás II, empujado, por su creencia de que esa era la voluntad de Dios y tenía que dar ejemplo de firmeza al pueblo ruso, llevó adelante su decisión y se fue a Maguilov unos días más tarde. Una decisión desgraciada, con fatales consecuencias, porque, como todo el mundo sabía, y el general Brusílov se encargó de recordar, Nicolás «no sabía nada de asuntos militares».

Supiera o no de asuntos militares, el zar pensaba que con su sola presencia en el frente, la guerra iba a cambiar. Así se lo dijo a su «Rayo de Sol» en la primera carta que le escribió desde allí el 25 de agosto de 1915. Una nueva página de la historia

comenzaba y solo «Dios omnipotente» sabía qué se iba a escribir en ella. Precisamente ese día, según le acababa de comunicar el general Mijaíl Alekséyev (1857-1918), el ejército imperial había atacado con éxito a dos divisiones alemanas en Galitzia: «Y esto ha sucedido inmediatamente después de que nuestras tropas supieran que yo he tomado personalmente el Mando Supremo. Es verdaderamente una bendición de Dios, y ¡tan deprisa!».

En vez de transferir poder desde la corona a los representantes de la Duma, que así lo reclamaban, y es lo que requería un escenario de guerra total que avanzaba de forma desastrosa para Rusia, se fue al frente con sus tropas, para compartir, en palabras de su primer ministro Iván Goremykin (1839-1917), «sus alegrías y sus pesares». Al mismo tiempo, despidió a los miembros de su gobierno que defendían a la Duma y suprimió las sesiones de la cámara legislativa.

El liderazgo pasó a su mujer, la emperatriz Alejandra, quien ejerció desde entonces gran influencia en los nombramientos de ministros, gobernadores de las provincias y miembros de la administración. Ella dividía su mundo entre amigos y enemigos. En los diecisiete meses en los que ejerció de máxima déspota, desde septiembre de 1915 a febrero de 1917, Rusia tuvo cuatro primeros ministros, cinco de Interior, tres de Asuntos Exteriores, tres de Transportes y cuatro de Agricultura. Ese ir y venir de ministros fue el final virtual de los gobiernos civiles. «Una especie de anarquía burocrática», en expresión de Figes.

Crisis de autoridad

Alejandra (1872-1918), hija del Gran Duque de Hesse-Darmstadt y de la Princesa Alice de Inglaterra, había sido criada y educada en Inglaterra por su abuela la reina Victoria y era totalmente ajena a la cultura y a las costumbres rusas cuando en 1894 se convirtió en zarina, a la edad de veintidós años. Nunca fue popular, con fama de fría y reservada, poco afectuosa en sus comparecencias en la Corte, y de la correspondencia con su abuela se deduce que tampoco le importaba mucho, convencida de que en Rusia, al contrario que en Inglaterra, los monarcas no tenían «necesidad de ganar el afecto del pueblo», que adoraba a sus zares «como seres divinos». Su intromisión en los asuntos políticos y la influencia que Rasputín ejerció sobre ella emponzoñaron las relaciones entre la monarquía y sus principales y tradicionales apoyos en la sociedad, desde la nobleza, a la Iglesia y el ejército. Nunca ocultó, además, su odio visceral a la Duma y a los dirigentes reformistas. Como le

dijo a su marido en una carta el 14 de diciembre de 1916, ella «tranquilamente y con conciencia lúcida…, habría enviado a *Lvov* a Siberia…, a *Miliukov, Guchkov & Polivanov* también a Siberia».

Después de dar a luz a cuatro niñas, entre 1895 y 1901, Alejandra tuvo finalmente un hijo, futuro heredero de la corona. Alexis nació el 12 de agosto de 1904, en medio de los desastres de la guerra contra Japón, y pronto se descubrió que sufría hemofilia, una enfermedad incurable en ese momento, muy común en las casas reales de Europa, y que le había transmitido su madre. El zar y la zarina recurrieron a todo tipo de aventureros y farsantes dispuestos a aprovecharse de su profundo dolor, hasta que apareció Grigori Rasputín (1871-1916), un campesino curandero que procedía de Siberia y que ganó su posición en la Corte porque demostró ser capaz, o eso al menos parecía, de detener las hemorragias y el sufrimiento del heredero al trono. Rasputín, el «Hombre de Dios», usó esa influencia con la emperatriz para obtener un poder extraordinario, al margen de los rumores que siempre circularon sobre su potencia sexual, o las orgías que organizaba con ella.

Tras la marcha del zar Nicolás II al frente, en agosto de 1915, Rasputín incrementó su influencia política, hasta el extremo de que era imposible conseguir o mantenerse en un puesto sin su consentimiento. En las cartas que le enviaba a su esposo, la zarina comentaba cada nombramiento o destitución con la sentencia «él venera a Nuestro Amigo» o «a él no le gusta Nuestro Amigo». Los monárquicos más conservadores comenzaron a mostrar su disgusto con lo que ocurría en la Corte, asustados también por la posibilidad de que los disturbios sociales alcanzaran directamente a la cúspide de la estructura del poder.

Nicolás II, comandante supremo de las fuerzas armadas, que encarnaba los principios de disciplina y subordinación, un enamorado de los uniformes y desfiles militares, había ya vivido antes del inicio de la Gran Guerra tensiones con los mandos, que tenían sus orígenes en el catastrófico historial del ejército desde medio siglo antes. Richard Pipes sostiene que, a los ojos de la población, «acostumbrada a ser gobernada por una autoridad invencible», el prestigio del zarismo había comenzado a declinar unas décadas antes de la revolución. Desde mediados del siglo XIX, y tras un siglo y medio de victorias militares y expansión, Rusia «sufrió una humillación tras otra a manos de los extranjeros»: la derrota en la guerra de Crimea en 1854-1856, en su propio suelo, ante británicos y franceses; la pérdida en el Congreso de Berlín, celebrado en 1878 bajo la presidencia de Otto von Bismark, de los frutos de la victoria sobre los turcos; y la debacle en la guerra con Japón de 1904-1905. La más estrepitosa, la derrota ante los alemanes en la Primera Guerra Mundial, iba a ser la causa casi inmediata del estallido de la revolución.

El descontento militar tenía también causas económicas: el ejército había dejado de ser ya con su padre Alejandro III la institución que se llevaba la partida más grande en el presupuesto, superados por los ministerios de Finanzas y de Interior, señal inequívoca del peso que iba adquiriendo desde la derrota de Crimea la

modernización económica y, como consecuencia de su impacto social, la necesidad de dedicar mucho más gasto a la represión. Entre el final del reinado de Alejandro II y 1902, la parte del presupuesto militar cayó desde el 30 al 18% y cuando Rusia entró en guerra en agosto de 1914 sus soldados estaban mucho peor equipados y formados que sus rivales alemanes y austríacos.

La experiencia de guerra y revolución de 1904-1905, en la que el ejército, además de luchar en el frente, fue utilizado para reprimir en la retaguardia todo tipo de conflictos, dio ímpetu a un movimiento de reformas dentro del cuerpo de oficiales, incluida una crítica distribuida a través de panfletos y artículos sobre las deficiencias del sistema militar, incapaz de adaptarse a los cambios sociales. El patrimonialismo, esa forma política de dominación teorizada por Max Weber donde el poder es ejercido de forma arbitraria y bajo control de los gobernantes, era lo que caracterizaba al sistema autocrático zarista y, según especialistas como Richard Pipes u Orlando Figes, pese a todos los desafíos, sobrevivió en el ejército mucho más que en cualquiera otra institución del Estado ruso. Las reformas más importantes en la historia de la Rusia de los Románov, desde Pedro el Grande a Alejandro II, habían estado motivadas por la necesidad de competir con sus rivales imperiales. Vista la historia de los primeros años del siglo XX, el ejército ya no era el baluarte cohesionado e intocable del sistema autocrático.

Las tensiones entre la modernización económica y social y el bloqueo de las reformas políticas, que han sido examinadas con algún detalle en el primer capítulo, saltaron por los aires durante la Primera Guerra Mundial y, dado el lugar primordial que el ejército ocupaba en el poder imperial, aceleraron su desintegración. Las quejas y resentimientos de la nueva generación de profesionales militares, formados al margen de los valores arcaicos aristocráticos, les condujo a la política, y los más críticos, como Alekséi Polivanov, depositaron sus esperanzas en los miembros más liberales de la Duma. Otros, como Alekséi Brusílov, que procedía de la vieja elite, sacando lecciones de la derrota en Crimea, origen de la decadencia imperial rusa, creían que la formación y prácticas militares debían subordinarse al objetivo de prepararse para la guerra moderna. No parece casual que el zar, bajo presión de la zarina, cesara a Polivanov como ministro de la Guerra, un cargo en el que solo estuvo unos meses, desde junio de 1915 a marzo de 1916, y que Brusílov, con un largo historial de servicio en el ejército imperial, acabara, tras ser en 1917 comandante en jefe del Gobierno de Kérenski, como asesor del Ejército Rojo durante la guerra civil que siguió a la revolución bolchevique.

La nobleza terrateniente había sido el otro pilar de la base del poder autocrático. Desde el Edicto de Emancipación de 1861, privada de sus siervos y con muchos de sus miembros incapaces de responder a los nuevos retos de la modernización y a la introducción de la agricultura comercial, había comenzado un lento declive. Como ya demostró Eric R. Wolf en su clásico estudio sobre las revoluciones campesinas en el siglo XX, la rápida expansión de la economía capitalista y de mercado debilitó el

poder de las elites agrarias, transfiriendo los centros de la actividad económica del campo a las ciudades, y erosionó la relación tradicional de dominio, autoridad y patronazgo, entre los señores y los campesinos.

La mayoría de esos nobles rusos siguieron fieles al zar y se posicionaron contra la democracia, pero otros, como el Príncipe Lvov, en los últimos años del siglo XIX y primeros del XX, expresaron su resistencia aproximándose a los políticos liberales y desafiando al sistema autocrático cuando comprobaron que el zar y sus círculos de confianza bloqueaban las reformas. En el fondo eran monárquicos que temían a la revolución desde abajo y que, para evitarla, buscaron reformas desde arriba. El descontento nobiliario y la revuelta de elementos conservadores de la sociedad marcaron el derribo de la monarquía en Rusia, como había pasado en Francia en los años ochenta del siglo XVIII, antes de que la revolución popular los barriera y, en el caso ruso, los destruyera completamente.

Aunque el zar parecía la fuente de todos los problemas, en los dos últimos años de su reinado mucha gente acabó pensando que eran la zarina y Rasputín, el «hombre sagrado», «nuestro Amigo», como lo llamaba Alejandra en sus cartas a Nicolás, los verdaderos amos de Rusia. La vida sórdida de Rasputín, que era objeto de comentarios en la Corte y en los círculos nobiliarios, manchó a la familia real y la alejó de muchos conservadores hasta entonces fieles. El estatus de Rasputín en la Corte, dueño de favores, a cambio de sobornos, y de un lucrativo sistema de colocación en el Gobierno, en la Iglesia ortodoxa y en la burocracia, rompía las normas tradicionales de distribución del poder en ese sistema patrimonial. Los rumores que circulaban sobre sus relaciones íntimas con la reina y sus hijas posiblemente eran solo eso, rumores, pero, en tiempo de crisis, se extendieron como la pólvora y desacreditaron todavía más al zar.

Rasputín acabó siendo el símbolo de la bancarrota moral del sistema autocrático. Ante los intentos fallidos de quitarle el poder y alejarle de la Corte, un grupo de aristócratas, jóvenes y reaccionarios, que pensaban que iban a poder salvar a la monarquía liberándola de su gran desgracia, trazaron un plan para asesinarle. El Príncipe Félix Yusúpov (1887-1967), casado con la Gran Duquesa Irina Alexándrovna (1895-1970), hija de una de las primas favoritas del zar, otros dos miembros de la corte Románov y el dirigente ultraderechista de la Duma Vladímir Purishkévich (1870-1920) fueron los principales protagonistas de la conspiración. Le invitaron al palacio del primero, para que conociera a su esposa, adonde acudió el 16 de diciembre de 1916, y tras envenenarle y dispararle varios tiros con una pistola Browning, lo arrojaron al Neva. Rescatado su cadáver del río, fue enterrado en los jardines adyacentes al parque del palacio, en presencia de toda la familia real, incluido el zar.

Los rumores sobre la zarina no solo eran burlas por sus amores orgiásticos con el monje curandero. Se le acusaba también de favorecer los intereses del imperio alemán, el gran enemigo de Rusia en la guerra. Alemana de nacimiento, algunos la

señalaron como la gran artífice de un «partido alemán» en la Corte, que se extendía a miembros del Gobierno y del ejército. Las derrotas ante Alemania, según esos rumores que acabaron en creencia bastante extendida, no se debían a su superioridad armada, sino a la traición, encabezada por una reina que actuaba de espía y pasaba información secreta militar a su país de origen.

Muchas familias nobles rusas y de burócratas tenían nombres alemanes —desde la anexión en el siglo XVIII de la región Báltica— y se suponía que actuaban de acuerdo para enviar soldados campesinos al matadero. Como muestra Richard Pipes, se han encontrado informes policiales que resumen cartas de soldados enviadas a sus casas desde el frente, así como cartas que sus familias les devolvían, llenas de esos rumores. Ninguna de esas acusaciones contra la zarina, a quien algunos aristócratas la llamaban «la mujer alemana», tenía fundamento, pero, como pasaba con los rumores sobre sus desvaríos sexuales, en medio de esa profunda crisis política, social y militar, aumentaron todavía más la animosidad hacia la Corona. Y la creencia en una mano negra alemana detrás de los problemas militares y políticos de Rusia siguió incluso hasta después de la caída del zar.

Cuando los miembros del Bloque Progresista y los defensores de las reformas desde arriba comprobaron que la respuesta de Nicolás II era tan intransigente como siempre, sin atender a la gravedad de los acontecimientos, buscaron alternativas, bien sintetizadas por Rex A. Wade. Un grupo, representado por Miliukov, presionaba al Gobierno desde la Duma, esperando que los reveses militares y el descontento popular obligaran al zar a hacer concesiones, como había pasado en 1905. Esa presión parlamentaria tenía poco efecto, como había mostrado la historia de la Duma en su década de funcionamiento, y, en cualquier caso, no buscaba sustituir a Nicolás II sino persuadirle de que cambiara el curso de su política.

Bastante más radical fue la dirección tomada por otras personalidades políticas y militares que llegaron a la conclusión de que para quitar de sus puestos al zar, y a la zarina, haría falta algún tipo de revolución palaciega. No es que fueran partidarios de reformas extremas, sino que pensaban que solo una solución tan drástica podría mejorar la dirección de la guerra, atajar la revuelta popular y salvar a la nación. Guchkov, uno de los que más insistían en esa opción, temía, como otros muchos, a un cambio político forzado por una insurrección popular desde abajo, porque entonces «regiría la ley de la calle» en vez de la de hombres «responsables», lo que significaría la quiebra absoluta de la autoridad y de Rusia. El Príncipe Lvov compartía ese diagnóstico y algunos generales declaraban que si no había otra solución, porque el emperador no cambiaba el rumbo, ellos lo apoyarían. La revolución llegó antes de que ese golpe fuera realidad, pero, en opinión de Wade, esas discusiones y movimientos «ayudaron a preparar a los círculos militares y políticos a la idea de una abdicación de Nicolás como forma de solucionar los problemas políticos de Rusia». Algo de eso pasó en febrero de 1917.

La tercera de las estrategias que apareció en aquellos meses de crisis profunda de

autoridad también preparó el camino de lo que se plasmaría en los primeros gobiernos de coalición tras la abdicación del Nicolás II. Fue defendida por algunos miembros del Bloque Progresista, como Konoválov, y del ala izquierda de los Kadetes, y se proponía estrechar lazos con los socialistas moderados y usar el creciente descontento popular para quebrar la intransigencia del zar y forzar un cambio político. Esa alianza entre liberales y socialistas moderados era defendida por el grupo de trabajadores mencheviques representados por Kuzmá Gvózdev (1882-1956) en el Comité Central de Industrias de Guerra.

Todos esos planes alternativos a la incompetencia del monarca y de sus gobernantes compartían el miedo a que si no se reformaba desde arriba, se hiciera, de forma inevitable, más radical y violenta desde abajo. Mostraban también el pánico que sentían las clases propietarias de Rusia, terratenientes e industriales, a ser arrastrados por una revolución expropiadora que la iban profetizando los diferentes partidos socialistas desde que aparecieron con fuerza en el escenario ruso a comienzos del siglo XX.

Pero Nicolás II no cedía y se mostraba cada vez más influido y presionado por su esposa para resistir a todos los que le pedían reformas: «muestra tu autoridad», le decía Alejandra en una de sus cartas a un monarca, «Nicky» lo llamaba, cada vez más alejado del mundo exterior e incluso del resto de la Corte, «demostrando a ti mismo el Autócrata sin el que Rusia no puede existir».

Frente al autócrata ausente y las propuestas para reformar el sistema desde arriba, lo que aparecieron fueron conflictos irreparables causados por la larga guerra y los serios trastornos que ocasionó en la economía, en la producción y transporte de los recursos necesarios y, sobre todo, en la escasez de productos de primera necesidad para millones de soldados en el frente y la población en general en la retaguardia. El suministro de alimentos, como muestra con detalle Peter Holquist en su estudio sobre cómo la guerra llevó a la revolución, se convirtió en uno de los temas más importantes de la intervención del Estado y de debate público. Al zar eso nunca le había preocupado y cuando el ruido y las protestas en torno a ese asunto vital se intensificaron, durante los últimos meses de 1916, le confesó a la zarina, en carta fechada el 20 de septiembre: «Realmente no entiendo nada de estos asuntos de suministro de alimentos y de abastecimiento».

Muerte, hambre y desorden

Pero no fue solo esa absoluta incompetencia del zar para gobernar y gestionar asuntos tan fundamentales la que explica la crisis tan profunda que la guerra causó en el imperio ruso y, como mostrarían los acontecimientos tras su caída, tampoco liberales, socialistas y revolucionarios supieron muy bien cómo mantener a millones de soldados bien equipados y debidamente alimentados. Con la guerra había comenzado la conmoción social y la transformación revolucionaria de la sociedad. El largo período de conflicto armado forjó las acciones políticas y los nuevos horizontes que se abrieron con la revolución de 1917.

En el verano de 1915 aparecieron los primeros efectos negativos de las políticas del Estado en el suministro de alimentos. A causa del caos administrativo, algunas ciudades habían empezado ya a sufrir escasez de productos básicos. La «Gran Retirada» en la primavera y verano de ese año, cuando el ejército imperial fue expulsado por la ofensiva alemana de Polonia y Galitzia, provocó las primeras críticas contra la mala administración y manejo de la guerra.

La quiebra del sistema de suministros en la retaguardia, que afectó también al ejército en el frente, se produjo porque las autoridades y los burócratas que extendían sus redes de poder por las provincias decidieron hacerse cargo de la adquisición y distribución de cereales, suprimiendo el mercado privado. La escasez de comida, combustible, ropa y botas, y la corrupción del Gobierno y de sus principales proveedores de material militar y de alimentos crearon en la población un sentimiento de pánico, que hizo crecer el crimen y el desorden. «Cada vez más —escribía Gorki a un amigo en noviembre de 1915—, la gente se comporta como animales y energúmenos».

Para financiar la guerra, el Gobierno recurrió a la subida de impuestos y a los préstamos extranjeros, a la vez que imprimía millones de billetes de rublos. Cuando comenzaba 1917 la inflación había disparado los precios de los productos básicos cuatro veces por encima de los que regían en 1914, mientras los salarios solo subieron el doble. Los campesinos, que compraban mucho más caro y no obtenían ganancias por la venta de sus productos, que iban a parar a los intermediarios, empezaron a acumular y esconder el grano. La comida comenzaba a faltar en las ciudades, adonde habían acudido cientos de miles de campesinos pobres a trabajar en las industrias de guerra y a los que sus salarios, tras largas jornadas laborales, no les llegaban para comprar los alimentos básicos. Las mujeres hacían largas colas a las puertas de las panaderías y carnicerías.

Esa curva divergente de precios entre el sector industrial y el agrícola, con precios al alza en productos fabricados y estancados o a la baja en los agrícolas, fue un importante factor de descontento y protesta. La movilización bélica afectó de forma desmesurada al sector industrial, generando una escasez de bienes de consumo manufacturados. Cuando el Gobierno intentó convencer a los campesinos de que no retuvieran el grano, fue incapaz de ofrecerle a cambio productos procedentes de las ciudades. Ante la escasez de comida, las autoridades introdujeron racionamientos. Un

agente de la policía informó «que la indignación es cada vez mayor en las familias numerosas, donde los niños se mueren de hambre en el sentido más literal de término».

Mientras tanto, los ricos y la gente de alta alcurnia se lanzaron a malgastar el dinero como si percibieran que sus vidas privilegiadas estaban llegando a su fin. Bebían champán, compraban el caviar más caro del mercado negro y apostaban fortunas en los casinos. Los extranjeros se escandalizaban de ese estado de vida tan lujoso y de lo poco que hacían por esconderlo. El político conservador británico sir Samuel Hoare, entonces miembro de la inteligencia británica en Petrogrado, observó el contraste entre esa riqueza, y el uso profuso que algunos rusos hacían, y «las austeras condiciones en Inglaterra durante la guerra».

Esa escasez de comida y productos básicos ya produjo disturbios en 1915. Las guarniciones militares de las principales ciudades se mostraban poco dispuestas a controlar la creciente rebelión en las calles. La gente echaba la culpa, como tantas veces había ocurrido en los motines contra el hambre a lo largo de la historia, a los especuladores y comerciantes, que en la atmósfera de la guerra significaba alemanes o judíos.

El odio a los judíos estaba alimentado en Rusia de forma creciente desde la publicación en 1902, en San Petersburgo, de *Los protocolos de los sabios de Sión*, un libelo inventado por la policía zarista y jóvenes oficiales del ejército y que, según Figes, «proporcionó una base popular en Rusia para el mito de que los judíos formaban parte de una conspiración mundial para desposeer y subyugar a las naciones cristianas». Fue también en aquellos años de preguerra cuando se propagó una amplia literatura sobre los rituales de asesinato, vampirismo y trata de blancas que los judíos supuestamente cultivaban, muy utilizada por todos los contrarrevolucionarios. El antisemitismo, señaló Serguéi Witte, era considerado una «moda elegante» entre la elite.

En la retirada general del verano de 1915, las tropas destruyeron edificios, animales y cosechas, y cometieron abundantes actos de pillaje, especialmente en casas y propiedad de judíos. Muchas de las batallas con los alemanes tenían lugar en las fronteras occidentales del imperio, que coincidían con el área conocida como «Zona de Asentamiento», donde se permitía vivir a los judíos, frente a la clara discriminación en otras partes de la Rusia europea. Como señala Christopher Read, eso los convirtió en un fácil «chivo expiatorio, permitiendo a los generales evitar la responsabilidad por su propia incompetencia». Comunidades enteras fueron acusadas de espiar a favor de los alemanes. Muchos judíos fueron ya asesinados entonces y más de seiscientos mil huyeron o fueron deportados.

Cientos de miles de refugiados tuvieron que recorrer a pie su huida hacia el este, mientras que los trenes transportaban a los oficiales y a sus amantes. Un millón de hombres del ejército ruso se rindieron a los alemanes y austríacos durante la retirada. Los refugiados se amontonaban en estaciones y en las principales ciudades, donde la

vida, especialmente en Petrogrado, se hacía cada vez más difícil, con la subida de los precios de las viviendas y de los servicios municipales. Según las fuentes oficiales, había más de tres millones de refugiados a finales de 1915, pero la investigación de Peter Gatrell pone en cuestión esas cifras y la eleva a seis millones a comienzos de 1917, alrededor del 5% de la población, sobrepasando a los trabajadores industriales que no llegaban a cuatro millones en toda Rusia en ese momento.

Durante la guerra y la posguerra, los contemporáneos hablaban de «columnas» u «oleadas» de refugiados, mientras que Gatrell, tomando la frase de la famosa novela de F. Scott Fitzgerald *Suave es la noche*, se refiere a «todo un imperio caminando». Sus casas habían quedado abandonadas y, en muchos casos, ocupadas por enemigos intrusos, pero, al contrario que los soldados, que tenían la posibilidad de ser héroes, nadie los agasajaba. «Incluso en la muerte, los soldados y los civiles fueron tratados de forma diferente». No hubo tumbas de guerra para los miles de refugiados que murieron de camino a «un lugar seguro».

Todos los informes policiales advertían que los sufrimientos causados por las derrotas a los soldados, a sus familias y a los refugiados estaban empeorando las condiciones de vida de las clases bajas a niveles sin precedentes, provocando desorden social y protestas de «madres exhaustas tras permanecer de pie en las largas colas» para alimentar a sus niños enfermos y hambrientos.

Refugiados, huérfanos e inválidos crearon asociaciones para defender sus intereses. Pero fueron las mujeres de los soldados (*Soldatki*), excluidas hasta hace poco de las historias generales, las que constituyeron el grupo más numeroso durante la guerra, bajo el zar, y también, dado que sus demandas no fueron satisfechas, en los meses posteriores a la revolución de febrero de 1917.

Su nacimiento como grupo social destacado tuvo lugar tras la movilización masiva de hombres que siguió a la declaración de guerra a Alemania y Austria-Hungría. Según el estudio de Sarah Badcock, aunque la traducción literal de *soldatka* era «mujer de soldado», el término se utilizó en 1917 de forma más amplia para incluir a otras mujeres miembros de la familia. Las *Soldatki* habían sido siempre un grupo minoritario entre las mujeres casadas, pero el reclutamiento masivo disparó su número. Si la cifra total de hombres movilizados superó los quince millones, el estimado de *Soldatki* se aproximó a catorce. Muchas mujeres utilizaron también ese término —«mujer de soldado obrero» o «mujer de soldado campesino»— como una forma de definición social.

Lo que las convirtió en un grupo fueron sus quejas comunes, siendo la reivindicación más repetida la de un aumento de las ayudas otorgadas a las familias de los soldados. La inflación galopante y las subida de los productos de primera necesidad condenó a las *Soldatki* que dependían de esa ayuda para la subsistencia a la pobreza. Otras reivindicaciones incluyeron también combustible gratis, al mismo tiempo que se negaban a pagar impuestos o protestaban por la escasez de viviendas o por los intentos de desahucio por parte de los propietarios.

Antes de la guerra, el gobierno del zar ya había intentado identificar esa categoría de *soldatka* para establecer quiénes podían disfrutar del apoyo estatal. A finales de 1916, con el aumento masivo del número de peticiones de subsidio a consecuencia de la guerra, los beneficiarios se acercaban a veinticinco millones. Desde el estallido de la guerra a enero de 1917, la cantidad que el Estado tuvo que pagar, presionado por esas reivindicaciones y protestas, a las familias de los soldados representó alrededor del 7% del total del gasto militar.

Las condiciones tan deterioradas en todos los sectores de la sociedad, desde los campesinos a los obreros de las industrias, pasando por los soldados y sus mujeres, llamaron la atención de los partidos revolucionarios, que comenzaron a canalizar el descontento popular. Las huelgas y conflictos que en enero y febrero de 1917 contribuyeron al estallido de la revolución fueron, según Wade, «una combinación de acciones no planificadas, precipitadas por las quejas de los trabajadores… y manifestaciones organizadas con antelación por los partidos socialistas (como las del 9 de enero y el 14 de febrero)».

Los principales teóricos y dirigentes revolucionarios estaban en el exilio. Nada más estallar la guerra, se abrió en las organizaciones socialistas rusas, como en los restantes partidos socialistas de Europa, un debate sobre si apoyar o no la causa nacional y la movilización bélica. Una buena parte de los socialistas rusos, mencheviques y socialrevolucionarios, liderados por Gueorgui Plejánov, que ya habían mostrado desde la abortada revolución de 1905 su buena disposición a cooperar con los liberales y aprovechar las escasas posibilidades que ofrecía la policía zarista, se pusieron al lado de la causa bélica nacional, con el argumento de que Rusia tenía que defenderse de los agresores extranjeros. Se les llamó, como en otros lugares, «Defensistas» y en el caso ruso recalcaron su solidaridad con las clases trabajadoras de los países de la Entente, a la vez que insistían en que su belicismo solo iba dirigido contra la dominación alemana.

Otros socialistas, en las más arraigada tradición del internacionalismo proletario, rechazaron la guerra como una aventura imperialista y apelaron a la unidad de todos los socialistas europeos para acabar con ella a través de la revolución. El debate entre «Defensistas» e «Internacionalistas» dividió a los partidos revolucionarios rusos, aunque en menor medida al bolchevique, dañó sus posibles alianzas en las jornadas cruciales de la lucha por el poder en 1917 y fue en esos años muchas veces más importante que la afiliación a un partido u otro. Era también una disputa entre quienes reconocían la legitimidad de los estados nacionales, y sus disputas entre ellos, y los que ponían las divisiones de clase por encima de los intereses nacionales.

Lenin, que pasó casi toda la guerra en Rusia, llamó a los trabajadores del mundo a usar sus armas contra sus propios gobiernos, para convertir esa oportunidad en una guerra revolucionaria contra la guerra. Para Trotski y Aleksandra Kolontái, quienes vivieron la mayor parte de aquellos años antes de la revolución en Nueva York, el internacionalismo socialista era su bandera y, como otros revolucionarios y

bolcheviques, aunque ellos no pertenecían entonces al partido, vieron como una traición el masivo apoyo de los socialdemócratas alemanes al Káiser, «la tragedia más grande de nuestras vidas», como la llamó Nikolái I. Bujarin (1888-1938).

Trotski, que colaboró con Yuli Mártov en París en *Nashe slovo* («Nuestra Palabra»), el más influyente órgano de expresión del pacifismo en Europa, acudió a la Conferencia de Zimmerwald, una reunión secreta de treinta y ocho delegados socialistas de once países celebrada en esa pequeña localidad suiza cercana a Berna. Fue él quien redactó el manifiesto final que llamaba a los trabajadores, madres y padres, viudas y huérfanos, heridos e inválidos, a unirse contra la guerra. Y esa militancia antibélica, como también ocurriría con Kolontái, le inclinó gradualmente al Partido Bolchevique, al que no se uniría oficialmente hasta julio de 1917. En realidad, todos los colaboradores principales de *Nashe slovo*, excepto Mártov, se alinearían con Lenin en octubre de ese año y algunos de ellos, como Trotski, Kolontái, Anatoli Lunacharski (1875-1933) o Vladímir Antónov-Ovséyenko (1883-1938), fueron comisarios/ministros del primer Gobierno soviético.

Había una división sustancial, apuntada hace tiempo por Figes, entre quienes pasaron los años de la guerra fuera y quienes estuvieron en Rusia. Mientras que los primeros, exiliados, tendían a ser más internacionalistas y cosmopolitas en sus puntos de vista, los segundos —Iósif Stalin (1878-1953) era el mejor ejemplo— tenían menos conocimiento de lo que pasaba en Europa, de sus culturas y lenguas, estaban más acostumbrados a la clandestinidad, visitaban a menudo las cárceles zaristas, y tenían una concepción más rígida del partido. Fue en ese terreno, en el choque entre «nativos» y «cosmopolitas», donde residían las raíces sociales de las luchas ideológicas que marcaron al partido en los años veinte entre «Socialismo en un solo país» y «Revolución mundial». No es casualidad, añade Figes, que los principales aliados de Stalin en su ascenso al poder (Mólotov, Kaganóvich o Kírov) habían permanecido en Rusia en los años de la guerra y que muchas de sus víctimas en el partido (Trotski, Bujarin, Zinóviev, Antónov-Ovséyenko), por el contrario, habían estado fuera.

La represión, la cárcel y el exilio habían mutilado al Partido Bolchevique, que no tenía dirigentes, ni su principal medio de expresión, *Pravda*, suprimido. Sin embargo, cuando, a consecuencia de los desastres de esa larga guerra, la crisis social se hizo profunda, los lazos entre los trabajadores y la izquierda militante se estrecharon. Los obreros de las industrias volvieron a las huelgas, suprimidas y prohibidas por la guerra, que al principio se centraron en las duras condiciones de trabajo —jornadas más largas que antes, mayor disciplina y castigos por las infracciones de la legislación laboral—, pero que derivaron muy pronto en protestas políticas contra las autoridades y su sistema represivo. Parecía cumplirse el deseo de Aleksandra Kolontái: «Dejemos que las barricadas respondan a la guerra».

El 9 de enero de 1917, aniversario del «Domingo Sangriento» de 1905, 186 000 trabajadores fueron a la huelga. Los conflictos, que crecieron a partir de esa semana

en número, reflejaban un claro sentimiento antibélico, de demanda de cambio político radical. El hecho de que la mayoría de ellos ocurrieran en Petrogrado, la ciudad que concentraba las mayores industrias, la indignación social, el desorden de los refugiados, las largas colas de las mujeres para obtener alimentos…, en el núcleo del poder de la autoridad imperial, tuvo un impacto enorme, de explosión de ira e indignación.

En el frente de guerra, y en los cuarteles militares de la cercana retaguardia, la disciplina de las tropas se desmoronaba. Los soldados, la mayoría jóvenes campesinos, se negaban a combatir y rechazaban la autoridad de sus oficiales, a quienes veían ahora como enemigos de clase, representantes de los terratenientes. La crisis de subsistencias se combinaba con una crisis de autoridad. Las cartas que los soldados escribían desde el frente a sus familiares reflejaban ese cansancio de la guerra y el malestar con los superiores. El general Alekséi Brusílov, la máxima autoridad militar en el frente, recibía cartas sin firmar de sus hombres advirtiéndole «que ellos no querían más combates, y que si no se llegaba pronto a la paz, le matarían».

La guerra agravó, de esa forma, las profundas divisiones en la sociedad rusa y, durante ella, el ejército se convirtió en un grupo ingente de revolucionarios, cuyo malestar y convulsión no podían separarse de la agitación violenta que sacudía a la sociedad. Las derrotas, la cruel disciplina utilizada por muchos oficiales y la situación política radicalizó a muchos soldados, campesinos, que vieron sus vidas alteradas y, según Allan K. Wildman, querían la paz, volver a casa, porque si morían en el frente, ¿de qué servirían la tierra y la libertad?

La crisis cambió de rebelión a revolución cuando los soldados se pusieron al lado de los trabajadores y sobre todo de las mujeres que protestaban contra la escasez de alimentos y cuando los miembros de la oposición moderada abandonaron la autocracia para formar nuevos órganos de poder. Un país rico en cereales —el más importante exportador de trigo— se encontraba en la más absoluta falta de lo necesario para subsistir, por la quiebra de los mecanismos de distribución y por el fracaso político del sistema autocrático para abordar con eficacia ese grave problema.

En ese tercer invierno de la guerra, el más frío y complicado, la crisis de autoridad, la pérdida de confianza en el régimen, iba a desembocar en motines, huelgas, deserciones del frente y, finalmente, en una transformación profunda de la estructura de poder que había dominado Rusia durante siglos. Todas las condiciones estaban allí: una desacreditada monarquía, que incluía al zar y a la zarina, la incompetencia del Gobierno, un deterioro sin precedentes de la economía y del modo de vida de los ciudadanos, hambre, mujeres pidiendo pan, soldados airados y huelgas obreras.

Y una división notable entre las elites, apartadas ya sin remedio de su tradicional lealtad al zar. Liberales y conservadores comenzaron a pensar en el golpe de mano que acabara con el zar, antes de que la revolución popular pasara por encima de sus

cadáveres. «Nadie cree ya en las palabras», dijo Vasily Shulgin (1878-1976), líder de los nacionalistas en la Duma. Y como ya le había advertido el general Brusílov al Gran Duque Miguel, hermano del zar, cuando los planes para la revuelta palaciega se habían puesto en marcha desde diferentes frentes: «Si tengo que elegir entre el Emperador y Rusia, entonces yo voy con Rusia».

Mijaíl Rodzianko (1859-1924), presidente de la Duma y principal dirigente de los Octubristas, preocupado por los desórdenes y los enfrentamientos entre los trabajadores y la policía en las calles de Petrogrado, ya había lanzado a comienzos de febrero de 1917 una serie de avisos, en un informe de diecisiete páginas, sobre la crisis de suministros, la escasez de alimentos y combustible, que hacía pasar frío a la gente en sus casas y en las fábricas, «una descomposición total que amenaza con hacer inútiles» todos los sacrificios de la guerra.

A finales de ese mes, entre el 26 y 27 de febrero, ante la pasividad y falta de atención del zar a esos problemas, le envió al menos tres telegramas, en los que subrayaba la situación crítica en la capital y confiaba todavía en el buen gobierno del emperador para enfrentarse a ella. El primero decía: «La dilación es fatal». El segundo: «La hora final ha llegado». Y en el tercero se quejó de que Nicolás II, al suspender la Duma, había eliminado «el último bastión del orden», subrayando que lo que la gente como él, y el Bloque Progresista, buscaban era orden y no rebelión y, menos aún, revolución. Para ello, se necesitaba restablecer la confianza del pueblo en el Gobierno y devolver los poderes a la Duma: «En nombre de Rusia, le pido, Majestad, tomar esas medidas… ¡Mañana puede ser demasiado tarde!».

Pero el problema no residía tanto en informar al zar, que se enterara de lo que pasaba, que al fin y al cabo ya lo habían hecho antes otras personas cercanas a él y varios informes policiales, como, según Christopher Read, «en conseguir que se hiciera cargo de la urgencia de la situación». No fue así, como muestra su respuesta a los telegramas del presidente de la Duma: «este gordo Rodzianko me ha escrito otra vez una sarta de tonterías, a las que ni siquiera me dignaré en contestar». El 26 de febrero le escribió desde el frente a la zarina: «Salgo de aquí pasado mañana. He despachado ya aquí todos los asuntos importantes. Duerme bien. ¡Dios te bendiga!».

3

1917: un volcán en erupció.

> Aquí, en esta pequeña ciudad soporífera… nada había ocurrido en tres siglos… Y ahí estaba ¡la revolución! Yo estaba confundido. Un hombre vino corriendo por la calle desierta… ¿Lo habéis oído?… ¡No hay Zar! Ahora solo existe Rusia.
>
> KONSTANTÍN PAUSTOVSKY (1892-1968), escritor (memoria de la revolución en la pequeña ciudad provincial de Yefrémov).

Todo comenzó por el pan, el frío y con algunos motines en los cuarteles de Petrogrado. Era la culminación del descontento y de la crisis de autoridad que se habían propagado, de forma creciente, en los últimos meses, pero nadie esperaba una desintegración del orden y un cambio en el curso de los acontecimientos tan repentino y extraordinario, algo que cogió a muchos por sorpresa. El zar Nicolás II, que unos días antes de la revolución que lo destronó estaba en Petrogrado, había abandonado la capital el 22 de febrero porque el ministro de Interior, Aleksandr D. Protopópov (1866-1918), le había asegurado que no pasaba nada por lo que tuviera que preocuparse. Todo lo que pasó, y mucho, en los días siguientes le cogió en su cuartel general de Maguilov, lejos del centro de poder de su sistema autocrático.

El mismo día en que salió hacia el frente, porque la capital estaba tranquila, la dirección de la fábrica de fundición de acero Putilov, la más grande de Rusia, decidió, ante el conflicto que habían planteado sus trabajadores, cerrar las instalaciones, poniendo de esa forma a treinta mil trabajadores en las calles, avivando las tensiones en la ciudad. Trataron de extender el conflicto a las fábricas más próximas y algunas de las mujeres empleadas allí se manifestaron delante de las tiendas y almacenes de comida contra la escasez de pan. De la protesta laboral se pasó a la política cuando un grupo de trabajadores se reunieron con Aleksandr Kérenski (1881-1970), miembro de la Duma, para advertirle que la huelga podría ser el comienzo de «algo muy grave».

Al día siguiente, 23 de febrero, se celebraba en Petrogrado el Día Internacional de la Mujer Trabajadora, una conmemoración con la que cada 8 de marzo desde 1912 la Segunda Internacional Socialista recordaba a las mujeres muertas un año antes en el incendio de la fábrica textil Triangle Shirtwaist de Nueva York. Miles de mujeres, campesinas, estudiantes y trabajadoras, según la descripción de las crónicas de la época, se manifestaron por Nevski Prospekt, la avenida más popular y visitada de la

ciudad. Allí se les unieron trabajadores de la Putilov y juntos comenzaron a gritar «Pan», en protesta contra la carestía y el racionamiento de ese producto básico que había sido anunciado por el Gobierno la semana anterior, ante la negativa de muchos campesinos a vender el grano a las ciudades y a la interrupción del sistema de transporte por las bajísimas temperaturas de esos días del invierno.

Un trabajador de una fábrica cercana vio a través de la ventana cómo pasaban los manifestantes gritando «¡Abajo la guerra! ¡Abajo los precios! ¡Abajo el hambre! ¡Pan para los trabajadores!», a la vez que les animaban a que dejaran de trabajar y salieran a la calle con ellas. «Bolas de nieve golpeaban las ventanas. Decidimos unirnos a la manifestación». Una fábrica tras otra paró ente el empuje de esa multitud. Más de cien mil trabajadores, un tercio de la mano de obra industrial de la capital, habían parado al final de ese día.

Hasta ese momento, las mujeres habían sido ignoradas en los discursos y reivindicaciones básicas de los partidos socialistas rusos, pese a los avances organizativos estimulados por la revolución de 1905, a la militancia activa de algunas bolcheviques, como Nadia Krúpskaya (1869-1939), mujer de Lenin, o Inessa Armand (1874-1920), y a que la población femenina empleada en el sector industrial aumentó de forma considerable durante la guerra: del 25,3% en 1913 al 33,3% en 1917 en Petrogrado; y del 39,4 al 48,7% en Moscú.

Muchas mujeres, feministas y de la *intelligentsia*, mostraron su patriotismo en las semanas que siguieron al inicio de la Gran Guerra, en asociaciones voluntarias en hospitales en el frente y en la retaguardia, pero conforme los desastres de la guerra convirtieron el problema de suministros en una crisis social, las mujeres, sus iras y protestas, comenzaron a llamar la atención de los revolucionarios y de las autoridades. Un miembro de la policía zarista informaba a sus superiores a finales de enero de 1917 de que «las madres de familia que estaban extenuadas de soportar de pie largas esperas en las colas de las tiendas» eran «un almacén de material combustible». «Una chispa —pronosticó—, será suficiente para que un conflagración estalle».

Ese tipo de protestas, como el historiador E. P. Thompson demostró en su influyente trabajo sobre los motines de subsistencias, no iba dirigido tanto contra la carestía, como contra el incumplimiento por parte de los gobernantes de su obligación de asegurar la distribución y buen precio de los productos básicos. Cuando en ese crudo invierno de 1916-1917 corrieron rumores en las colas que acaparadores de grano y comerciantes especuladores subían deliberadamente el precio del pan reteniendo las existencias, mucha gente echó la culpa a las autoridades por no velar por la población. En ese ambiente de crisis social y de xenofobia, se suponía que esos «especuladores» y «capitalistas» eran judíos y, sobre todo, alemanes, a quienes los mismos rumores, como vimos, ya atribuían una gran influencia en la Corte y en los manejos de la zarina.

En el caso ruso, según Rex A. Wade, las huelgas y manifestaciones de finales de

febrero de 1917, estimuladas por las mujeres pidiendo pan, eran algo más que «meros motines de subsistencias». La petición de pan «era un símbolo de agravios generales y podía unir a un amplio espectro de la población contra las autoridades». Activó a los obreros fabriles, recogió apoyo de las clases medias y medias bajas y la comprensión y solidaridad de los soldados. Y además, «planteó la cuestión del derrocamiento del régimen».

Durante los dos días siguientes, miles de trabajadores tomaron las calles y hubo enfrentamientos con la policía y los escuadrones de cosacos montados a caballo. En la tarde del 25 de febrero, el zar, desde su cuartel general en Maguilov, envió un telegrama al general Serguéi Jabálov (1858-1924), jefe del distrito militar de Petrogrado, ordenándole «acabar desde mañana con todos los desórdenes en la Capital… que no pueden permitirse en este tiempo difícil de guerra con Alemania y Austria». Cumpliendo esas órdenes, el 26 de febrero la policía y los soldados dejaron varias decenas de muertos en diferentes lugares de la ciudad, tras abrir fuego contra los manifestantes.

Algunos soldados del regimiento Pavlovsky se amotinaron, salieron a la calle a defender a los manifestantes, aunque fueron desarmados y detenidos por las tropas de Khabalov. Pero el 27, otros regimientos, liderados por Volynskii, hicieron lo mismo y por la tarde había 66 700 amotinados. Las autoridades perdieron el control de las fuerzas militares, compuestas entonces fundamentalmente de reclutas jóvenes y soldados que esperaban regresar al frente. Cansados de reprimir a gente indefensa, empezaron a confraternizar con los manifestantes, a quienes les entregaron sus armas. Soldados y trabajadores se apoderaron del arsenal y de algunas fábricas de armas. Los disturbios de los días anteriores dieron paso a una revolución que se iniciaba en el corazón de las fuerzas armadas del Estado zarista. Quienes mandaban habían perdido la autoridad y los insurrectos estaban ahora armados.

Sin el yugo del zar

Comenzó también entonces la violencia destructora de una parte de esa multitud, que atacó los cuarteles de la policía y asaltó las prisiones, el símbolo de la represión del zar, liberando a presos políticos y comunes. Algunos oficiales tiránicos fueron linchados y una especial sed de venganza, resultado de años de disturbios y de imposición de cruel disciplina, se produjo entre los marinos de la base naval de Kronstadt y de la flota del Báltico, quienes asesinaron a setenta y cinco jefes y

oficiales, entre ellos al comandante de la flota, el vicealmirante A. I. Nepenin, y al gobernador general de la base, el almirante R. N. Viren. Echar abajo retratos de Nicolás II y del águila imperial de dos cabezas se convirtió casi en rutina. Grupos armados detuvieron a policías y oficiales del ejército zarista y la ciudad mostraba un ambiente festivo con camiones y coches llenos de soldados armados, que acompañaban manifestaciones y mítines. «En todos los sitios —recordaba Krúpskaya tras su regreso a Rusia en abril—, la gente se agrupaba en corros, discutiendo de forma acalorada los últimos acontecimientos».

Miembros influyentes de la Duma, que presidía Mijaíl Rodzianko, decidieron que la mejor forma de hacer frente al caos en las calles era constituir un comité provisional, al mismo tiempo que los sóviets creaban otro. En la tarde del 27 de febrero, por lo tanto, dos diferentes comités, uno salido de los representantes políticos y otro de las asambleas de soldados y trabajadores, trataban de controlar una revolución que nadie dirigía y que, hasta ese momento, era el resultado de una reacción espontánea a la represión sangrienta y a la carestía de productos básicos. Detrás de ella, evidentemente, latía un descontento con las forma de conducir la política y la guerra por parte de las autoridades y del zar.

El zar desoyó las peticiones que por telegrama le envió Rodzianko para que sustituyera su poder autocrático por una monarquía constitucional y enterado de que Khabalov era incapaz de imponer el control, ordenó al general Nikolái I. Ivánov (1851-1919) que se desplazara a Petrogrado con tropas del frente para restablecer el orden. Nunca llegaron porque los motines de soldados se extendieron a otras guarniciones y los insurgentes controlaban las principales estaciones de la línea de ferrocarril que conducía a Petrogrado. El general M. V. Alekséyev, el comandante en jefe de las fuerzas del zar, ordenó al general Ivánov detener la expedición y le pidió a Nicolás II que dejara a la Duma formar un gobierno que restableciera el orden, antes de que la revolución se extendiera por toda Rusia, «lo que significaría un deshonroso final de la guerra». «No se puede pedir al ejército combatir mientras hay una revolución en la retaguardia», avisó al zar. Alekséyev y los jefes militares más próximos pensaron antes en preservar al ejército que en su lealtad personal a la monarquía.

La Duma, conservadores y liberales, los propietarios y algunos generales presionaban al zar para que abdicara, temerosos de que si seguía en el poder, la revolución sería inevitable y se extendería al frente. Lo que buscaban, por lo tanto, era prevenir la revolución, evitar que se trasladara al frente y conducir la guerra de forma más eficaz. Suponían que el sacrificio de Nicolás II les salvaría a ellos. Pero ocurrió justamente lo contrario. Lo que había anunciado Piotr Durnovó se hizo realidad: una vez puesta en marcha, la revolución se convirtió en una fuerza incontrolable que iba a barrer a quienes pretendieran manipularla. Y la autoridad de los jefes del ejército fue una de sus primeras víctimas. Los motines y la rebelión abierta de soldados y marinos en las regiones de Petrogrado y Moscú hicieron

inevitable, bajo la presión de los jefes militares, la renuncia del zar. Apareció así en el escenario uno de los componentes más peculiares de la revolución de febrero de 1917 en Rusia comparado con otras de la historia contemporánea: el papel primordial de soldados y marinos armados en la quiebra del orden y en la destrucción de las relaciones jerárquicas existentes.

El zar, que no se había preocupado mucho al principio de los disturbios, continuando con su rutina, asistiendo a misa y jugando al ajedrez, sin conocer bien la gravedad de lo que estaba pasando, abdicó el 2 de marzo a favor de su hermano el Gran Duque Miguel. Pero su hermano, asustado también por la revolución y al ver que la Duma no confiaba en él, no aceptó la corona. Frente a la imagen de un zar acosado por la revolución, algunos historiadores, como Richard Pipes, sostienen que, en realidad, no se enfrentó a presiones populares para que se fuera, sino a las de los políticos y generales que pensaban que su destitución era esencial para la victoria en la guerra. Abdicó porque era un patriota y puso a Rusia por encima de sus intereses personales.

No es eso, no obstante, lo que indican las investigaciones más detalladas sobre cómo la historia transcurrió en esos días. Según Eduard N. Burdzhalov, en su reconocido estudio sobre febrero de 1917 en Petrogrado, la revolución había derrocado a Nicolás II y solo cuando eso ya había pasado se presentó como una abdicación voluntaria. En los primeros días de la revolución, el zar esperaba todavía poder ahogar la revuelta popular en sangre con la ayuda de las tropas del frente. «El zar abdicó cuando se dio cuenta de la falta de fiabilidad de esas unidades del ejército, cuando la revolución se había ya extendido a Moscú y a otras ciudades y cuando su causa había fracasado y todas las opciones estaban ya cerradas». Nadie apoyaba al zar, escribió Guchkov, «un vacío total rodeaba al trono». Fue un destronamiento como consecuencia de una revolución y lo que hizo la «abdicación voluntaria» que siguió fue legalizar ese acto.

Alejandra Feodorovna pensaba en los primeros momentos de la revolución que las cosas volverían a la normalidad. Le dijo por carta a su marido que «si te fuerzan a hacer concesiones, no estás obligado a cumplirlas… Dios te salvará y restablecerá todos tus derechos» y así lo seguía creyendo el 3 de marzo cuando Nicolás II ya no era zar: «Te juro que te veremos otra vez en el trono, al que ascenderás con tu pueblo y tropas para la gloria de tu reino».

El 3 de marzo el Comité Ejecutivo del Sóviet de Petrogrado discutió el destino de Nicolás II y de su familia y resolvió arrestar a los miembros de la dinastía Románov, aunque eso no ocurrió hasta el 8 de marzo, cuando el zar fue detenido en Maguilov y conducido al día siguiente a Tsárskoye Seló, la residencia de la familia imperial, donde permanecería vigilado, junto con la zarina, hasta el 14 de agosto de 1917, cuando fueron trasladados a Siberia. Así acabó la monarquía de los Románov y, de golpe, todo el edificio del Estado ruso se desmoronó. El sistema autocrático estaba muerto y la revolución había comenzado, extendida de abajo arriba de la sociedad,

precipitada por una manifestación de mujeres, esa «masa inerte», «estrato atrasado» del proletariado, como habían sido calificadas a menudo por los hombres revolucionarios.

La revolución de febrero y las transformaciones que siguieron fueron modeladas por una larga historia de conflicto entre las políticas autoritarias del régimen zarista y diferentes formas de oposición y resistencia desde las elites y las clases populares. En medio del regocijo en las calles, en los cuarteles y en las trincheras, el Príncipe Gueorgui Lvov asumió el 2 de marzo la presidencia de un Gobierno Provisional formado en su mayoría por diputados de la Duma pertenecientes a la elite liberal y rica del país. Los Kadetes, Octubristas y Progresistas ocuparon los puestos más relevantes, dirigidos por Pável N. Miliukov como ministro de Asuntos Exteriores. Aleksandr Kérenski era el único socialista, aunque moderado, comparado con otros socialrevolucionarios, en ese nuevo gobierno y como también era miembro del Comité Ejecutivo del Sóviet, estar en los dos centros de poder le colocó en posición extraordinaria para ejercer una enorme influencia.

Como su propio nombre indicaba, se consideraba un órgano de transición para mantener al país unido, dirigir bien la guerra y mantener el orden público y la administración hasta que pudiera entregar su autoridad a un gobierno salido de una Asamblea Constituyente. El Gobierno Provisional dejó casi intacto el aparato del Estado que heredó del zarismo y se limitó a abolir los tribunales extraordinarios de justicia, la policía y la *Ojrana*. La burguesía y los liberales tenían la intención de fortalecer su autoridad basada en todas las asociaciones civiles, económicas e industriales que habían creado en los años de las reformas y durante la guerra —sobre todo los *zemstvos* y el Comité Central de Industrias de Guerra. El problema era que no tenía detrás una gran base social y popular de apoyo. En teoría era la máxima autoridad; en la práctica, la mayoría de la gente en las calles pensaba que el poder residía en el Sóviet de los Delegados de Obreros y Soldados.

Era un Gobierno que iba a estar vigilado por los sóviets y que comenzó su andadura con una serie de decretos que anunciaban una amnistía política, la concesión de libertades democráticas, la abolición de la pena de muerte y la confiscación de las tierras de los Románov. Su programa pretendía hacer la transición en Rusia desde una autocracia cuasifeudal a una democracia avanzada, con la Asamblea Constituyente, elegida por sufragio universal, en el horizonte. «Creo en la vitalidad y en la sabiduría de nuestro pueblo —dijo el Príncipe Lvov en la primera entrevista con la prensa—, tal y como ha puesto de manifiesto el levantamiento nacional que ha derrocado al zar». Rusia entraba en una nueva etapa en la que el pueblo demostraría «el esfuerzo universal por establecer la libertad y defenderla contra sus enemigos internos y externos».

El Príncipe Gueorgui E. Lvov pertenecía a una de las familias nobles más antiguas de Rusia, aunque como él mismo recordaba, con la abolición de los siervos su familia «cayó en la categoría de terratenientes que no tenían los medios para vivir

de la forma en que habían estado acostumbrados». Por eso y porque se había convertido desde los años noventa en un dirigente liberal del *zemstvo* de la provincia de Tula, no lejos de Moscú, hogar de sus antepasados, comenzó a tomar conciencia de la distancia que había entre terratenientes como él y la gran masa de población campesina: «Sabíamos tanto de los campos de Tula como de África Central».

En 1905, con la revolución fallida que acompañó a la derrota en la guerra contra Japón, se hizo miembro de los Kadetes, pese a que no le interesaba mucho la política de partidos y tampoco los debates sobre las teorías o la organización. Era un «Kadete escéptico», como lo definió su líder, Miliukov, pero su opinión era muy respetada y, según señala Figes, «su sentido común práctico, su experiencia en la política local y su alejamiento de las disputas entre facciones» le convertirían en el candidato favorito para presidir el Gobierno Provisional. Tenía cincuenta y seis años y asumió también, como ministro de Interior, la responsabilidad de controlar el aparato coercitivo y administrativo del Estado. Para una parte importante de esa multitud que estaba entonces en las calles, Lvov era, sin duda, un buen representante de la «clase privilegiada». «¿Significa esto que todo lo que hemos hecho es intercambiar un zar por un príncipe?», exclamó un soldado cuando se enteró del nombre del presidente.

Las cosas resultaron demasiado difíciles, montañas imposibles de escalar, para aquel Gobierno. No solo porque disponía de pocos medios para hacer cumplir sus decisiones y mostrar su autoridad entre la policía y los soldados de las guarniciones, sino, sobre todo, porque los sóviets y otras nuevas instituciones desafiaron desde el principio su poder. Lo que había desde comienzos de marzo en Rusia, pensaban muchos, era una «autoridad dual», la de ese Gobierno y la del Sóviet de Petrogrado. Aleksandr Guchkov, ministro de la Guerra, confesó en una reunión de jefes del ejército que «nosotros no tenemos autoridad, solo la apariencia de autoridad; el verdadero poder reside en el Sóviet». Era también un reflejo de la profunda división en la sociedad rusa entre las clases populares y las propietarias.

Por otro lado, muchos miembros del Sóviet, recelosos de ese Gobierno Provisional, trataron rápidamente de asegurar un papel dominante a ese órgano de delegados de obreros y soldados. Esa situación de un Gobierno con autoridad formal pero poder limitado y un Sóviet con poder real pero sin responsabilidad formal para gobernar se repitió, como señala Wade, en muchos sitios del imperio, donde los sóviets locales ejercían más poder que los miembros de los gobiernos locales. Y además de los sóviets estaban las miles de nuevas organizaciones —sindicatos, partidos políticos, asociaciones profesionales y educativas— que salieron por todos los lados al calor o después de la revolución de febrero y que disminuyeron todavía más la fuerza del gobierno central. Más que una «autoridad dual», lo que se dio fue una fragmentación del poder y la desaparición de la autoridad jerárquica.

La inversión del viejo orden

El origen de los sóviets como organizaciones distintas de los sindicatos y partidos socialistas estaba en la revolución de 1905, cuando desde la huelga general de octubre a los levantamientos en Moscú en diciembre, trabajadores de unas cincuenta ciudades eligieron delegados para los comités locales de huelga y se les llamó sóviets o consejos obreros. En ese año, los únicos que tuvieron importancia más allá de su localidad fueron los de San Petersburgo y, en menor medida, Moscú.

Ninguna fuerza revolucionaria antes de 1917 desarrolló una clara teoría sobre los sóviets como alternativa a una Asamblea Constituyente, aunque fue la facción más radical de los socialrevolucionarios la que en 1905 anticipó lo que podrían llegar a ser como forma de poder social y democrático. Al situarlos como una alternativa al parlamentarismo, a los partidos políticos e incluso a los sindicatos, los socialrevolucionarios reivindicaron en 1917 haber sido los creadores e impulsores de esa corriente imparable que pedía «Todo el poder a los Sóviets».

Al mismo tiempo, algunos activistas de las fábricas de Petrogrado conservaban la memoria de aquella experiencia de 1905 y plantearon recuperarla desde el primer momento de la revolución ante la ausencia de un liderazgo efectivo y, sobre todo, cuando los motines en las tropas pusieron en la agenda de los dirigentes locales socialistas la necesidad de organizar las diferentes manifestaciones de poder que estaban surgiendo desde las calles y cuarteles.

En la tarde del 27 de febrero, alrededor de cuarenta de esos dirigentes se reunieron en el Palacio Táuride, construido por Grigori Potemkin (1739-1791) a finales del siglo XVIII, sede de la Duma, para discutir su creación. Unas horas después, unos doscientos cincuenta trabajadores, soldados y militantes socialistas se sumaron a la iniciativa y quedó constituido bajo la presidencia del miembro menchevique de la Duma Nikolái Chjeidze (1864-1926), y con otro menchevique, Matvéi Skóbelev (1885-1938), y Kérenski como vicepresidentes. La inclusión de soldados cambió radicalmente la naturaleza de ese órgano de poder, que ya no era un mero comité de trabajadores, como en 1905, y que el 1 de marzo pasó a llamarse Sóviet de los Delegados de Obreros y Soldados. De esa forma, los grupos armados de la ciudad quedaron vinculados al Sóviet, lo que tendría importantes repercusiones en el posterior desarrollo de la revolución.

Cuando el Comité de la Duma intentó en los últimos días de febrero reafirmar el control sobre las tropas y restablecer la disciplina, se encontraron con la oposición de muchos soldados que recordaron que su revuelta iba dirigida contra el sistema jerárquico del ejército imperial y que no iban a aceptar la reimposición de ese orden. El recién creado Sóviet tomó la iniciativa y el 1 de marzo emitió la «Orden N.º 1» atendiendo a la petición de los soldados de que sus relaciones con los oficiales deberían ser formalizadas sobre una base democrática, con trato respetuoso como

correspondía a ciudadanos y no a súbditos, a través de la elección de comités. Esa orden apuntaló el apoyo de los soldados al Sóviet y marcó la primera fase de la desintegración del viejo ejército ruso. Mucha guarniciones de otras ciudades y del frente copiaron la orden, anulando así, de golpe, la normas de obediencia y disciplina y las bases de la autoridad de los oficiales y jefes. El general Alekséyev declaró que esa orden señalaba el camino para que el ejército que él mandaba fuera destruido.

En los diez días siguientes, los comandantes jefes del frente perdieron la autoridad sobre sus tropas y fueron obligados a legitimar los comités creados espontáneamente. Los comités, según el estudio de Wildman, fueron un «microcosmos de la Rusia radical —intelectuales en uniforme, estudiantes, activistas en la clandestinidad, militantes obreros, incluso campesinos alfabetizados, artesanos y comerciantes— que arrastraron a los soldados a la órbita de la política revolucionaria». Cuando muchos de sus jefes, asediados los cuarteles por la multitud, comprendieron la futilidad de la represión, trataron de acomodarse. Sin ese acoplamiento, la represión indiscriminada de esas revueltas imparables hubiera desatado mucha más violencia.

No se destruyó el mando de forma caótica, como se ha dicho a menudo, sino que los oficiales y jefes impopulares fueron rechazados y sustituidos por otros elegidos en su lugar. Según Read, el principio elemental en el ejército de tener mandos no se cuestionó y los elegidos no fueron, en esas primeras semanas de la revolución, soldados rasos, sino otros militares profesionales. El objetivo era mejorar las condiciones de combate y defensivas de las fuerzas armadas en guerra frente a Alemania y Austria-Hungría. En esa fase, todavía se intentaba que la revolución contribuyera a conducir la guerra de forma más efectiva, no a acabar con ella a la desbandada. Las ejecuciones, atrocidades y violencia indiscriminada, como había ocurrido en Kronstadt y en la flota del Báltico, fueron excepcionales, aunque se arrestó y se juzgo a los más estrechamente conectados con el régimen zarista derribado. No fue una «violencia sin significado e insensata de la turba», sino que, expresión más bien de un tradicional sentido de la justicia popular, «la mano de la justicia revolucionaria actuaba solo con quienes la merecían».

Pero la decisión del Gobierno Provisional de continuar la guerra, defender a Rusia contra sus enemigos externos, le ató de pies y manos para evitar la insurrección de los enemigos internos. Los soldados, con el paso de los meses, comenzaron a cansarse de la guerra, querían la paz, volver a sus casas y empezar a vivir sin dueños en las tierras, como estaban haciendo algunos de sus familiares y allegados desde la caída del zar. Un millón de soldados desertó de sus puestos entre marzo y octubre de 1917. «Las calles están llenas de soldados —decía un oficial en marzo de ese año—: acosan a los señores respetables, se pasean con prostitutas y se comportan en público como matones. Saben que nadie se atreve a castigarles».

La suposición por parte de muchos de esos millones de soldados campesinos de que la revolución significaba el fin del poder de los nobles, de los «capitanes de la

tierra», de la sociedad de los terratenientes y de sus leyes injustas, estimuló la quiebra de la autoridad militar desde las primeras semanas de marzo. Cuanto antes acabara la guerra, antes conquistarían la tierra. Porque esa consigna «Zemlia i Volia» («Tierra y Libertad») había sido siempre, según Wildman, un «aspecto autóctono de la psicología popular, que los populistas habían explotado —y después la *intelligentsia* y los bolcheviques—, pero no inventado».

Desde Petrogrado, la revolución comenzó a propagarse fácil y rápidamente a las capitales de provincia y después al campo, pese a los intentos de algunas autoridades de ocultar las noticias que llegaban por telegramas y de censurar los periódicos que informaban sobre la caída del zar. En muchos sitios se formaron primero comités que sustituyeron a los burócratas imperiales en los puestos de mando local, seguidos de sóviets de soldados, obreros y campesinos. El apoyo popular en las calles a esos cambios, conforme avanzaban los ecos de revuelta llegados desde la capital imperial, aseguró la revolución frente a los temores de que el campo se convirtiera en el bastión del antiguo régimen. A finales de mayo había en Rusia unos setecientos sóviets con más de 200 000 delegados. En octubre, la cifra había subido a 1500, de los que 455 eran sóviets de delegados campesinos. Se creó una asamblea nacional, «El Congreso de Sóviets de Todas las Rusias», que confirió legitimidad a toda la estructura. El Primer Congreso se reunió del 3 al 24 de junio y el Segundo el 26 de octubre. Los sóviets eran, según sus principales impulsores, la expresión de la «democracia revolucionaria». En el primero de esos congresos, los bolcheviques solo representaban a 105 de los 777 delegados que declararon afiliación a algún partido; 285 eran socialrevolucionarios y 248 mencheviques.

La desaparición del zar y de la autoridad imperial debilitó, y muy pronto eliminó, los medios tradicionales de coerción/represión —policía, tribunales y ejército— a través de los cuales el Estado y los terratenientes controlaban a los campesinos y les obligaban a respetar el orden social. Los campesinos identificaban la revolución con la conquista de la tierra y, liberados del yugo que lo impedía, sin miedo ya al castigo, comenzaron a vislumbrar el paraíso soñado. Pocos lloraron la caída de los Románov y cientos de resoluciones fueron pasadas en las comunidades campesinas pidiendo que el nuevo orden se construyera sobre bases de justicia e igualdad. Aunque después del Edicto de Emancipación de 1861 el número de familias terratenientes había disminuido, pocos países en el mundo tenían todavía latifundios tan grandes como los de Rusia. A los ojos de los campesinos, como recuerda S. A. Smith, la nobleza terrateniente no tenía derecho sobre esas propiedades porque no las trabajaba: «en el universo moral del campesinado, era un dogma de fe que solo quienes trabajaban la tierra que producía tenían el derecho a ella».

En la visión optimista de algunos liberales como el Príncipe Lvov, en esa nueva Rusia que nacía, donde el autoritarismo iba a ser sustituido por el gobierno democrático, una de las funciones de las autoridades como él era educar al pueblo en sus derechos y deberes cívicos, especialmente al campesinado, el grupo que

constituía más de tres cuartos de la población. Había que sacarlos de su aislamiento cultural e integrarlos, como habían pretendido los revolucionarios franceses de 1789, en una nueva nación política en la que pasaran de súbditos a ciudadanos. Si esa democracia iba a manifestarse en una Asamblea Constituyente y en otras instituciones representativas, necesitaba a los campesinos, a la mayoría del electorado.

Lvov ya había declarado años antes que los de su clase sabían tanto de los campesinos que vivían junto a ellos como de África Central, pero la *intelligentsia*, activistas obreros y la mayoría de los dirigentes socialistas no tenían mejor opinión sobre ese amplio sector de la sociedad atrasada y analfabeta. «Los campesinos no saben nada de política», escribió un soldado de la provincia de Penza al Sóviet de Petrogrado el 25 de abril. Y como suponía otro activista, «el campesino es todavía fácilmente engañado por los funcionarios monárquicos y otra fuerzas de la reacción, (porque) nunca ha estado familiarizado con los más elementales asuntos políticos, ni ha recibido la educación de un ciudadano».

Esos clichés sobre los campesinos sirvieron para que, durante bastante tiempo, la historiografía sobre la Revolución Rusa los describiera como villanos, víctimas y pasivos observadores de unos hechos protagonizados por los obreros y la vanguardia bolchevique. En algunas historias recientes, desde las de Figes a Wade, pasando por Read o la más especializada de Aaron B. Retish, los campesinos son actores principales en la Gran Guerra, la revolución y la guerra civil. La evolución de sus acciones, al principio más cautas, después de confrontación más abierta, mostró que tenían un sentido más sutil de la política que lo que tradicionalmente se les ha atribuido. Compartían una concepción bastante clara de lo que era bueno o malo para ellos, eso que E. P. Thompson llamó «economía moral», y su posición no solo estaba definida por sus relaciones con los propietarios, sino también con la Iglesia, las autoridades y la *intelligentsia* de médicos, maestros y abogados en sus localidades.

La masiva movilización durante la guerra y la revolución de febrero quebrantaron su tradicional papel subordinado en la sociedad. Los soldados campesinos, muchos de ellos desertores del frente, incitaron a otros a ocupar las fincas señoriales y, en ocasiones, dar rienda suelta a actos de vandalismo, quema de mansiones y destrucción de máquinas.

Parte de esa violencia fue avivada por la larga memoria de disputas en torno a la tierra, la desigual distribución de la riqueza y los privilegios de los terratenientes, que siempre habían encontrado por parte del sistema zarista y la nobleza la represión sangrienta como respuesta. Cuando en la primavera de 1917 crecían los ataques a las propiedades y a sus dueños, muchos terratenientes instaron al Príncipe Lvov a que restaurara la ley y el orden en los campos. No pudo hacerlo y esa fue, entre otras cosas, una de las razones por las que dimitió como jefe del Gobierno Provisional a comienzos de julio. Pero pocos nobles y terratenientes percibieron de forma tan reflexiva y cruda la forma en que el comportamiento de su clase había esparcido las

semillas de la revolución. Era «la venganza de los siervos», les dijo Lvov a sus ministros, el castigo a los hacendados por su «comportamiento tosco y brutal durante siglos de servidumbre».

Además de memoria de violencia y explotación, los campesinos también tenían una larga tradición de organización en asambleas locales que revivió y se amplió, en los meses que siguieron al derrocamiento del sistema autocrático, como plataforma de debate, participación y democratización. Soldados, mujeres y los más jóvenes tuvieron ahora un papel activo en la institucionalización de un nuevo orden montado a través de elecciones de comités locales revolucionarios, denominados algunas veces también sóviets. En ellos se discutieron todos los apremiantes asuntos relacionados con el reparto de la tierra, las rentas, los salarios y el control de la violencia.

Pero como la guerra continuaba, siguió también el problema del suministro y distribución de alimentos, con todas las tensiones, ya reflejadas en los dos años anteriores a la caída del zar, entre las aspiraciones de los campesinos y las políticas y decisiones del Gobierno Provisional. Protestaron por los controles, mostraron resistencia frente a las requisas, como habían hecho antes, y la incapacidad de las nuevas autoridades para reorganizar el sistema de mercado, de distribución de productos básicos, ante la negativa de los campesinos a entregar la producción, contribuyó a la quiebra económica, a profundizar la crisis social y a la caída del Gobierno Provisional.

Porque tampoco la llamada «cuestión de la tierra», pasar la tierra de los terratenientes a los campesinos, para lo que el Gobierno Provisional puso en marcha una amplia red de «comités de la tierra» para preparar los detalles de esa reforma, tenía fácil solución mientras millones de campesinos estuvieran todavía en el frente. Ese proyecto, además, como señala S. A. Smith, reflejaba una clara división entre los Kadetes, «que insistían en que los terratenientes debían ser completamente recompensados por la tierra que se les cogía», y Víctor Chernov, ministro de Agricultura en el primer y segundo Gobierno de Coalición, «que deseaba ver un ordenado traspaso de tierra desde las propiedades de la nobleza a los comités». Chernov declaró en abril de 1917 que «el campesinado es el verdadero autócrata de Rusia».

Ante la ausencia de una solución rápida, los campesinos pasaron a la acción sin esperar a la ley, primero, a comienzos del verano, de forma cauta, negándose a pagar rentas, apoderándose del ganado o robando leña de los bosques señoriales, utilizando, en suma, eso que James C. Scott llamó «las armas de los débiles», la resistencia cotidiana antes de enfrentarse abiertamente con el sistema. Pero como ya no había autoridades para reprimir, esos actos ilegales se dispararon y en otoño comenzó una ocupación y reparto masivo de tierras, enseres y ganado. Como explicó gráficamente uno de ellos: «Los *muzhiki* (hombres campesinos) están destruyendo los nidos de los señores, para que el pequeño pájaro nunca pueda volver».

La revolución tuvo también un enorme impacto entre los pueblos no rusos del

imperio, aproximadamente la mitad de la población total. La primera vez que se hizo un censo detallado después de la revolución, en 1926, se reconocía la existencia de 194 grupos étnicos diferentes, de distintos tamaños, lengua, religión y cultura. Aunque los movimientos nacionalistas habían comenzado a desafiar a la autocracia en 1905, fue en el transcurso de la guerra cuando se radicalizaron al sufrir algunas de sus regiones periféricas, como Polonia y la zona Báltica, la ocupación alemana y la evacuación de parte de su población. El fin del sistema autoritario, la abolición de la censura y la oleada de cambios políticos y sociales que emanaban desde Petrogrado y las principales ciudades rusas, ofreció a los nacionalistas una oportunidad de oro para organizarse y movilizar a sus conciudadanos a través de vínculos de identidad nacional.

Como al Gobierno Provisional no le resultó fácil restablecer el control desde el centro, las reivindicaciones de los líderes de diferentes nacionalidades y provincias se hicieron imparables, desde la mera demanda de autonomía cultural, a la autonomía territorial y política o incluso la independencia. Pocos se plantearon al principio esa solución más extrema, pero se convirtió en algo más serio y sólido conforme avanzaba 1917 y ocurría también lo mismo en otros territorios de Europa del centro y del este metidos en la crítica etapa final de la Primera Guerra Mundial, al calor de la política de todos los imperios que en ella participaron de fomentar el nacionalismo como forma de luchar contra sus adversarios.

No era el nacionalismo, sin embargo, un fenómeno fácil y simple de resolver en el vasto imperio ruso. Y no todos esos diferentes grupos étnicos tenían el mismo sentimiento de nacionalidad. La *intelligentsia* y las clases medias urbanas más cultas estaban divididas entre quienes, ya rusificados, rechazaban el nacionalismo, a veces por razones ideológicas, como la mayoría de los marxistas, y los que, precisamente por poseer niveles altos de educación, se abrazaban a él en busca de la autonomía o de la independencia frente al Estado centralizado. Como reflejan bien los trabajos de Ronald Grigor Suny, había también claras distinciones entre la identidad étnica, basada en costumbres y lenguas diferenciadas, la conciencia nacional, que se expresaba más en el terreno político, y el nacionalismo que pretendía el establecimiento de algún tipo de Estado basado en la homogeneidad nacional. Entre los dieciocho millones de musulmanes, el nacionalismo era una fuerza muy débil, especialmente en Turquestán, donde vivía la mayoría, mientras que en la región Báltica, el predominio de alemanes y las campañas periódicas de rusificación del Estado zarista habían estimulado la aparición de potentes movimientos nacionalistas.

Abordar toda esa complejidad de nacionalismos, sus diferentes categorías y grados, iba a resultar una empresa imposible para el Gobierno Provisional porque, al igual que ocurría con las viejas elites de Petrogrado y Moscú, no tenía ninguna simpatía hacia esas demandas de autonomía. Pero es que, además, según S. A. Smith, «subestimó el poder desestabilizador del nacionalismo en 1917, suponiendo que la abolición de la legislación discriminatoria solucionaría la cuestión nacional».

Al principio, en las semanas posteriores a la revolución de febrero, la secesión o independencia no se encontraba entre las reivindicaciones nacionalistas más comunes, que se centraban más en los derechos a la expresión lingüística o cultural o a la autonomía política dentro del Estado federal ruso. Solo en los extraordinarios casos de Polonia y Finlandia, donde sus Estados habían retenido alguna autonomía tras la incorporación al imperio, los nacionalistas pidieron la separación total. En Ucrania, donde residía aproximadamente el 22% de la población del imperio, una zona rica en cereales y minerales, el Gobierno Provisional resistió la petición de autonomía política del parlamento surgido tras la revolución, Rada, inclinando a sus representantes hacia el separatismo. En realidad, la debilidad del centro político, cuyos dirigentes insistían además en mantener la unidad e integridad del Estado frente al federalismo, alentó los sueños nacionalistas de muchos de esos grupos étnicos, como los alemanes o judíos, especialmente en Finlandia, las provincias Bálticas, Ucrania, Georgia y Armenia. A finales de ese año de convulsiones y después durante la guerra civil, parecía que su momento había llegado.

La intensidad de los conflictos y lenguajes de clase —entre obreros, soldados y campesinos— eclipsó aparentemente las reivindicaciones puramente nacionalistas, pero en la práctica resultaba más difícil separarlas porque la mayoría de los terratenientes eran rusos o polacos y en ocasiones al nacionalismo lo apuntalaban poderosos sentimientos de clase.

La presencia de las mujeres, tan importante en las protestas contra la carestía de productos básicos que sirvieron de trasfondo a la revolución de febrero, se hizo también notar en las demandas de una legislación igualitaria que incluyera el derecho al voto. Las más militantes, las bolcheviques seguidoras de Lenin, quienes se encontraban antes de la caída del régimen autocrático en el exilio o acosadas por la *Ojrana* del zar, habían contemplado la revolución como una lejana posibilidad y ahora la tenían, por fin, allí, tocándola. Volvieron del exilio, como Inessa Armand o Aleksandra Kolontái, salieron de la clandestinidad, y tuvieron que reconstruir la organización y convertirse en agitadoras del cambio revolucionario: «¿Adónde va el dinero del pueblo? —preguntó Kolontái en un mitin en la primavera de 1917—: ¿A las escuelas, hospitales, a las familias, a la maternidad o al cuidado de los niños? Nada de eso sucede. El dinero del pueblo va a financiar batallas sangrientas. Los banqueros, los dueños de las fábricas, los ricos terratenientes son responsables de esta guerra».

Aunque la mayoría de las mujeres siguieron creyendo que la política no era asunto de ellas, una minoría sustancial comenzó a involucrarse, como ha demostrado Barbara Evans Clements, en manifestaciones, mítines y sindicatos. Los cambios revolucionarios iban desterrando la resistencia popular a que las mujeres hablaran en público. Kolontái se dirigió frecuentemente no solo a obreros y mujeres, sino también a soldados y marinos. Y Yevgenia Bosh, organizadora del Partido Bolchevique en Ucrania, y que después sería comisaria política y militar durante la guerra civil, pasó

tiempo del verano y del otoño de 1917 en el frente ucraniano, entre hombres. La creación de una organización específica de mujeres dentro del partido fue una reivindicación, no conseguida, en la que destacó una veterana militante, dentista de profesión, Vera Slútskaya, muerta en un encuentro con fuerzas antibolcheviques en noviembre de 1917. Todas ellas lucharon por sus derechos, mejores condiciones de vida y más protección en las fábricas, pero criticaron también el comportamiento sexista de los hombres, incluidos los compañeros de partido, que ignoraban y se oponían a menudo a sus peticiones.

La destrucción súbita y por las armas del Estado ruso abrió, en definitiva, oportunidades extraordinarias y sin precedentes para diferentes y variados grupos sociales. Los obreros tomaron el control de las fábricas, los soldados desertaban en masa y rompían las relaciones jerárquicas con sus jefes, los campesinos ocupaban y distribuían entre ellos las tierras no comunales, las mujeres defendían sus derechos y las minorías étnicas aspiraban a un mayor autogobierno.

En eso reside la peculiaridad de lo que ocurrió en Rusia a partir de febrero de 1917, subrayada por la generación de historiadores posterior a 1991, que no hubo solo una revolución sino múltiples revoluciones, política, social, cultural, de género, conducidas, según la tesis de Christopher Read, «por varias nacionalidades y clases en un caleidoscopio de combinaciones y con una serie completa de resultados».

En eso y en que la tan esperada revolución llegó de forma súbita, surgiendo de huelgas y manifestaciones populares, con importante presencia y protagonismo de mujeres, sin aparente preparación y sin líderes, todo lo contrario a lo que las autoridades y policía zaristas y los partidos socialistas habían previsto. Un buen barómetro de la intensidad con la que esa tormenta revolucionaria afectó a tantos sectores diferentes de la sociedad es la rapidez con la que crearon sus propios comités como forma de defensa de sus identidades personales y de grupo.

El hecho de que esa revolución saliera tan directamente de las acciones colectivas de trabajadores industriales y de soldados campesinos, guiados por los más activistas, obreros conscientes y cualificados, y apoyados por la población en general, dejó, como señala Rex A. Wade, una impronta muy relevante en su carácter y en su posterior desarrollo: «la autoafirmación popular fue un rasgo dominante de toda la revolución de 1917». Cómo organizar, canalizar y, sobre todo, controlar esas masas de trabajadores, soldados y campesinos se convirtió un dilema para todos los futuros líderes de ese nuevo y todavía no definido orden. La revolución popular había triunfado, «consolidarla fue la siguiente tarea y recayó en gente diferente».

El control político de la revolución

Los partidos socialistas, cuyos líderes principales no estaban en Petrogrado en aquellas jornadas de febrero de conflicto y de protesta, mostraron profundas divisiones sobre cómo responder a la revolución en marcha. La revolución alteró de arriba abajo el mapa político. Echó de él a los monárquicos y a los más conservadores, convirtió a los viejos liberales en «nuevos conservadores», dividió a todos los partidos, a derecha e izquierda, en diferentes facciones, y creó una amplia coalición de «centro-izquierda» —con socialistas moderados— y «centro-derecha» —no socialistas—, el «Sistema de Febrero» lo llama Wade, que gobernó y dominó la política en Rusia hasta la conquista del poder por los bolcheviques en otoño.

Hasta ese momento, fueron los mencheviques y, sobre todo, los socialrevolucionarios (SRs) quienes lograron representar mejor las aspiraciones de las organizaciones populares, aunque las viejas etiquetas ya no servían mucho después de que la Gran Guerra y la caída del sistema autocrático hubieran obligado a reestructurar sus ideas, discursos, retórica y acciones.

Irakli Tsereteli (1881-1959), un menchevique de Georgia con un influyente papel en la Segunda Duma, que volvió del exilio en Siberia el 20 de marzo de 1917, guió ese proceso entre los socialistas moderados, la coalición de mencheviques y socialrevolucionarios de derecha que dominó el Sóviet de Petrogrado y la mayoría de los sóviets provinciales hasta octubre. Tsereteli propuso defender Rusia y a la revolución frente al imperio alemán y que el Gobierno Provisional negociara el final de la guerra basado en una «paz sin anexiones ni indemnizaciones». A esa combinación de defender al país y buscar la paz se le llamó «Defensismo revolucionario», una bandera que Tsereteli, junto con los otros líderes del Sóviet, Chjeidze y Skóbelev, enarboló para apoyar la democracia parlamentaria, que debería plasmarse en la convocatoria de una Asamblea Constituyente cuando la guerra finalizara, y un amplio programa de reformas sociales. Para los mencheviques, esa era la fase «burguesa» de la revolución, a la que seguiría después la auténtica socialista. A finales de la primavera, esa coalición socialista moderada controlaba la mayoría de los sóviets locales.

Los socialrevolucionarios, dirigidos por Víctor Chernov, eran el partido más numeroso en 1917 y quienes tenían detrás más campesinos y, con el reclutamiento masivo de esos en la guerra, soldados. La cuestión de si apoyar o no la causa bélica de Rusia dirigida por el zar los había dividido y la apuesta de Chernov por la coalición con los socialistas moderados dejó a su izquierda un potente grupo de revolucionarios, con fuerte presencia también en las principales ciudades, cuyo programa difería poco del de los bolcheviques.

La noticia de la revolución de febrero cogió a los principales dirigentes bolcheviques y revolucionarios en la cárcel, en el exilio o en el extranjero. Lenin estaba en Zúrich, Trotski en Nueva York y Chernov en París. Ninguno de ellos hizo

aquella revolución, aunque Lenin muy pronto iba a irrumpir en aquel escenario de crisis de autoridad como actor principal. Vladímir Ilich Uliánov, Lenin, llegó a la estación de Finlandia de Petrogrado a medianoche del 3 de abril de 1917 y fue recibido como un héroe por obreros y soldados con pancartas y banderas rojas. Llevaba diecisiete años fuera de Rusia, en el exilio, salvo un período de seis meses en 1905-1906.

Nacido en 1870, comenzó a acercarse al marxismo a comienzos de los años noventa y desde entonces emprendió una carrera de revolucionario profesional, viviendo de los fondos del partido y de la renta de una propiedad de su madre. En el tren que le llevó de Suiza a Petrogrado redactó lo que él consideraba que debía ser el programa bolchevique de transición desde «la primera a la segunda fase de la revolución», conocido, tal y como se publicó después en *Pravda,* el periódico del partido fundado en 1912, como las «Tesis de abril».

Las presentó en público al día siguiente de llegar a Petrogrado, ante una asamblea de socialdemócratas reunidos en el Palacio Táuride, y lo que allí expuso era radicalmente diferente no solo a lo que entonces hacían los líderes socialistas moderados del Sóviet, sino también a lo que defendían los bolcheviques más destacados de esa ciudad. Los bolcheviques, según Lenin, no tenían que colaborar con el Gobierno Provisional y, por el contrario, deberían comprometerse en una incesante propaganda antibélica, hasta la consecución de la paz. «En nuestra actitud hacia la guerra… no es posible la más mínima concesión al “defensismo revolucionario”».

La tierra debía ser nacionalizada y lo que tenía que constituirse no era una «República parlamentaria… sino una república de Sóviets de Trabajadores». Se trataba, por lo tanto, de una nueva revolución que transferiría el poder «al proletariado y a los campesinos más pobres». Era una propuesta que, como ya se ha señalado, no compartían los mencheviques ni los restantes socialistas, que consideraban necesario ese período de transición representado por el Gobierno Provisional. Y eran ellos, y no los bolcheviques, quienes entonces controlaban los principales órganos de representación popular.

Pero la irrupción en ese momento de Lenin con sus nuevas tesis señaló el surgimiento de una enérgica oposición de izquierda. Lo que ocurrió en los meses siguientes llevó a Lenin al poder y no solo por su absoluta fe en el destino que la historia le había asignado, sino, sobre todo, porque el Gobierno Provisional no pudo, o no supo, controlar ese escenario revolucionario, ni tampoco buscó la paz con los alemanes, un hecho decisivo para explicar su fracaso y el triunfo bolchevique. La solución reformista en la que confiaban Lvov y su Gobierno, que consistía básicamente en importar las políticas y prácticas constitucionales de Europa occidental, no contaba con precedentes ni bases sociales o culturales en las que apoyarse.

Tampoco era fácil construir y consolidar una alternativa liberal sobre las cenizas

que iba dejando la revolución. Como señala Orlando Figes, «el violento rechazo de cualquier cosa asociada con la vieja civilización fue un elemento integral de la revolución de febrero. Los símbolos del régimen imperial fueron destruidos, las estatuas de los héroes zaristas destrozadas, los nombres de las calles, cambiados. Los campesinos cometieron actos vandálicos en las casas de los terratenientes, en las iglesias y en las escuelas». Muchos socialistas e intelectuales vieron esa violencia arrolladora como el impulso revolucionario «natural» de un pueblo oprimido, la destrucción de un viejo mundo del que emergía el nuevo. Otros, sin embargo, subrayaron ya el horror de esa violencia por encima de cualquier elemento positivo. El escritor Máximo Gorki, por ejemplo, ya percibió en esa «revolución asiática», en el verano de 1917, cuando los bolcheviques todavía no habían tomado el poder, los «instintos criminales» que estaban destruyendo Rusia.

Lvov, que quería solucionar el problema de la tierra por medios legales, no pudo evitar que los campesinos se apoderaran de la tierra, que se quebrara la disciplina en el ejército, que los sóviets mandaran más que su Gobierno o, dicho de otra forma, que hubiera una multitud de poderes locales, en vez de un solo poder. Intentó salir de la crisis con un Gobierno de Coalición de liberales y socialistas, formado el 5 de mayo, en el que entraron Tsereteli, Skóbelev y Chernov, y Kérenski era el nuevo ministro de la Guerra. Pero tampoco resultó. Y tras el fracaso de una ofensiva militar en junio y la insurrección de obreros, soldados y marinos que siguió, tuvo que dimitir.

Kérenski y el alto mando militar, presionados también por los Aliados, decidieron lanzar una ofensiva, aunque el general Alekséyev no la consideraba factible tal y como estaba el ejército y muchas unidades se mostraban reacias a pasar al ataque. Comenzó el 18 de junio y pronto derivó en desastre, con decenas de miles de muertos y heridos, y con abundantes manifestaciones de indisciplina, desobediencia y deserción.

La crisis se trasladó desde el frente a la capital. El general Lavr Kornílov (1870-1918), uno de los que más habían defendido la ofensiva y que mejor había resistido el contraataque de los Poderes Centrales, firme oponente de la revolución desde el Estado Mayor, quiso mover tropas de Petrogrado para debilitar en la capital el poder armado de los sóviets. En la tarde del 3 de julio, soldados del Primer Regimiento de Ametralladoras se negaron a ir al frente y ocuparon las calles. Se unieron a ellos más de diez mil marinos armados de Kronstadt y miles de obreros. Militantes bolcheviques llamaron a la insurrección, pese a las dudas de su Comité Central, que no veía la situación madura para derribar al Gobierno, y al día siguiente soldados armados rodearon el Palacio Táuride reclamando el poder para los sóviets. El Gobierno, con la ayuda de unidades militares fieles, pudo reprimirla.

Parecía que esa insurrección fracasada devolvía la iniciativa al centro y a la derecha. Se acusó a los bolcheviques de provocarla y el ministro de Justicia, P. N. Pe revérzev, orientado por Kérenski, ordenó arrestar a Lenin y a otros dirigentes de su partido, acusados de alta traición y de ser agentes alemanes. Lenin escapó junto con

Grigori Zinóviev, a Finlandia, mientras que otros, como Lev Borísovich Kámenev, Aleksandra Kolontái y León Trotski, que todavía no era miembro del partido, fueron encarcelados.

Esos «Días de Julio», como se les llamó, precipitaron la crisis gubernamental más grave desde la revolución de febrero. Tsereteli mostró su pesar por tener que aplicar desde el Gobierno «métodos represivos contra quienes en el pasado habían sido mis camaradas en la lucha por la libertad». Lvov no la aguantó y se fue: «me siento como un trozo de madera flotante, arrastrado por las olas revolucionarias», le dijo al general Alekséi Kuropatkin (1848-1925). Los intereses generales del Estado, pensaba Lvov, estaban siendo sacrificados por los más particulares de los diferentes partidos y clases sociales y Rusia avanzaba hacia una guerra civil. Como les decía en una carta a sus padres: «sin duda, el país se dirige hacia una carnicería, hambre, derrumbe del frente… la herencia cultural de la nación, su gente y su civilización, será destruida». Era el 7 de julio de 1917, apenas cinco meses después de que hubiera comenzado la venganza de los siervos. «La única forma de salvar al país —le dijo a un amigo dos días después—, era cerrar el Sóviet y disparar al pueblo. No puedo hacer esto. Pero Kérenski puede».

Le sustituyó, efectivamente, Alexandr Kérenski, que tampoco pudo salvar al país, aunque fue saludado como el hombre más preparado para lograrlo, alguien que, siendo miembro tanto del Sóviet como de la Duma, se movía en los dos centros de poder y era también respetado por los dirigentes militares y la burguesía liberal. En realidad, tras cuatro meses de revolución sin un líder claro, fue el primero en rellenar ese vacío.

Su figura fue vilipendiada durante décadas y solo desde los años noventa del siglo pasado los historiadores comenzaron a rescatarla del desecho en el que se hallaba. Fue para los bolcheviques el símbolo de la incompetencia burguesa, retratado en la película *Octubre* (1927), de Serguéi Eisenstein, como un pequeño Napoleón. Los *émigrés* rusos, aristócratas, monárquicos y derechistas, que encontraron en él un chivo expiatorio para ocultar sus errores y responsabilidades, cargaron sobre él el «desastre» de Octubre. La Iglesia ortodoxa le negó un entierro religioso en Nueva York y al final sus restos fueron trasladados al cementerio Putney Vale de Londres.

Kérenski era un hombre de izquierda que se había unido a un pequeño grupo, los *Trudoviki*, el Partido Obrero, emparentado con los socialrevolucionarios. Era un orador brillante y su principal propósito, como observa Read, era «mantener la unidad nacional mientras fuera posible y defender a Rusia de la peor de las catástrofes, una quiebra interna abriendo las puertas a la derrota externa». Con esa idea, fue capaz de mantener durante un tiempo, aunque corto, como todo lo que pasaba ese año en Rusia, un balance entre moderados de la izquierda, centro y derecha.

Tenía treinta y seis años, veinte menos que Lvov, once menos que Lenin, una prueba más del signo de los tiempos. Alcanzó ese puesto de máxima responsabilidad

justo cuando se acababa de abortar la insurrección en Petrogrado y comenzó a gobernar enemistándose frontalmente con los bolcheviques, lo cual significaba también romper con una parte del movimiento de los sóviets.

Cuando parecía tener controlado el desafío bolchevique, Kérenski tuvo que hacer frente a un intento contrarrevolucionario protagonizado por el general Lavr Kornílov (1870-1918), a quien había nombrado, a los pocos días de acceder a la presidencia del Gobierno, comandante en jefe del ejército ruso. Kornílov, que no procedía de una familia aristocrática, como la mayoría de los generales rusos, y al que los círculos derechistas veían ya como un salvador y héroe nacional, presentó a Kérenski una serie de reformas que pretendían, en primer lugar, restaurar la disciplina en el ejército, todavía en guerra con los imperios centrales. Kornílov quería acabar con el poder de los comités de soldados, extender la pena de muerte, vigente en el frente, a la retaguardia e imponer el control militar en el suministro de alimentos. Era una clara apuesta por una dictadura militar, aunque Orlando Figes cree que lo que Kornílov buscaba era más bien «rescatar al gobierno de la influencia del Sóviet» y evitar así la catástrofe.

A Kornílov, no obstante, le animaban desde los círculos financieros y desde la Unión de Oficiales a que se deshiciera de Kérenski y derribara al Gobierno Provisional. A su llegada a Moscú a comienzos de agosto para la Conferencia Estatal, un intento de Kéresnski de fortalecer su Gobierno y el aparato del Estado, Fedor Rodichev (1854-1933), un destacado Kadete, le dijo: «Salva a Rusia, y un pueblo agradecido te reverenciará».

El 25 de agosto ordenó al general Aleksandr Krymov (1871-1917) trasladar tropas desde el frente y ocupar la capital. Kérenski cesó a Kornílov y mandó a Krymov detener el avance. El Sóviet de Petrogrado creó un comité especial para combatir la contrarrevolución, compuesto de representantes mencheviques, bolcheviques y socialrevolucionarios, que movilizaron a sus militantes para defender la capital. Solo los bolcheviques, sin embargo, tenían la capacidad para armar a los trabajadores y soldados, porque es lo que habían hecho desde la revolución de febrero. Esos grupos armados crecieron en la primavera y verano de 1917 y los llamaron Guardias Rojas, una especie de ejército de trabajadores dispuesto siempre a defender la revolución frente a cualquier amenaza. En julio había ya, solo en Petrogrado, veinte mil trabajadores en las Guardias Rojas, jóvenes en su mayoría, con menos de veinticinco años más de la mitad de ellos. En octubre, eran alrededor de doscientos mil en toda Rusia.

No hubo necesidad de combatir porque las tropas de Krymov no quisieron enfrentarse a ese «pueblo en armas». Krymov se suicidó el 31 de agosto, tras declarar que «la última carta para salvar a la patria ha sido derrotada, ya no merece la pena vivir», y Kornílov fue arrestado en el monasterio de Bykhov, cerca de Maguilov, junto con otros treinta militares implicados en la «conspiración contra la revolución», entre quienes se encontraba el general Antón Denikin (1872-1947).

Abortada la revuelta, los políticos de la derecha y del centro se apresuraron a reafirmar su lealtad al Gobierno. Pero Kérenski no salió fortalecido de esa derrota de los militares golpistas. Todo lo contrario. Su victoria sobre Kornílov significó su derrota política. La izquierda y la derecha le acusaron de estar envuelto en una conspiración y de traicionar a su compañero de complot. Aunque pocos oficiales apoyaron activamente a Kornílov, muchos llegaron a ser sospechosos de hacerlo y el golpe destruyó la poca confianza que quedaba entre los soldados hacia sus mandos. Muchas resoluciones de los comités de soldados en esos días pidieron para Kornílov y otros conspiradores la pena de muerte que ellos habían reimpuesto en el ejército.

Kornílov se convirtió en un mártir, al que sus simpatizantes visitaban cuando querían y que gozaba en esa prisión de todo tipo de privilegios. Allí, en ese monasterio, se esbozó el programa de lo que iba a ser el Ejército Voluntario, la mayor fuerza del bando Blanco que lucharía contra los bolcheviques en la guerra civil, liderado por Kornílov y Denikin. La relación con los militares se había deteriorado hasta un punto sin retorno y ningún miembro destacado del ejército salió en apoyo del Gobierno Provisional cuando los bolcheviques, menos de dos meses después, tomaron el poder.

Fueron precisamente los bolcheviques los más beneficiados de ese golpe frustrado y de la debilidad en la que se encontró el Gobierno a partir de ese momento. El temor a los «Kornílovitas» y al avance de la contrarrevolución radicalizó a muchos de los comités y sóviets de soldados, obreros y campesinos en las provincias. Los bolcheviques pasaron a ser a los ojos de muchos de esos trabajadores que resistieron a Kornílov el único partido no comprometido con la burguesía y el régimen que salió de la revolución de febrero. Su permanente oposición al gobierno de «capitalistas y terratenientes», su rechazo de la guerra «imperialista», su apuesta por la entrega de la tierra a los campesinos y por el poder de los sóviets comenzaban a dar frutos.

Unos cuarenta mil trabajadores habían sido armados para resistir al golpe y muchos de ellos ya no abandonaron las armas. Además, miles de soldados sospecharon de sus jefes por su posible apoyo a Kornílov y desertaron para ingresar en los sóviets y debatir la cuestión del poder y de la paz. Altos mandos del ejército reconocían que, con tantas deserciones, resultaba imposible continuar la guerra. El golpe de Kornílov, «que estaba dirigido para salvar al ejército —señala Figes—, terminó por destruirlo del todo». En vez de parar el proceso revolucionario, Kornílov hizo más que nadie para agitarlo y hacerlo rodar más lejos y más deprisa. El hecho de que un grupo de militares tomara las armas por primera vez frente a otros rusos y la revolución, y no frente al enemigo externo, alertó a los sectores más movilizados, que empujaron la revolución hacia delante, en una nueva fase de radicalización.

El prestigio de Kérenski y del Gobierno Provisional, escribió la mujer del entonces presidente, «fue completamente destruido por el Affair Kornílov; y se quedó sin apoyos». La inclinación de los soldados hacia el bolchevismo, porque en su programa estaba la paz, y la negativa de Kérenski a negociarla, hicieron el resto.

Como señaló Trotski, «el ejército que se levantó contra Kornílov fue el ejército futuro de la revolución de octubre».

El verano de 1917 significó también una línea divisoria en todas las naciones en guerra en Europa. La revolución rusa de febrero, junto a la entrada en la guerra de Estados Unidos en abril, transformaron la naturaleza y escala del conflicto. En Rusia, como señala Holquist, quienes trataron de configurar y controlar el orden revolucionario habían esperado que la revolución mejoraría de forma radical su situación en la guerra. Sin embargo, se encontraron justamente con lo contrario, que seguir con la movilización de la población «hizo más profundas las grietas ya existentes».

Durante ese verano, la confianza en que «la Gran Revolución Rusa» uniría a los ciudadanos había dado paso a la división. Bajo ataques desde la derecha y la izquierda, los gobiernos de Lvov y Kérenski se enfrentaron al desplome de las ilusiones sobre la capacidad del pueblo para fortalecer su concepto de la democracia y ciudadanía. Cuando se comprobó que las masas no lo apoyaban, esos gobiernos recurrieron cada vez más a la fuerza del Estado como única forma de persuasión. Y los campesinos, lejos de intimidarse, respondieron. Antes de julio, solo se habían producido 11 intervenciones militares en el campo para reprimir disturbios. En julio y agosto aumentaron a 39 y en septiembre y octubre ya fueron más de 100. En la mayoría de los casos, los soldados dispararon contra los campesinos. Fue el final de lo que Read denomina la «luna de miel», del matrimonio entre las nuevas autoridades y las diferentes manifestaciones de representación popular.

Las diferencias se hicieron irreconciliables. El lenguaje de clases, de revolución social y no solo de reforma política, se había impuesto a los otros lenguajes (liberal, democrático, constitucionalista) que compitieron en ese escenario de crisis de autoridad, un cambio simbolizado por el creciente uso de «camarada» en vez de «ciudadano» como forma de dirigirse al otro. Lo que había comenzado en febrero con un motín en la guarnición militar de Petrogrado, acompañado de protestas de la población civil contra la inflación y la falta de alimentos, se había convertido tan solo ocho meses después en una revolución social, extendida al campo, a las fábricas, al frente y a los pueblos no rusos del imperio. A esa rebelión le faltaba que alguien supiera llenar el vacío de poder que estaban dejando el fracaso y la soledad del Gobierno de Kérenski. El camino estaba despejado para un partido revolucionario y contrario a la guerra. Y ahí aparecieron los bolcheviques. Y Lenin.

4

La segunda revolución de 191.

> Esto es el comienzo de un nuevo período en la historia de Rusia… Ahora debemos dedicar nuestras vidas a la construcción de un estado socialista proletario.
>
> Declaración de LENIN, Instituto Smolny, Sóviet de Petrogrado, 10 de la mañana del 25 de octubre de 191.

La conquista del poder por los bolcheviques fue uno de los principales acontecimientos del siglo XX y no resulta nada extraño que los historiadores muestren en torno a él diferentes interpretaciones. Frente a quienes la definieron desde el principio como una «revolución popular» conducida desde abajo —o la revolución del proletariado unido, en la descripción de la propaganda soviética—, la historiografía antisoviética, y antimarxista, siempre la identificó como un «golpe de Estado» que triunfó por la violencia y el terror.

Hasta los últimos años de existencia de la Unión Soviética, sus historiadores oficiales defendieron que el camino al poder de Lenin y los bolcheviques fue la consecuencia inevitable de las contradicciones del capitalismo, un acontecimiento que trajo enormes beneficios a las clases trabajadoras; por el contrario, los historiadores occidentales interpretaron octubre de 1917 o como una casualidad no prevista de la historia o como el resultado de la aspiración al poder de una despiadada minoría que, una vez conseguido, ejerció sobre sus ciudadanos un control y represión mayores que los del más cruel de los zares.

Las investigaciones más recientes de Christopher Read, S. A. Smith o Rex A. Wade superan esas disputas y subrayan la importancia del eslogan «Todo el poder para los Sóviets» y de cómo el apoyo popular a esas instituciones surgidas desde abajo allanó el camino a los bolcheviques. Para Wade, la revolución de octubre de 1917 fue una «lucha popular» por esa causa y solo después se convirtió en una «revolución bolchevique». Según Read, hubo un golpe político de los bolcheviques, pero solo posible por el masivo apoyo popular al poder de los sóviets, el creciente movimiento de ocupación de tierras, el hastío de la guerra y las tremendas dificultades económicas. Un golpe de Estado, en su forma más pura, argumenta Read, es un cambio de personal en las altas esferas del poder político, un Estado que es tomado por los conspiradores y golpistas. En octubre de 1917, en Rusia «había muy

poco Estado que tomar».

La idea de la conquista del poder como resultado de un golpe contra un gobierno democrático es también cuestionada por Smith. «Tenía todos los elementos de un golpe… excepto por el hecho de que un golpe implica la conquista de un aparato de Estado que funciona. Y Rusia no había tenido ninguno desde febrero». El Gobierno Provisional careció de legitimidad desde el principio. Desde el verano, estuvo atrapado por una serie de crisis en cadena —en el frente, en el campo, en las industrias y en la periferia no rusa—. Pocos gobiernos podrían haber lidiado con una situación así, y menos sin un ejército en el que confiar.

Adoptar esa línea de investigación permite desechar mitos e ideas falsas que han oscurecido durante mucho tiempo la comprensión de aquel cambio violento. En palabras de Wade, frente a esos mitos y visiones enfrentadas, «ni fue una simple manipulación de masas ignorantes por parte de bolcheviques cínicos, ni la conquista del poder cuidadosamente planeada y ejecutada bajo la omnipresente dirección de Lenin». En última instancia, el apoyo de trabajadores, soldados y campesinos a los sóviets, la institución dedicada a promover la revolución social, se combinó con la decisión fatal de los gobiernos provisionales de continuar la guerra. Y el fiasco del golpe de Kornílov ya había mostrado que la derecha estaba desorganizada y la contrarrevolución no tenía en esos momentos posibilidades de vencer.

«¡Todo el poder para los Sóviets!»

Los bolcheviques no tuvieron ningún papel relevante en la revolución de febrero de 1917 y en la primavera de ese año todavía eran el menos influyente de los tres partidos socialistas. A comienzos del otoño habían sobrepasado a los mencheviques y en Petrogrado y en algunas ciudades, también a los socialrevolucionoarios. De unos cuantos miles de militantes en febrero pasaron, según sus propias fuentes, a un cuarto de millón a finales de verano. Su éxito se debía, según el clásico estudio de Robert Service, a que era el único de esos tres partidos «incondicionalmente hostil al Gobierno Provisional». En abril ya tenían claro que querían su derrocamiento y además atacaron a la dirección del Sóviet de Petrogrado, a los «Defensistas Revolucionarios», por no poner fin a la guerra, no abordar la distribución de la tierra y por el deterioro de la economía.

Conforme el tiempo avanzaba y el Gobierno Provisional y los dirigentes del Sóviet mostraban su incapacidad para solucionar esos problemas y satisfacer las

aspiraciones populares, la izquierda socialrevolucionaria y los bolcheviques prosperaban. Muchos mencheviques mostraban el desencanto con su partido por su colaboración con los Kadetes. Los bolcheviques se convirtieron en la alternativa política para los desilusionados y para quienes buscaban un nuevo liderazgo. El único grupo que creía de verdad que las «horrendas dificultades» generadas por la guerra y el Gobierno podían ser enseguida superadas. Como no tenían responsabilidad política, recogieron los frutos de la división y declive de los otros dos partidos socialistas. Su no apoyo al Gobierno Provisional les dio, a los bolcheviques en general y a Lenin en particular, lo que el menchevique Nikolai N. Sukhanov (1882-1949) llamó en sus memorias una posición «comodín», por la que podían representar y adaptarse a cualquier cosa.

Pero, como señala Wade, los bolcheviques no solo ganaban apoyo por su política anti, de oposición, sino también por lo que defendían: paz inmediata, rápida y completa distribución de la tierra entre los campesinos y control obrero de las industrias. Fueron capaces de asumir las reivindicaciones de algunos grupos muy importantes en la sociedad, como las de las *Soldatki*, las mujeres de los soldados, que no atendieron ni el Gobierno Provisional ni los dirigentes de Petrogrado, abriendo las puertas a la polarización social. Según la investigación de Sarah Badcock, la autoridad de los socialistas moderados y los «Defensistas Revolucionarios» quedó quebrantada por la frustración y resistencia de las *Soldatki*, algo que influyó también en el distanciamiento de muchos trabajadores y soldados en octubre de 1917. Aunque las *Soldatki* no se definieron como un movimiento político, compartían con los bolcheviques el deseo de acabar la guerra. La explosiva combinación de expectativas frustradas y el empeoramiento de las condiciones económicas y políticas en los meses posteriores a la caída del zar lanzó a los bolcheviques hacia una segunda y más radical revolución.

El lenguaje de «nosotros» —el pueblo— y «ellos» —capitalistas y burgueses como amenaza a la revolución—, que excluía a las clases altas y medias del poder y del cambio radical que se avecinaba, se resumía y manifestaba en ese «¡Todo el poder para los Sóviets!», que los mencheviques y los «Defensistas Revolucionarios» rechazaban.

Y el Partido Bolchevique, como mostraron ya hace años los trabajos de Alexander Rabinowitch y Robert Service, crecía también de forma extraordinaria debido a la disciplina, a la unidad en la toma de decisiones que impuso su reducido Comité Central, y a la ventaja que les daba tener en Lenin a un líder carismático y reconocido por todos. Fue en esos meses entre las dos revoluciones un modelo de organización centralizada desde arriba y descentralizada, con múltiples comités locales y provinciales, sóviets de obreros y soldados, desde abajo. Como no eran todavía un partido de gobierno, los bolcheviques dedicaron una buena parte de sus energías a la organización, política y militar, y no sufrieron las divisiones de mencheviques y socialrevolucionarios sobre la guerra y el internacionalismo.

Más que apoyar a los partidos socialistas y a sus líderes, en esos meses críticos del verano y otoño de 1917, los obreros, los soldados y los campesinos fueron leales a su programa de seguridad material, paz, distribución de la tierra y, como apunta Read, miraron a los partidos solo como instrumentos para llegar a sus objetivos. Si esa marea popular de soldados, obreros y campesinos, ansiosos por ver cumplidos sus sueños y temerosos de la contrarrevolución, llevó a Lenin y a los bolcheviques al ansiado puerto del poder fue también porque sus rivales sociales fracasaron.

Lo que surgió de la insatisfacción popular con las políticas del Gobierno Provisional y del Sóviet de Petrogrado fue un amplio bloque de izquierda radical en el que había bolcheviques, mencheviques internacionalistas, anarquistas, y en el que el grupo más importante eran los socialrevolucionarios opuestos a la dirección «defensista» del partido, representada por Chernov, que seguía apoyando la guerra y la coalición con los partidos liberales y los Kadetes. Esa rama de izquierda, impulsada por militantes como Mariya Spiridónova (1884-1941) y Borís Kamkov (1885-1938), llegó a ser la fuerza más importante en la sección de soldados del Sóviet de Petrogrado y, tras el golpe fallido de Kornílov, logró el control del partido en la capital, en la base naval de Kronstadt y en numerosos comités locales y provinciales. Pese a la posición oficial de los dirigentes del partido, hacia el otoño la mayoría de las organizaciones de los socialrevolucionarios se identificaban con el poder de los sóviets. Su influencia fue clave para el momento decisivo en que el movimiento a favor de los sóviets y el Partido Bolchevique se dieron la mano a finales de octubre y para todo lo que ocurrió en los meses siguientes a la toma del poder.

La división en el campo socialrevolucionario y menchevique y la debilidad organizativa de los anarquistas, que se oponían a todos los gobiernos sin plantear una alternativa más allá de los comités, hizo más fuertes a los bolcheviques. Los mencheviques «defensistas» de Tsereteli y Lidia Dan (1878-1963) perdieron una parte importante de su apoyo popular e incluso algunos dirigentes internacionalistas abandonaron el partido cuando comprendieron que sus posiciones no podían salir adelante y otros, encabezados por Yuri Larin (1892-1932), ingresaron en el bolchevique.

El declive menchevique y socialrevolucionario estuvo estrechamente vinculado a los acontecimientos desde la revolución de febrero. Mientras en las primeras semanas estuvieron comprometidos con sus políticas de siempre en torno a la tierra, las mejoras de la condiciones de las clases trabajadoras y la convocatoria de una Asamblea Constituyente, aumentaron su apoyo popular. Cuando asumieron tareas de gobierno y tuvieron que posponer acciones decisivas en esos asuntos, lo perdieron.

A comienzos del otoño, cuando las ocupaciones de tierras alcanzaron su punto más alto, muchos campesinos comprobaron extrañados que quienes mandaban tropas para reprimirlas eran gobernadores socialrevolucionarios. A la represión respondieron con resistencia e intensificando sus ataques a la propiedad, tras asumir que la tierra les pertenecía y no la conseguirían de una forma natural. Las ocupaciones de tierras

aumentaron en octubre y se dispararon en los meses posteriores a la llegada al poder de los bolcheviques. Fue un proceso imparable que barrió la propiedad privada con una oleada de revoluciones locales desde abajo.

Los vientos de cambio que soplaban desde el verano, impulsados por las críticas a las autoridades y las alabanzas a los sóviets, comenzaron a plasmarse desde finales de agosto en poder institucional. Bolcheviques, socialrevolucionarios de izquierda y mencheviques internacionalistas tomaron el control de los diferentes sóviets de distrito de Petrogrado, de los sindicatos y comités de fábricas, y de comités de soldados y campesinos en algunas provincias. El 25 de septiembre, el Sóviet de Petrogrado, el principal bastión de poder desde la revolución de febrero, eligió una nueva dirección de izquierda radical y León Trotski, que había salido de la cárcel el 4 de septiembre y que acababa de ingresar en el Partido Bolchevique, se convirtió en su presidente, sustituyendo a Chjeidze. Al mismo tiempo, los bolcheviques asumieron el control del Sóviet de los Delegados de Obreros y Soldados de Moscú.

Con tantos poderes en sus manos, podían reivindicar que hablaban y actuaban en nombre de la «democracia del Sóviet». Ese control del Sóviet de Petrogrado y de otros sóviets es lo que permitió la revolución de octubre y sin ese proceso de conquista del poder en las semanas anteriores, argumenta Wade, sería difícil imaginarla. La revolución de octubre comenzó como una defensa de la idea del poder de los sóviets, posibilitada por una crisis profunda del gobierno de Kérenski. El mismo día que Trotski se convirtió en presidente del Sóviet de Petrogrado, el 25 de septiembre, Kérenski formó su tercer Gobierno de Coalición. La cooperación entre esos dos poderes, que había sido una de las señas de identidad del sistema político que salió de febrero, ya no sería posible. Un mes después, Kérenski ya no presidía nada y los bolcheviques habían asumido el poder en nombre del Sóviet de Petrogrado.

Hacia el final del verano de 1917, en suma, los problemas económicos, sociales y políticos y la continuación de la guerra habrían desatado una creciente demanda popular por un cambio revolucionario que, para una buena parte de trabajadores, soldados y campesinos del antiguo imperio ruso significaba una ruptura de la coalición con la «burguesía», representada por el Gobierno Provisional, y el traspaso del poder a los sóviets.

El creciente radicalismo político, como han mostrado las nuevas investigaciones de historia social, se alimentaba de un empeoramiento de las condiciones económicas. No eran solo ecos de febrero de 1917, con escasez de comida y productos básicos, alza de precios y largas colas de mujeres en busca de pan, sino que el fantasma de la muerte por hambre era real. Uno de los encargados del suministro de alimentos escribió en la revista del ministerio que «la tragedia se ha convertido en nuestra realidad cotidiana». En el Sóviet de Bakú, uno de sus portavoces declaró que «diariamente se concentraban en el centro de suministros multitudes, dirigidas por unos pocos agitadores activos, incitando a la violencia». La gente comparaba si la

vida era mejor que con el zar. Todas las discusiones públicas giraban en torno a la comida, escribió el 8 de octubre el político laborista y periodista Morgan Phillips Price (1885-1973), al finalizar un largo viaje a través del río Volga: «Es la esencia de la política».

La guerra había deteriorado la economía de las industrias, las condiciones de vida de las clases más bajas, y la escasez de combustible obligaba a cerrar fábricas y acortar las jornadas laborales, con la consiguiente reducción de salarios, aunque los obreros sospechaban y denunciaban que todo era una estrategia de los patronos para ahogar la revolución.

La original y pionera investigación de S. A. Smith sobre el «Petrogrado Rojo», la revolución en las fábricas, ya mostró la estrecha relación entre esas circunstancias extraordinarias provocadas por la continuación de la guerra y las motivaciones políticas y económicas de los obreros para la protesta. Los propietarios intentaron recuperar la iniciativa perdida desde la revolución de febrero con cierres de fábricas, que disfrazaban como necesarios por la escasez de combustible y materias primas, amenazando a los trabajadores con el paro, una desgracia en aquellos momentos de condiciones tan precarias. Como reacción, los trabajadores, organizados en comités y sóviets, intentaron mantener en funcionamiento las fábricas, un ejercicio de preparación para el control obrero, con el curioso resultado, como señala Read, que los propietarios querían cortar la producción e incluso cerrar sus fábricas y los trabajadores administrarlas mejor para preservar sus trabajos y condiciones de vida.

Había además otros problemas, según Wade, que «aumentaban la sensación de que la sociedad se desmoronaba y que se requerían medidas drásticas». El crimen y el desorden público se dispararon. Los periódicos se llenaban de noticias de robos y asaltos. La policía no podía hacer frente a esa escalada de crisis social y la gente echaba la culpa a las autoridades por no poder garantizar la seguridad pública. Los linchamientos continuos, como los que vio y describió el periodista estadounidense John Reed (1887-1920) en Petrogrado, escandalizaban a otros periodistas y corresponsales de guerra extranjeros que dejaron sus testimonios sobre la Rusia del zar y de las revoluciones. Cientos de miles de soldados desertores del frente y de los cuarteles vagaban por campos y ciudades armados, saqueando propiedades y asaltando trenes, la evidencia más clara de esa quiebra social y política.

Todos los asuntos y tensiones irresueltos por la revolución de febrero llevaron a otra mayor. Tenía que ser una revolución, porque la contrarrevolución no estaba disponible.

Todo el poder para los bolcheviques

Escondido en Finlandia, y viendo el aumento vertiginoso del apoyo popular a los sóviets y a los bolcheviques, Lenin creía que era el momento de actuar, de tomar el poder por la fuerza antes de que remitiera la marea revolucionaria. El 29 de septiembre instó al Comité Central a que preparara una insurrección: «La historia no nos perdonará si no asumimos el poder ahora».

La petición de Lenin dividió a la dirección del partido. Solo una minoría aceptaba en ese momento la conquista violenta del poder y dos de los más veteranos dirigentes, Grigori Zinóviev y Lev Kámenev, pidieron prudencia. Pensaban que una insurrección podría ser aplastada y que, dado que en Rusia no había condiciones todavía para una revolución proletaria, convenía no precipitar los acontecimientos. Dudaban del apoyo activo real a los bolcheviques en Petrogrado. Otros bolcheviques, además, activistas en las fábricas, informaban de la ausencia de entusiasmo de los trabajadores hacia las medidas violentas.

Entre esas dos posiciones surgió una tercera, cada vez más identificada con Trotski, que pensaba que el momento y lugar para transferir el poder sería el Segundo Congreso de Sóviets, previsto para el 20 de octubre, aunque se aplazó finalmente hasta el 25. Pasar el poder a los sóviets en ese congreso permitiría transmitir la idea de que se hacía en nombre de la «democracia del Sóviet» y no de un solo partido. El Congreso pondría al partido al mando de la organización central de los sóviets.

El 6 de octubre el Gobierno de Kérenski había anunciado que iba a trasladar a la mitad de la guarnición de Petrogrado hacia el frente para detener el avance alemán, pero el Sóviet lo interpretó como un intento de quitar de la capital a los elementos más revolucionarios y el 9 creó un Comité Militar Revolucionario (CMR) para resistir la orden. Cuando el Gobierno la quiso hacer efectiva el día 20, el CMR se opuso.

La idea inicial de constituir ese Comité fue de un miembro menchevique del Sóviet de Petrogrado, para defender la capital de un posible ataque alemán, pero Trotski extendió sus funciones a la defensa contra la «contrarrevolución Kornilovita» y como vehículo para dominar el poder armado y extender su autoridad sobre los soldados. Lo dirigían cinco hombres, tres bolcheviques y dos socialrevolucionarios de izquierda, presidido por uno de esos últimos, Pável Lazimir (1891-1920), quien también era el presidente de la sección de soldados del Sóviet de Petrogrado.

Desde Finlandia, Lenin seguía insistiendo en que la ocasión era única y decidió trasladarse a Petrogrado. El 10 de octubre llegó a la capital y, escondido en la casa de una compañera del partido, la maestra Margarita Fofanova (1883-1967), convocó una reunión del Comité Central Bolchevique. Solo asistieron doce de los veintiún miembros. Y allí decidieron preparar una insurrección armada para tomar el poder, con los votos en contra de Kámenev y Zinóviev. Lenin logró imponer su voluntad en esa trascendental decisión, pero los bolcheviques no eran los únicos que discutían

sobre cómo transferir el poder desde el Gobierno Provisional a los sóviets y los socialrevolucionarios de izquierda y los mencheviques internacionalistas también se oponían a entrar en acción antes del Congreso de los Sóviets.

La preparación corrió a cargo de ese Comité Militar Revolucionario creado por el Sóviet de Petrogrado. El control de la guarnición de la capital era el asunto principal que quedaba por resolver en la batalla entre el Gobierno Provisional y el bloque de izquierda radical. El 21 de octubre una delegación del CMR le dijo al comandante jefe del distrito militar de Petrogrado, Georgy P. Polkovnikov (1883-1918), que desde ese momento las órdenes que no fueran firmadas por el Comité no serían válidas. Polkovnikov rechazó el ultimátum y al día siguiente el CRM envió una declaración a todas las unidades de la guarnición en la que denunciaban esa negativa como una prueba de que el cuartel general militar era «un instrumento de las fuerzas de la contrarrevolución». Al imponer su autoridad sobre la guarnición, observa Wade, el CMR «no solo desafió la esencia de la autoridad del gobierno —control del mando sobre las tropas—, sino que dio un paso importante en asegurar el éxito de una proclamación del poder del Sóviet» en el Congreso convocado para el 25 de ese mes. Si el Gobierno de Kérenski no podía recurrir a la fuerza armada, sería inútil que intentara defenderse.

Los comités de soldados de la guarnición de Petrogrado aceptaron a ese Comité como su autoridad suprema y comenzaron a distribuir armas a las Guardias Rojas. Kérenski creía que tenía fuerzas suficientes para aplastar a la izquierda, pese a la advertencia del ministro de Interior, Nikolái Kishkin (1864-1930), en sentido contrario. Hasta tal punto estaba Kérenski confiado, o desinformado, que le aseguró al embajador británico sir George Buchanan (1854-1934) que «solo deseo que los bolcheviques aparezcan y yo acabaré con ellos».

Y decidió actuar. Propuso arrestar a la dirección del CMR, pero el resto de su Gobierno le convenció de que tomara solo acciones legales contra los bolcheviques y cerrara dos de sus periódicos. Al amanecer del 24 de octubre, un pequeño destacamento militar asaltó el local donde se publicaban, destruyó las máquinas y estableció una guardia en la entrada. Los trabajadores corrieron a comunicar la noticia al Instituto Smolny, una antigua escuela de chicas, sede del Sóviet de Petrogrado, del CMR y centro de mando del Partido Bolchevique. Una medida represiva menor proporcionó la prueba que Lenin esperaba de que la contrarrevolución estaba en marcha. La revolución de octubre iba a comenzar como respuesta a una decisión mal concebida del Gobierno de dar un castigo a los bolcheviques. Kérenski le dio la oportunidad a Lenin de tomar el poder antes del Congreso de los Sóviets, lo que él estaba esperando.

Durante esa mañana del 24, Kérenski y las autoridades militares de Petrogrado buscaron el apoyo de tropas leales, pero al no conseguirlas, el propio presidente del Gobierno se fue al día siguiente al frente a buscarlas. Tuvo problemas para salir de la ciudad, porque las estaciones de tren estaban ya tomadas por revolucionarios armados

y tardó en encontrar un automóvil.

Todo transcurrió de forma rápida, en unas horas. El 24 por la tarde Trotski dio las órdenes finales para el golpe. Durante la noche, grupos de Guardias Rojas y soldados se apoderaron de las estaciones, centrales telefónicas y de correos. Ahí se dieron cuenta los bolcheviques de que el Gobierno era mucho más débil de lo que pensaban. La participación de muchos soldados en esa revolución estaba motivada por su posición frente a la guerra y porque hacía tiempo que confiaban más en la dirección de los sóviets que en la jerarquía militar. Los bolcheviques se ganaron a muchos de ellos no porque consiguieran su lealtad hacia el partido, sino porque supieron explotar su latente neutralidad política. Su causa era la de los sóviets, no la de un partido político en particular. No había entre los soldados tanta penetración bolchevique como se ha señalado a menudo y, pese a la insistencia de Lenin, muchos dirigentes del partido no tenían claro que para el golpe decisivo dispondrían de ese apoyo armado.

Aunque el Comité Central le había aconsejado a Lenin que siguiera escondido, a mitad de la noche, disfrazado con una peluca y un vendaje sobre su cara, se dirigió al Instituto Smolny. A las 10 de la mañana del 25, Lenin escribió el anuncio del derrocamiento del Gobierno, de que el poder del Estado había pasado al Sóviet de Petrogrado y que estaba en marcha la revolución por la que el pueblo había luchado: «el inmediato ofrecimiento de una paz democrática, la abolición de las propiedades de los terratenientes, el control obrero sobre la industrias y la creación de un gobierno del Sóviet». Era, finalizaba la declaración, «la revolución de los obreros, soldados y campesinos».

Parecía que Lenin había conseguido su objetivo de transferir el poder mediante una conquista violenta antes del Congreso de los Sóviets. Pero, Wade lo subraya, fue en representación del Sóviet de Petrogrado, «y ratificado por él», y no «una revolución en el nombre del Partido Bolchevique». La institución que tendría que legitimar eso sería el Congreso de los Sóviets. Y el abandono del congreso por parte de mencheviques y socialrevolucionarios proporcionó a Lenin el imprevisto golpe de suerte que transformaría la toma del poder en el nombre de los sóviets en un régimen bolchevique.

La historia está también llena de golpes inesperados que se explican por la acción de grandes líderes o por la forma en que ellos los aprovechan. Según Orlando Figes, la toma del poder de octubre constituye un buen ejemplo: «pocos acontecimientos en la era moderna ilustran mejor el efecto decisivo de un individuo». «Sin la intervención de Lenin, es probable que ese hecho nunca hubiera ocurrido, y la historia del siglo XX hubiera sido muy diferente». Para Christopher Read, uno de sus biógrafos, «una de las virtudes más sobresalientes de Lenin fue su capacidad para ver las fuerzas subyacentes en cada una de las coyunturas políticas». El fracaso del golpe de Kornílov le convirtió en un optimista obsesivo sobre las oportunidades para la revolución y comenzó a escribir una serie de cartas y escritos llamando a la

insurrección. El 24 de octubre cosechó los frutos de su insistente campaña.

El Segundo Congreso de Sóviets de todas las Rusias comenzó su sesión inaugural a las 10.40 de la noche, con el Palacio de Invierno todavía asediado por soldados y Guardias Rojas. Al contrario de lo que había pasado en junio, en el Primer Congreso de los Sóviets, los bolcheviques eran el partido más numeroso, con alrededor de 300 delegados del total de 670; 160 delegados declararon su apoyo a los socialrevolucionarios (100 de los cuales eran de izquierda radical, que no habían roto todavía oficialmente con el partido), 72 a los mencheviques y 14 a los internacionalistas de ese partido socialista moderado. La mayoría de esos delegados habían llegado al Congreso con el mandato de apoyar «todo el poder para los Sóviets» y de formar un Gobierno de Coalición de socialistas sin la participación de la «burguesía».

Yuli Mártov, el dirigente de los mencheviques internacionalistas, propuso la formación de un gobierno de unidad democrática, basado en los principales partidos representados en el Sóviet, como única forma de evitar una guerra civil. Pero al mismo tiempo, grupos de mencheviques y socialrevolucionarios denunciaron el asalto bolchevique al poder contra la autoridad del Gobierno de Kérenski y abandonaron en protesta el Congreso. El intento de Mártov de encontrar una solución de compromiso falló y Trotski los denunció como contrarrevolucionarios, «miserables fracasados»: «id a donde deberíais estar, en el cubo de la basura de la historia».

El abandono de los socialrevolucionarios y mencheviques moderados, y de otros que no lo eran tanto, dejó a los bolcheviques con una mayoría en el Congreso. Poco después, llegaron las noticias de la toma del Palacio de Invierno y a las 5 de la mañana del 26 de octubre Anatoli Lunacharski (1875-1933) anunció oficialmente que los sóviets asumían el poder en Rusia y expuso un programa básico, escrito por Lenin, que reproducía todas las ideas que habían unido al bloque de izquierda contra el Gobierno Provisional y la dirección «defensista» del Sóviet de Petrogrado.

Allí mismo se aprobaron también los dos primeros decretos, el inicio de las negociaciones para conseguir la paz con las Potencias Centrales y la confiscación de las tierras de la aristocracia y de la Iglesia, y se formó el primer gobierno, El Consejo de los Comisarios del Pueblo (*Sovnarkom*), presidido por Lenin y en el que estaban León Trotski como comisario, palabra que le parecía más adecuada que el título «burgués» de ministro, de Asuntos Exteriores, y Iósif Stalin como responsable de las diferentes nacionalidades que comprendía el antiguo imperio ruso. En ese gobierno solo había bolcheviques, al contrario de los que las otras organizaciones del bloque de izquierda habían siempre previsto. Y en eso había consistido hasta ese momento la idea del poder de los sóviets. «Procederemos ahora a construir el orden socialista», concluyó Lenin.

Los miembros del Gobierno Provisional, excepto Kérenski que no estaba entonces allí, habían sido arrestados unas horas antes de esa proclamación, cuando

algunos de los atacantes, al principio solo unos pocos, a los que se unieron después marinos y soldados del regimiento Pavlovsky, lograron finalmente entrar en el Palacio de Invierno. Fue Vladímir Antónov-Ovséyenko, uno de los dirigentes bolcheviques del Comité Militar Revolucionario, quien les hizo saber que estaban detenidos. En realidad, en el momento del arresto, toda la ciudad estaba en manos de las fuerzas pro-Sóviet y el Congreso a punto de aprobar la transmisión del poder.

Como señalan las investigaciones más recientes, una de las cosas que más llama la atención de aquella revolución de octubre fue que, mientras ocurría, la vida transcurrió de forma casi normal en la capital, con los tranvías funcionando y tiendas, restaurantes y teatros abiertos. Hubo poca batalla. Esa normalidad se debió en parte a que la revolución de octubre, al contrario de la de febrero, de la crisis de abril y de los Días de Julio, no se caracterizó por manifestaciones masivas en las calles. Y los trabajadores no salieron a las calles a enfrentarse con policía y soldados armados. En vez de eso, pequeños grupos de soldados y miembros de la Guardia Roja ocuparon muy pronto los centros estratégicos. En la descripción de Sukhanov: «Dos o tres horas después, la capital despertó —sin darse cuenta de quiénes eran ahora sus gobernantes—. Desde fuera, los acontecimientos no habían sido en absoluto impactantes. Excepto en la Plaza del Palacio, había habido orden y calma en todas partes. El *golpe* había comenzado de forma bastante modesta y había finalizado rápidamente».

Es verdad que esa insurrección triunfante tuvo una participación popular escasa. Trotski ya dejó claro que, como mucho, hubo unas treinta mil personas implicadas activamente, una cantidad pequeña comparada con el número de trabajadores y soldados que había en Petrogrado entonces, unos cuatrocientos mil y doscientos mil, respectivamente. Las fotos y documentos que han quedado de aquel acontecimiento no confirman esa imagen romántica, transmitida por la historiografía soviética y encumbrada diez años después de los hechos en el film *Octubre*, de Serguéi Eisenstein, de sangrientos combates, de «asalto» al Palacio de Invierno, con multitudes y barricadas en las calles.

Pero es que lo que había en Rusia en ese momento era una quiebra de autoridad y de las relaciones de poder, con un ejército que no podía defender el orden y que tampoco obedecía al Gobierno. Si el Gobierno Provisional hubiera buscado un inmediato final de la guerra y abierto negociaciones con los alemanes, no habría habido deserciones en masa y es probable que los bolcheviques nunca hubieran tenido la oportunidad de conquistar el poder. Las revoluciones, sin una quiebra de los mecanismos de coerción políticos y militares, nunca ocurren, al menos en la historia, por mucho que haya organizaciones y revolucionarios muy conscientes que las persiguen con ahínco.

¿Por qué entonces los responsables de los diferentes gobiernos provisionales y del Sóviet de Petrogrado no dieron ese paso crucial de negociar la paz? El compromiso con las Potencias Aliadas, democracias a las que liberales y demócratas rusos querían

imitar, es una parte de la respuesta. El «defensismo revolucionario» de los dirigentes socialistas moderados, por otro lado, estaba muy relacionado, como pasaba con otros movimientos socialistas en Europa, con el patriotismo, la defensa de la nación frente a los invasores extranjeros. Y la debilidad militar rusa les dejaba en una posición muy difícil para las negociaciones, porque los Aliados, especialmente tras la entrada en la guerra de Estados Unidos a comienzos de abril de 1917, pensaban que ganarían la guerra con o sin Rusia.

No tomaron en serio, en cualquier caso, la amenaza de una revolución desde abajo de soldados, obreros y campesinos —y menos aún, de una conquista bolchevique del poder—, aunque las deserciones, motines y pruebas de indisciplina habían destruido la capacidad de combate, y de represión, del ejército. La odisea de Kérenski, presidente del Gobierno, para encontrar apoyos armados y defender el orden, no solo entre los soldados, entre quienes ya se sabía que era muy impopular, sino también entre los oficiales, fue la mejor prueba de esa descomposición de las fuerzas armadas. La inclinación de los soldados a los sóviets y a los bolcheviques era una consecuencia de su no a la guerra y la negociación inmediata de la paz. Lo advirtió el general Brusílov: «Los soldados querían solo una cosa —paz, para poder ir a casa, robar a los terratenientes y vivir sin pagar impuestos o sin autoridad—. Los soldados viraron hacia el bolchevismo porque creían que ese era su programa. No tenían la más mínima idea de lo que el comunismo, o la Internacional, o la división entre obreros y campesinos, significaba en realidad… Esa libertad anárquica es lo que ellos llamaban “bolchevismo”».

La primera amenaza a ese control del poder por parte de los bolcheviques fue el intento de Kérenski de retomar la capital. Tras varios conatos, finalmente logró el apoyo de una pequeña fuerza de cosacos, bajo el mando del general Piotr Krasnov (1869-1947), que el 28 de octubre ocupó el Palacio Tsárskoye Seló, a las afueras de Petrogrado, lo cual demostraba también la fragilidad militar del nuevo gobierno. Al mismo tiempo, se produjo una sublevación de cadetes de la escuela militar dirigidos por el general Polkovnikov, que pudo ser ahogada en sangre por la Guardia Roja, soldados y marinos. Obreros armados y marinos de la flota del Báltico comenzaron a juntarse en las colinas de Púlkovo, al sur de la capital, para bloquear el avance de los cosacos de Krasnov, quien, tras algunos enfrentamientos, cuando comprobó que le superaban en número, se retiró. Kérenski, ya sin ningún apoyo, huyó disfrazado de marino. La derrota de Krasnov eliminó, al menos temporalmente, la amenaza de que el nuevo Gobierno de los bolcheviques fuera derrocado por las armas.

Porque, como señala Allan K. Wildman, puede ser que «Octubre» fuera un «golpe» en la capital, «pero en el frente fue una revolución». Los soldados no solo no quisieron echar abajo a ese incipiente poder bolchevique, sino que frustraron los esfuerzos desesperados de Kérenski y del anterior y «defensista» Comité Ejecutivo del Sóviet de Petrogrado «para trastocar la victoria bolchevique, trasladando tropas desde el frente». La participación de marinos de la flota del Báltico, que ya habían

tenido una influencia notable en 1905 y en febrero y julio de 1917, fue también muy visible en octubre. El golpe de Kornílov había destruido allí la escasa autoridad que les quedaba a los oficiales. Socialrevolucionarios y después bolcheviques se disputaron en esas semanas de septiembre y octubre la dirección de sus comités y sóviets. Durante varias semanas después de la caída de Kérenski, el Comité Militar Revolucionario fue el gobierno efectivo de la capital, que se encargó también de neutralizar o sofocar cualquier actividad antibolchevique.

Antes de que esa revolución victoriosa tuviera que hacer frente a la lucha por consolidarla, aparecieron todo tipo de manifestaciones de destrucción y derribo del viejo orden, que se sumaban a todas las que ya habían hecho acto de presencia desde los primeros meses de 1917: vandalismo, crímenes, saqueos y violencia generalizada. La bodega del Palacio de Invierno, una de las más grandes e importantes del mundo, que conservaba decenas de miles de botellas, desapareció. Los soldados vendieron y repartieron el vodka a las masas de gente que esperaban fuera. Muchas tiendas de licores fueron saqueadas. Los bolcheviques más disciplinados, que eran solo unos pocos, intentaron en vano detener el vandalismo y acusaron a «provocadores de la burguesía» de instigarlo.

Los participantes en esa «violencia anárquica», según Orlando Figes, no fueron la «clase obrera organizada», sino las víctimas «de la devastación de los años de guerra: el creciente ejército de parados urbanos; los refugiados de las regiones ocupadas, soldados y marineros, que se congregaban en las ciudades; bandidos y criminales liberados de las cárceles; y los trabajadores no cualificados del campo que habían sido siempre los más propensos a los estallidos de violencia anárquica en las ciudades».

Fue una «guerra plebeya al privilegio», consistente en fastidiar a los ricos, aunque los pobres no ganaran mucho con ello. Son muchos los testimonios que personajes de la clase dominante, aristócratas, príncipes y princesas, artistas e intelectuales dejaron sobre el desprecio y terror que sufrían por parte de la «gente corriente». El general Antón Denikin (1872-1947), que pronto iba a dirigir el Ejército Blanco, contó lo que sintió cuando viajaba en un vagón de tercera clase, en noviembre de 1917, disfrazado de un noble polaco, tras escaparse del monasterio de Bykhov, donde había permanecido detenido desde el golpe fallido de Kornílov: «Ahora veía mi vida real de forma más clara y estaba aterrado. Vi un odio ilimitado de ideas y de gentes, de cualquier cosa que estuviera socialmente o intelectualmente más alta que la multitud… Ese sentimiento expresaba odio acumulado de siglos, de rencor por tres años de guerra, y de histeria generada por los dirigentes revolucionarios».

La apuesta bolchevique había logrado su objetivo primordial, sin apenas resistencia. Petrogrado parecía seguro, pero, pese a su importancia como centro de poder político y de comunicaciones, era solo una ciudad. Había que comprobar qué pasaría más allá de la capital, en el frente, en las otras ciudades y provincias y en la periferia del vasto imperio ruso. Y ver cómo responderían los trabajadores y los

campesinos al nuevo poder; y todos los otros socialistas de izquierda que habían quedado fuera del Gobierno bolchevique. Era una pugna en varios frentes para definir el futuro inmediato de Rusia, extender el poder bolchevique en tiempo y espacio. Mantener el poder requeriría también un fuerte apoyo social.

La consolidación del poder

En febrero, como señalan Wade y Read, la revolución en Petrogrado había encontrado una notable aceptación a lo largo del imperio. En octubre, sin embargo, el Estado y la sociedad se habían fragmentado. La autoridad de la capital sobre las provincias se había debilitado, mientras que los asuntos locales —políticos y económicos—, nacionalistas y étnicos se habían hecho más fuertes. Las decisiones para aceptar o no el poder bolchevique iban a depender de condiciones locales y ese proceso iba a durar semanas, meses. El poder del Sóviet, ya bolchevique, no iba a llegar a las provincias rusas como una «marcha triunfal», expresión de Lenin santificada por la posterior propaganda soviética. Según Wade, resulta más preciso hablar de «varias ondas de expansión» de la revolución a través de Rusia entre octubre de 1917 y comienzos de 1918.

En las ciudades de la región industrial de centro, norte y este de Moscú y en los Urales, los bolcheviques locales y sus aliados aseguraron el poder rápidamente y sin casi oposición. En las ciudades del Volga central —Kazán y Samara y Sarátov— y en Moscú encontraron más dificultades, incluso donde los bolcheviques controlaban los sóviets, y precisaron en ocasiones de enfrentamientos armados, aunque en una semana, hacia el 2 de noviembre, se habían impuesto. En Moscú, por ejemplo, donde la lucha duró hasta ese día, tras el bombardeo de la fortaleza del Kremlin, varios cientos de personas murieron en los combates. A comienzos de noviembre, los bolcheviques tenían el control de las principales ciudades de esas regiones, en las partes más cercanas del frente y entre los marinos de la flota del Báltico. Y aunque en las zonas más rurales y lejanas la lucha por extender el poder se prolongó hasta 1920, y en algunas áreas más periféricas los nacionalistas proclamaron la independencia, la victoria en Moscú, en las principales ciudades industriales y en el ejército y fuerzas navales del norte, fue esencial para su inicial consolidación. Mientras que en Petrogrado hubo una estrecha conexión entre los bolcheviques y los movimientos de obreros y soldados, en la provincias el resultado de la revolución —y el establecimiento del poder soviético— tuvo más que ver con otros factores políticos,

socioeconómicos, étnicos y nacionalistas.

Derrotados sus adversarios militares por el momento, asegurados los principales centros de poder, Lenin y los bolcheviques pudieron dedicarse a temas apremiantes: conseguir la paz, atender a las reformas radicales que había reclamado desde abajo el movimiento de los sóviets y reorganizar el poder, presionados por los socialrevolucionarios para que ampliaran su gobierno y convocaran la Asamblea Constituyente, algo que los anteriores gobiernos provisionales habían aplazado una y otra vez hasta que finalizara la guerra.

Si los bolcheviques querían conservar el poder y salvar su revolución, tenían que negociar una paz con los Poderes Centrales. En caso contrario, los soldados, campesinos y trabajadores, cansados de la guerra y del sufrimiento que conllevaba, derrocarían al Gobierno bolchevique, como habían hecho con el zarismo y el Gobierno Provisional. Los bolcheviques no tenían un ejército para combatir a Alemania o al imperio austrohúngaro. Y la paz tenía que ser por separado porque los poderes aliados ya habían dejado claro que continuarían con la guerra aunque Rusia se retirara.

Tras ordenar un cese del fuego a los pocos días de tomar el poder, desdeñado por los Aliados, el gobierno ordenó al general Nikolái Dukhonin (1876-1917), comandante supremo del ejército, comenzar negociaciones con los alemanes para pactar un armisticio en el frente este. Dukhonin se negó —sería asesinado poco después— y fue sustituido por Nikolái Krylenko (1885-1938), quien mandó una delegación a entablar conversaciones con los alemanes, al mismo tiempo que unidades militares negociaban por su cuenta el cese de hostilidades en diferentes partes del frente. Cuando se alcanzó el acuerdo el 2 de diciembre, en muchos sitios los rusos ya no luchaban.

El armisticio ratificó las aspiraciones de los soldados de dejar de combatir y volver a casa y el nuevo Gobierno bolchevique adquirió a sus ojos una legitimidad mucho más allá de la conferida por el Congreso de los Sóviets. La guerra, una de las causas de la caída del zar y de todos los gobiernos de 1917, dejaba de ser la gran preocupación, aunque tras la suspensión de las hostilidades, con los soldados rusos iniciando una desmovilización general en noviembre y diciembre de 1917, había que buscar la paz definitiva.

Los bolcheviques, con Trotski a la cabeza, tuvieron una serie de encuentros con la delegación enviada por el Káiser y dirigida por el barón Richard von Kühlmann (1873-1948), en la fortaleza de Brest-Litovsk, detrás de las líneas alemanas. Las negociaciones fueron largas y los alemanes se sintieron varias veces engañados porque Trotski prolongó hábilmente las discusiones, con la esperanza de que, mientras tanto, hubiera una insurrección obrera en Europa central. Además, la facción de izquierda bolchevique, encabezada por Nikolái Bujarin, y los socialrevolucionarios no aceptaban las condiciones draconianas que Alemania proponía, especialmente la pérdida de las regiones agrícolas de Ucrania.

El 23 de febrero de 1918, con los alemanes avanzando hacia Petrogrado, con setecientos mil soldados, sin ninguna resistencia, y ocupando ciudades importantes como Dvinsk, Lenin forzó al Comité Central a aceptar las condiciones impuestas por Alemania, con la abstención de Trotski y el voto negativo de la izquierda: «Es una cuestión de firmar ahora los términos de la paz o firmar la sentencia de muerte del Gobierno soviético dentro de dos semanas». Cuando por la noche presentó la propuesta de paz a la Ejecutiva del Sóviet, que lo aprobó por 116 votos a 85, Lenin escuchó gritos de «traidor» y «Judas» proferidos por los socialrevolucionarios y el ala izquierda de su partido.

A cambio de la paz en el frente, Rusia tuvo que entregar por ese Tratado de Brest-Litovsk, firmado el 3 de marzo, la mayoría de los territorios que poseía en el continente europeo: Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia y Ucrania. Una pérdida, en total, del 34% de su población, el 32% de su tierra agrícola y 54% de sus industrias. Durante los tres años siguientes, hubo un vacío político en Ucrania, con todo tipo de luchas, desde las ultraderechistas nacionalistas a las de los ejércitos independientes de campesinos del anarquista Néstor Majnó (1888-1934) y de Nikífor Grigóriev (1885-1919), agravadas cuando, tras el final de la Primera Guerra Mundial, la ocupación alemana y austrohúngara se desintegró.

La «paz vergonzosa», como la vieron entonces muchos rusos, cuyos términos serían anulados por los Aliados el 18 de noviembre, tras la derrota alemana, sirvió a los bolcheviques para poder concentrarse en otra guerra que empezaba entonces, la lanzada por el Ejército Blanco, o contrarrevolucionario, y sus aliados en Europa. Lenin justificó la enorme pérdida del territorio para obtener un beneficio mejor: salvar al régimen nacido de la revolución de octubre. Sabía que los bolcheviques podían sobrevivir a una guerra, pero no a dos a la vez.

Una vez conquistado el poder, el problema era retenerlo y consolidarlo en medio de esa quiebra social y orgía de sangre. En los primeros meses fue crucial, como lo había sido para la misma conquista del poder, que no hubiera una oposición militar seria. El Ejército Blanco que combatió contra los bolcheviques en la guerra civil todavía no se había formado y las entonces principales fuerzas antibolcheviques, grupos de cosacos, comenzaban a amenazar al nuevo poder, aunque desde zonas alejadas del centro político de la revolución.

Los cosacos eran una casta militar especial, con privilegios legales y económicos, que habían servido tradicionalmente al régimen zarista en la caballería. Por sus privilegios y por su desprecio a los campesinos, frente a quienes se utilizaba para la represión, fueron siempre considerados los leales defensores del zar, aunque desde la guerra y la revolución de febrero habían aparecido fuertes tensiones y divisiones entre ellos que se prolongarían tras la conquista bolchevique del poder.

Los cosacos se extendían por las áreas del sureste y este de la Rusia europea, especialmente alrededor del río Don, una región donde durante 1917 aparecieron fuertes sentimientos regionales, incluso nacionalistas. El Gobierno Provisional les

concedió una importante autonomía y el 30 de octubre el general Alekséi Kaledín (1861-1918), quien había apoyado, sin participar, el golpe de Kornílov, proclamó una República independiente del Don. Desde allí surgiría también el antibolchevique Ejército Voluntario, creado por el general Alekséyev y otros ex jefes del ejército del zar y que se compuso inicialmente de oficiales rusos que desertaron del ejército tras octubre de 1917 y que acudieron a refugiarse en esa región.

Hasta que los conservadores y contrarrevolucionarios pudieron reunir sus fuerzas y crear un ejército con garantías, pasaron seis meses y durante ese tiempo la mayor resistencia a Lenin provino de las otras fuerzas socialistas y revolucionarias que insistían en que debía formarse un amplio Gobierno de Coalición de izquierdas y que tampoco compartían los planes bolcheviques para el control de la tierra y de las industrias.

La primera disputa seria fue, sin embargo, por el control de comités de soldados y sóviets del frente. Los soldados se identificaron pronto con la política bolchevique sobre la paz y con el armisticio, pero al mismo tiempo apoyaban la idea original del poder de los sóviets como un gobierno de todos los partidos socialistas. De forma lenta, durante noviembre y diciembre, bolcheviques y revolucionarios de izquierda reeligieron nuevos comités de soldados y crearon Comités Militares Revolucionarios para controlar el orden local. Como demuestra la investigación de Wildman, para consolidar ese proceso no hubo necesidad de enfrentamientos armados y fue suficiente con asambleas, reuniones y debates en pequeños congresos. Al final de año, la mayor parte del ejército apoyaba, o no se oponía, al nuevo régimen y no estaba disponible para las fuerzas de la contrarrevolución. Eso y el control de las principales ciudades y capitales de provincia del corazón central de Rusia dio a los bolcheviques cierta seguridad y estabilidad para proyectar su visión de esa sociedad en construcción.

Los bolcheviques habían llegado al poder por su defensa de una rápida y radical revolución social frente a los cambios insuficientes provocados por la revolución de febrero y en todas sus primeras decisiones, apoyadas frecuentemente por socialrevolucionarios de izquierda, intentaron satisfacer las aspiraciones básicas de obreros, campesinos y soldados, las bases sociales del poder de los sóviets. Determinados a poner en marcha esa gran transformación, publicaron, hasta el 1 de enero de 1918, más de cien decretos diferentes sobre la paz, la tierra, el control obrero, el traspaso de las escuelas de la Iglesia ortodoxa al Comisariado de Educación del Pueblo, la educación «universal, obligatoria y gratuita», el divorcio, la autodeterminación de los armenios en Turquía o la reforma del alfabeto. Las nuevas autoridades estaban dispuestas a barrer el viejo orden a través de una profunda transformación social y cultural.

Las recientes y provocadoras investigaciones de Vladímir P. Buldakov, al poner énfasis no tanto en los aspectos racionales de los movimientos sociales como en los procesos «psicomentales» que alimentaron la pendiente al caos revolucionario, tratan

de probar que hubo un «resurgimiento del comunalismo atávico» que funcionó a favor de los bolcheviques. Al margen de que aparecieran y se presentaran como paladines de los intereses del pueblo, su verdadera ventaja es que proyectaron una imagen que concordaba con la psicología de las masas.

Ninguna faceta de la vida quedó al margen de esa nueva cultura «de base proletaria» y ahí se hicieron notar las mujeres bolcheviques, muy activas en los meses anteriores en la organización de sindicatos y en conseguir el apoyo de las *Soldatki*. La revista *Rabotnitsa*, que la policía zarista había cerrado antes de que la guerra comenzara en agosto de 1914, se convirtió en la plataforma para difundir poesía, ficción, artículos sobre la historia del movimiento revolucionario y de opinión sobre los acontecimientos políticos. Sus editoras, la activista y oradora Konkordiya Samoilova (1876-1921) y Praskovia Kudelli (1859-1944), con amplia experiencia en diferentes publicaciones y en *Pravda*, junto con colaboradoras habituales, como Kolontái o Nikolaevna Stal (1872-1939), defendieron la liberación de las mujeres como prioridad revolucionaria y denunciaron el peso de las tradiciones patriarcales y capitalistas.

Aunque el Partido Bolchevique demostró antes de octubre de 1917 una notable disposición a incorporar mujeres en la dirección de comités y como delegadas de los consejos municipales y sóviets, tras la revolución de ese mes muchas eligieron antes la identidad colectiva del partido y de la política de los sóviets que la del liderazgo, que permaneció en manos de hombres. Los aspectos más idealistas de la liberación de la mujer quedaron subordinados a la lucha por la consolidación del poder y en la dirección bolchevique hubo escasa voluntad de reconocer organizaciones separadas y específicas de mujeres, aunque hubo cambios importantes, y de notable impacto inicial, en la legislación sobre la familia, el matrimonio, el divorcio o el aborto. La mayoría de militantes y activistas se acomodaron en la política establecida, en responsabilidades en áreas consideradas tradicionalmente para mujeres, como educación, familia y salud, y abandonaron el movimiento revolucionario, bolchevique o de los sóviets. Quienes no lo hicieron, como la socialrevolucionaria Mariya Spiridónova o la menchevique Eva Broido (1876-1941), fueron perseguidas y finalmente asesinadas.

Ajenas a las luchas intestinas dentro del partido y a las complejas redes que sus camaradas masculinos habían tejido desde la clandestinidad, las principales activistas, como muestra la investigación de Barbara Evans Clements, rechazaron, o no buscaron, los puestos de dirección. Krúpskaya e Inessa, por ejemplo, dos de las más destacadas, prefirieron permanecer como militantes de base. Incluso Kolontái, elegida para el Comité Central en agosto de 1917 y después de octubre Comisaria del Pueblo para la Asistencia Pública, nunca estableció vínculos estrechos con los principales dirigentes del partido y su completa identificación con las ideas feministas y las mujeres trabajadoras la condenó a un lugar marginal en la dirección del partido, antes de convertirse en la principal instigadora del grupo Oposición Obrera y ser

relegada al servicio diplomático como embajadora desde 1923 en países escandinavos.

Muchos obreros y campesinos que apoyaron el movimiento de los sóviets que condujo a la toma bolchevique del poder esperaban la creación de un gobierno con representación de todos los partidos socialistas y la convocatoria de una Asamblea Constituyente. Investigaciones exhaustivas basadas en marcos locales o regionales, como la de Peter Holquist en el Don, demuestran que durante muchos meses, pese a que los bolcheviques intentaron inculcar un sentimiento de identificación con el partido entre la población, la lealtad popular al orden revolucionario se manifestaba en fidelidad a los sóviets más que a ningún partido en particular.

Las conversaciones para ampliar ese Consejo de Comisarios del Pueblo (*Sovnarkom*), compuesto solo por bolcheviques desde el 26 de octubre, a otras organizaciones, encontraron muchas dificultades entre los negociadores, hasta que el 10 de diciembre, los socialrevolucionarios de izquierda, que habían finalmente roto con el partido, aceptaron siete puestos en el Gobierno. Durante los pocos meses que duró esa coalición, hasta la firma del Tratado de Brest-Litovsk, fueron los socialrevolucionarios quienes legitimaron una buena parte de las políticas bolcheviques en el campo, por su notable influencia entre los campesinos, y ayudaron a poner en práctica el decreto sobre distribución de la tierra de la aristocracia, la Iglesia y la corona, aunque protestaron por las continuas requisas de grano.

La preferencia bolchevique por la «nacionalización» —pasar la tierra a la propiedad del Estado— se cambió por el programa socialrevolucionario de «socialización» —pasar la tierra al uso común del pueblo y de las comunas—. Fue una medida muy popular y enormes cantidades de tierras fueron confiscadas entre noviembre de 1917 y enero de 1918, especialmente en la Rusia central, donde la comuna actuó de fuerza motriz, y a menudo espontánea, de esa radical transformación. En otros lugares, como pone de manifiesto Aaron Retish, la ocupación de las tierras de la nobleza fue un proceso coordinado por los comités locales de campesinos y los sóviets de las ciudades cercanas.

Para Lenin, la relación con los campesinos tras octubre se basaba, según John Channon, en el *quid pro quo*: los bolcheviques decretaban la ocupación de tierras y, a cambio, el campesinado entregaría grano a las ciudades y al Ejército Rojo. Pero la decepción con la revolución y la separación entre el campo y la ciudad, reforzada por la ausencia de organización bolchevique en los pueblos, produjo una realidad muy diferente. El campesinado volvió a la «autarquía rural» y a la resistencia. De la misma forma que el Gobierno Provisional había recurrido a la fuerza antes de octubre (y las autoridades zaristas antes de febrero), los bolcheviques aplicaron pronto medidas de coacción. Fue la lucha por el control y distribución de alimentos la que rompió la relación entre los bolcheviques y los campesinos en los meses posteriores a la revolución de octubre.

Antes de llegar al poder, los bolcheviques habían criticado insistentemente la

decisión de los gobiernos provisionales de posponer las elecciones a la Asamblea Constituyente, puesto que, según ellos, simbolizaba el poder político del pueblo. El gobierno formado en octubre se había declarado él mismo como «provisional» y muchos de sus decretos establecían que estarían vigentes hasta que la Asamblea Constituyente se pusiera en marcha. Pero poco después, dudando de poder conseguir una mayoría en la Asamblea, Lenin comenzó a propagar la idea de que el poder de los sóviets, nacido de la elección directa de los trabajadores, era superior a la democracia parlamentaria, que no era sino una pantalla para el dominio del Estado por parte de la clase capitalista. Lenin, Trotski y otros bolcheviques no estaban ya dispuestos a declarar su gobierno como provisional o a renunciar al poder.

Decidieron, sin embargo, que las elecciones se celebraran. De los 48,4 millones de votos válidos, según cifras reproducidas por S. A. Smith, los socialrevolucionarios, el partido oficial y su facción de izquierda, obtuvieron 19,1, los bolcheviques 10,9, los Kadetes 2,2, los mencheviques 1,5 y los partidos socialistas no rusos, la mayoría simpatizantes con los socialrevolucionarios, alrededor de 7 millones. Los socialrevolucionarios fueron, sin duda, el partido ganador, con su voto concentrado en el mundo rural, mientras que los bolcheviques recibieron la mayoría de los votos de los obreros industriales, junto con el 42% de los votos de los 5,5 millones de soldados. Ese voto representó el momento álgido del apoyo popular al partido, porque a partir de ese momento, con los soldados volviendo a sus pueblos y el crecimiento del descontento en las industrias, lo comenzaron a perder, una de las razones, como veremos, que empujaron a Lenin y a los bolcheviques a adoptar medidas más centralizadoras, autoritarias y represivas.

El problema con la Asamblea Constituyente, frente a la que los bolcheviques comenzaron una campaña de propaganda y de acciones de bloqueo para que no se reuniera, era que ya no resultaba tan crucial para las masas de campesinos, soldados y obreros. Los sóviets, con su poder local y los decretos del *Sovnarkom*, comenzaba a satisfacer sus reivindicaciones —la distribución de la tierra, el control obrero de las fábricas y el armisticio— y se habían consolidado como las instituciones representativas de democracia popular frente a las antiguas autoridades de los gobiernos provisionales. Dado que en la Asamblea Constituyente estarían representados todos los partidos, incluidos los Kadetes, comenzó a calar la idea bolchevique de que podía ser utilizada por la «burguesía» para anular el poder popular.

La Asamblea Constituyente, pese a esas dudas y dificultades, abrió sus sesiones en la tarde del 5 de enero de 1918 en el Palacio Táuride, lugar de reunión de la Duma en 1906, foco de poder de la revolución de febrero y donde habían nacido el Gobierno Provisional y el Sóviet de Petrogrado. Bajo la presencia armada de marinos y la Guardia Roja, los bolcheviques —que solo tenían unos 170 delegados de los 705 — insistieron en que se aceptara el poder de los sóviets como hecho consumado. El resto de los delegados votó discutir el orden del día propuesto por los

socialrevolucionarios y eligieron a Víctor Chernov como presidente de la Asamblea. Los bolcheviques y los socialrevolucionarios de izquierda abandonaron la sesión, mientras la Asamblea procedía a declarar a Rusia una república, ratificar el armisticio con Alemania y una ley de distribución de la tierra.

Cuando al día siguiente la Asamblea iba a reunirse de nuevo, los bolcheviques ordenaron su disolución y la Guardia Roja evitó que los delegados entraran en el edificio. Las manifestaciones inmediatas contra esa orden fueron disueltas y las presiones de los socialrevolucionarios para que se volviera a convocar chocaron con la apatía popular. Esa indiferencia fuera de los círculos políticos de oposición a los bolcheviques mostraba, según Wade, «hasta qué punto la población estaba políticamente cansada» y su escaso interés por símbolos políticos o procedimientos democráticos abstractos. Es verdad que alrededor de un 70% de campesinos votaron en las elecciones para la Asamblea —incluyendo más mujeres que hombres—, pero lo hicieron más para ver cómo se legalizaba sus nuevos derechos sobre la tierra que por entusiasmo hacia la democracia política.

Al cerrar la Asamblea Constituyente, y abandonar la democracia parlamentaria por una «dictadura del proletariado», los bolcheviques señalaban claramente, en palabras de S. A. Smith, «que estaban dispuestos a librar una guerra en defensa de su régimen no solo contra las clases opresoras, sino contra el resto de socialistas». La disolución condenó la posibilidad de democracia en Rusia durante setenta años. Para Wade, marcó el final de la revolución. Los bolcheviques no serían movidos del poder por el voto: «y si no podían ser quitados del Gobierno por el voto, entonces la lucha política dejaba de ser una opción y la única alternativa era la oposición armada». Solo la fuerza los podría echar. La guerra civil, presente ya según la interpretación de otros autores, como Read o Holquist, desde su llegada al poder, o incluso antes, desde el golpe de Kornílov, sería inevitable y determinaría el futuro de Rusia y de sus pueblos.

Epílogo

De la revolución a la dictadur.

La guerra civil no tuvo frentes fijos hasta septiembre de 1918, aunque sus primeros disparos se oyeron a comienzos de ese año cuando algunos generales zaristas, liderados por Kornílov, Denikin, Alekséyev y P. N. Krasnov, habían empezado a reclutar fuerzas en el sur, con la ayuda de los cosacos del Don. El crecimiento inicial del Ejército Voluntario se debió en buena parte a la presencia carismática del general Kornílov, quien se había escapado con sus compañeros militares de su confinamiento en el monasterio de Bykhov el 19 de noviembre de 1917, disfrazados la mayoría de ellos para no ser reconocidos en su largo viaje en tren por la Rusia bolchevique.

Los Blancos tenían con ellos desde protofascistas por la derecha a liberales y Kadetes, aunque la mayoría de ellos eran antiguos zaristas convertidos en nacionalistas rusos. Fue un ejército de oficiales y de hijos de los terratenientes desposeídos, que nunca logró atraer el apoyo de la población civil, organizado militarmente, pero desorganizado políticamente. Querían restaurar el viejo régimen, devolver las tierras a los propietarios y no se esforzaron por atraer a los campesinos o a las minorías nacionales no rusas, cuyo apoyo era esencial, porque tampoco comprendieron que había que forjar un nuevo Estado. Aleksandr Kolchak (1874-1920) y Denikin, por el contrario, propagaron su visión de «Rusia una e indivisible», algo muy ofensivo para los nacionalistas no rusos.

Como admitió el general Denikin, jefe de los Blancos tras la muerte de Kornílov en combate en abril de 1918, el no haber sabido reconocer los derechos de los campesinos fue la principal razón de su derrota. Además despreciaron a los bolcheviques, creyendo que no tenían apoyos. Lo que quedó claro, al margen de si los bolcheviques los tenían o no, es que la mayoría de la población rusa no veía como liberadores a esos ex terratenientes, aristócratas, oficiales del ejército imperial, banqueros y propietarios de fábricas. En ese momento, las masas estaban más en contra de ellos que de los bolcheviques.

Tampoco tuvieron el apoyo unánime y decidido de las potencias aliadas que ganaron la Primera Guerra Mundial y, aunque hubo intervenciones de grandes poderes por razones imperialistas, nunca fueron decisivas militarmente. La opinión pública de esos países mostraba simpatías divididas hacia la causa de los Rojos y los Blancos y eran muchos los que, tras más de cuatro años de guerra, se oponían a que se enviaran tropas a luchar en un conflicto civil de un país lejano sobre el que desconocían casi todo. La cruzada contra el comunismo, que quería lanzar por ejemplo Winston Churchill, «para estrangularlo en su cuna», se oponía a quienes creían que una victoria de los Blancos revitalizaría las ambiciones imperiales rusas. Los Rojos fueron más afortunados porque la derrota de Alemania despejó cualquier

posibilidad de futura interferencia de la potencia que había marcado el destino ruso en la guerra.

También los bolcheviques tuvieron que crear un nuevo ejército, porque lo que tenían en los primeros meses de 1918 era unos cuantos miles de Guardias Rojas, con escasa preparación militar, que habían sufrido severas derrotas por los alemanes antes de la firma del Tratado de Brest-Litovsk. El nuevo Ejército Rojo, dirigido por Trotski como comisario para asuntos militares desde marzo de 1918, reclutó a miles de antiguos oficiales del zar, a quienes dio poder para asegurar su lealtad. Al final de ese año, habían ingresado en el nuevo ejército veintidós mil de ellos y el número ascendió, en el curso de la guerra, a setenta y cinco mil. Los principales motivos para enrolarse fueron encontrar un trabajo, el temor a ser represaliados y la perspectiva de ascender y de rápida promoción que les ofrecía esa guerra y el régimen bolchevique, aunque también había casos ejemplares, como el del general Alekséi Brusílov, que lo hicieron por lo que ellos consideraban un deber patriótico. Brusílov, que había sido el general ayudante de Nicolás II, no quiso combatir al lado de los Blancos porque creía que el pueblo ruso había elegido a los Rojos y su deber como militar le dictaba no ir contra ellos.

Tras duros combates y buenas dosis de terror en la retaguardia por parte de los dos bandos, incluida una sistemática persecución de judíos y el asesinato de la toda la familia real, la guerra acabó con la derrota de las fuerzas del general Piotr Nikoláyevich Wrangel (1878-1928), que había sucedido a Denikin como jefe del Ejército Blanco, en Crimea en noviembre de 1920. Los oficiales y soldados derrotados fueron trasladados en barcos británicos y franceses a Constantinopla y desde allí se desperdigaron por toda Europa, uniéndose al más del millón de rusos *émigrés* que habían huido de la revolución, establecidos sobre todo en Francia y Alemania, y que constituían una gran parte de la elite que había dirigido Rusia con el último zar.

Aunque después de la rendición de las fuerzas de Wrangel, guerrillas opuestas tanto a los Rojos como a los Blancos continuaron combatiendo en Ucrania y Siberia, a finales de 1921 los bolcheviques eran los amos indiscutibles de la región del Don, el núcleo originario de la resistencia cosaca y Blanca, y de toda Rusia. Según Holquist, la guerra civil causó en esa región más muertos que en la Primera Guerra Mundial y tres veces más que durante la Segunda. La victoria bolchevique significaba que el Estado soviético podría ahora imponer su versión de la revolución. El jefe del comité de suministros de alimentos del Don, el camarada Miller, pensaba que había que acabar con el «festín de los *kulaks*», esa categoría de campesino rico que sirvió para perseguir también a los pobres: «deberíamos fusilar a los *kulaks* maliciosos y confiscar a los no maliciosos».

La guerra civil ayudó a los bolcheviques a retener el poder al establecer una clara opción entre apoyar a ellos y a la revolución o a los Blancos y la contrarrevolución. Muchos de sus oponentes, como señala Smith, fueron forzados a abandonar la

resistencia y ayudar a la victoria bolchevique como el menor de dos males. La reaparición de importantes y numerosas protestas populares cuando la amenaza de los Blancos se iba alejando en 1920 y comienzos de 1921, en forma de revueltas campesinas y protestas obreras por el deterioro de las condiciones de vida y el aumento del paro, así lo confirma. Pero lo que según ese autor resulta todavía más significativo es que la guerra contra los Blancos «encubrió dentro de ella una guerra más importante entre los bolcheviques y las masas». La guerra contra los Blancos fue la «cubierta protectora» que permitió a los bolcheviques aplastar muchas de las aspiraciones y libertades populares «en nombre de la necesidad militar y política».

En el proceso de esa guerra civil, todo lo que había caracterizado a la revolución de octubre —participación activa de un movimiento popular motivado por el programa de paz, tierra y todo el poder para los sóviets— se acabó. Los bolcheviques, según el argumento de Read, alcanzaron el poder absoluto e incontestado entre 1920 y 1922, porque, en una situación como aquella de desorganización, el más fuerte fue el menos débil y ese fue su gran logro y ventaja.

No es extraño que las primeras y más fuertes resistencias procedieran de los campesinos, quienes sufrieron los efectos de las requisas de grano, después de que el Gobierno bolchevique estableciera el monopolio de su distribución en la primavera de 1918. Pese a la aparición de un importante mercado negro, los campesinos protestaron por las requisas por el simple motivo que, a cambio de entregar el grano, ellos no recibían prácticamente nada. Lo percibieron como un robo e iniciaron miles de pequeños actos de resistencia cotidiana frente a los pelotones de requisas.

Destacó la rebelión del socialrevolucionario de izquierda Aleksandr Antónov (1889-1922) en la región de Tambov, que duró desde el otoño de 1920 a la primavera de 1921, despreciada por la propaganda soviética como una acción de los *kulaks*, pero se han documentado más de cincuenta revueltas campesinas en esos meses contra las requisas de alimentos del Ejército Rojo en regiones tan diferentes como Ucrania, el Don, Karelia, o especialmente en el oeste de Siberia. Allí el levantamiento llegó a agrupar a más de cien mil hombres, en un área de más de un millón y medio de kilómetros cuadrados. Fueron insurrecciones antibolcheviques, contra un régimen cruel con las requisas y corrupto en los niveles locales, pero no contrarrevolucionarias y nunca apoyaron a los Blancos. Y la mayoría de ellas acabaron ahogadas en sangre, con muchos pueblos incendiados y decenas de miles de campesinos encarcelados o deportados.

No solo eran campesinos los que protestaban y en el invierno de 1920-1921 hubo muchas huelgas, en pequeñas y grandes ciudades, la mayoría de ellas en respuesta a las terribles condiciones impuestas por el hambre, las enfermedades, el descenso de los salarios y el paro. La más simbólica e importante de todas las rebeliones urbanas tuvo lugar en marzo de 1921 en la base naval de Kronstadt, situada en una isla del golfo de Finlandia, a veinte kilómetros de Petrogrado, un microcosmos de todas las insurrecciones y revueltas ocurridas entre febrero de 1917 y marzo de 1921. Sus

marinos, muchos de ellos campesinos, demostraron de forma persistente ser la fuerza revolucionaria más importante de Rusia, pero no eran bolcheviques y la mayoría de ellos defendían el poder de los sóviets desde la acción directa anarquista. Como no abandonaron ese programa, se opusieron a las requisas de grano y denunciaron el monopolio bolchevique del poder, Trotski, con el apoyo de Lenin, tras denunciarlos por estar al servicio de los Blancos, ordenó el asalto y captura de la ciudad. Miles de ellos fueron encarcelados y algunos cientos ejecutados. Con la excusa de reprimir la contrarrevolución, los bolcheviques suprimieron todos los programas y acciones de democracia popular.

Las tensiones con esos grupos que canalizaban la oposición y la resistencia, en especial con los socialrevolucionarios de Chernov, que mantenían todavía un considerable apoyo del campesinado, llevaron a los bolcheviques, muy pronto, a depender de una política de terror. Comenzó a funcionar contra los supuestos «enemigos del pueblo» y se extendió muy pronto a anarquistas, mencheviques y socialrevolucionarios. No se trataba solo de suprimir a los enemigos políticos, sino de establecer una sociedad libre de elementos contaminantes. La nueva policía del Estado bolchevique, la Comisión Extraordinaria Rusa para el Combate contra la Contrarrevolución y el Sabotaje, conocida como «Cheka», un acrónimo de las dos primeras palabras de su nombre en ruso, fue creada el 7 de diciembre de 1917. Hasta ese momento, los instrumentos represivos de la revolución habían sido las Guardias Rojas y los comités militares revolucionarios.

Se convirtió muy pronto en uno de los órganos más poderosos del Estado, en un Estado dentro del Estado, dedicándose no solo a eliminar a los contrarrevolucionarios, sino también a combatir la especulación, el crimen y la corrupción. Su jefe, Félix Dzerzhinski (1877-1926), era un asceta revolucionario que había sido educado por los jesuitas, católico polaco de origen, y que, según Read, siguió el viejo principio de una buena parte de la *intelligentsia* rusa de que «el bien de la revolución es la ley suprema». Pero como otros muchos organismos del nuevo Estado, la Cheka pronto comenzó a atraer a empleados que ni eran devotos a esa causa ni moralmente escrupulosos, entre ellos «especialistas» y jefes del anterior sistema político policial zarista.

Unos meses después, la Cheka ya estaba claramente asociada con el «terror Rojo», aunque los bolcheviques insistían en que el terror era un método legítimo, y solo utilizado como último recurso, de defender «la dictadura del proletariado». De la represión y crimen desorganizados se pasó a la «justicia revolucionaria» administrada por los nuevos Tribunales Populares. Y el inicial sistema descentralizado de la Cheka, donde cada organización local hacía la ley por su cuenta, se convirtió en un terror organizado desde arriba. Tras el atentado que Lenin sufrió el 30 de agosto de 1918, cuando una mujer, la anarquista Fanny Kaplán, que después sería torturada y asesinada, le disparó tres veces, y del que salió milagrosamente vivo, el terror fue elevado a política oficial.

Según la descripción de uno de sus máximos responsables, Martin Latsis (1888-1938), jefe de la Cheka en Ucrania, «fue necesario hacer creer al enemigo que había siempre en todos los sitios un ojo vigilándole y una mano dura dispuesta a caer sobre él en el momento en que emprendiera cualquier acción contra el Gobierno soviético… fue un aparato de coacción y purificación porque las masas del pueblo estaban todavía imbuidas del viejo espíritu». La revolución tenía que defenderse de sus enemigos. En palabras de Arno Mayer, autor de un exhaustivo estudio comparado del terror revolucionario en Francia y Rusia, «Las Furias de la revolución son avivadas sobre todo por la inevitable y nada excepcional resistencia de las fuerzas e ideas opuestas a ella».

En julio de 1918 la Cheka tenía 35 batallones en sus cuerpos especiales; en 1921 tenía 31 000 agentes y comisarios «en primera línea» y un total de 143 000 empleados. Se ha calculado que, entre 1918 y febrero de 1922, la Cheka, y los grupos de Seguridad Interna, asesinaron a 280 000 personas, la mitad de ellas en operaciones destinadas a «limpiar» el mundo rural de campesinos insurrectos. El «terror Rojo», según Smith, fue «espectacular» —para sembrar el miedo entre el pueblo— y de carácter «burocrático». Según sus estadísticas oficiales, 128 010 personas fueron detenidas en 1918-1919, de las que el 42% fueron liberadas, 8% asesinadas y el resto encarceladas o sentenciadas a trabajos forzados. En 1922, ese organismo «temporal» y «extraordinario» se había convertido en una parte tan esencial del sistema que fue reorganizado de forma permanente con un nuevo nombre, GUP, la Administración Política del Estado.

En contraste, el terror «Blanco», que ha recibido menos atención, se desató de forma cotidiana cuando los oficiales daban a sus hombres libertad para el saqueo y el despojo. La guerra civil dejó abundantes manifestaciones de esa violencia contra los campesinos que se oponían a la restauración del viejo orden, a cuyos «cabecillas» colgaban, y contra los judíos, a quienes veían como agentes principales de la revolución y de los bolcheviques. El antisemitismo violento de los Blancos aseguró la lealtad de la población judía a los bolcheviques. En Ucrania, al menos cien mil judíos fueron asesinados en los pogromos protagonizados por las tropas del general Denikin y del político nacionalista ucraniano Simon V. Petliura (1879-1926). Se mataba a los judíos para robarles y como venganza por el terror Rojo. Cuando capturaban una ciudad, los oficiales del ejército dejaban a sus soldados dos o tres días de libertad para saquear propiedades y matar judíos, acciones en las que destacaron a menudo los cosacos. Los Blancos fueron los vengadores de quienes habían sufrido la revolución. Como declaró después el general Wrangel, «no llevamos el perdón y la paz, sino solo la espada cruel de la venganza». Muchos de sus oficiales eran hijos de terratenientes que tenían razones para odiar no solo a los despreciados campesinos, sino a los «judíos bolcheviques» e intelectuales que les habían espoleado para ocupar sus tierras.

A la revolución le acompañó desde el principio el terror. Antes de que el sistema

policial de la Cheka se centralizara y organizara desde arriba el terror político y se constituyeran los Tribunales Populares como forma de administrar justicia, amplios sectores de las clases populares, incitadas a veces por los bolcheviques y otros revolucionarios, hicieron la guerra por su cuenta a los privilegiados, a los burgueses, a la nobleza y al clero, y a los «enemigos de clase». Lenin siempre abogó por utilizar la violencia contra los enemigos de la revolución y en esa explosión de violencia, y en la necesidad de controlarla por parte de los bolcheviques, se encuentran las bases de lo que sería el aparato de seguridad y represión de la dictadura estalinista.

La ejecución de los Románov fue una prueba clara de que el terror iba a constituir un componente primordial de la revolución y de la guerra civil combatida por los bolcheviques para defenderla y consolidarla.

Tras su abdicación en marzo de 1917, Nicolás II y su familia permanecieron bajo arresto en su residencia real en Petrogrado, en la Villa de los Zares, Tsárkoye Seló. El Gobierno Provisional negoció con el Gobierno británico enviar al zar y a su familia a Inglaterra, pero el Sóviet de Petrogrado impidió que salieran de Rusia. A mitad de agosto, Kérenski, preocupado por la seguridad del zar y por la posibilidad de que la multitud asaltara el palacio, ordenó que evacuaran a la familia a la ciudad siberiana de Tobolsk, a la residencia de un antiguo gobernador. Allí se enteró el zar de la revolución de octubre y su situación comenzó a cambiar en los primeros meses de 1918 cuando los bolcheviques de la cercana ciudad de Ekaterimburgo pidieron tenerlo bajo su control. El plan de Trotski, sin embargo, era conducir al zar a Moscú, nueva capital de Rusia desde marzo de ese año, y hacerle un juicio público a la manera del que habían hecho los revolucionarios franceses a Luis XVI, antes de llevarlo a la guillotina el 21 de enero de 1793.

El plan de Trotski no pudo realizarse porque los bolcheviques de Ekaterimburgo trasladaron allí a la familia real, el 30 de abril al zar y a la zarina y el 23 de mayo al resto de la familia, y los encerraron en una casa confiscada a Nikolái Ipátiev, un hombre de negocios. En la noche del 16 al 17 de julio, Yákov Yurovsky, el jefe de la Cheka de la ciudad, obedeciendo órdenes de los dirigentes del Partido Bolchevique en Moscú, entró en la casa con once hombres armados y asesinaron en el sótano a toda la familia real, al médico del zar y a algunos de sus sirvientes. Los cuerpos fueron enterrados cerca de la casa, aunque el lugar exacto de las fosas no se descubrió hasta después de la caída del régimen soviético. Al día siguiente, en la no muy distante ciudad de Alapáyevsk, fueron asesinados la Gran Duquesa Isabel Fiódorovna Románova, hermana de la emperatriz, el Gran Duque Sergio Mijáilovich Románov, los tres hijos del Gran Duque Constantine y el hijo del Gran Duque Paul, el Príncipe Paley.

Los monárquicos y seguidores del zar propagaron después la imagen de que la familia real soportó todas esas pruebas a la que la historia les sometió con «una resignación casi heroica». Bernard Peres, en la introducción a la edición de las cartas de la zarina al zar, escritas entre 1911 y 1916, defiende que, por los documentos

encontrados en Ekaterimburgo, en misivas enviadas a sus amistades, la zarina «encontró en la religión la fortaleza para resistir» todos los sufrimientos. «Oh, Dios, salva a Rusia, este es el ruego de mi alma día y noche». «Lo peor está aquí, lo mejor y más radiante estará allí» (en el cielo). «El Novio llega; preparémonos para recibirle». Y el 21 de abril de 1918, en la última carta conservada, escribió: «aunque la tormenta nos arrastra cerca, estoy tranquila».

Con la revolución se extendió también la ira popular y bolchevique contra la religión y el clero, desorientado por la pérdida de poder que siguió a la caída de la monarquía. Hubo resistencia a la separación de la Iglesia y el Estado y no se ha investigado a fondo el supuesto apoyo que los clérigos prestaron al Ejército Blanco. Hasta 1921, la batalla se libró en el terreno de la propaganda y giró en torno a los símbolos y rituales religiosos. En enero de 1918 los bolcheviques decretaron la separación entre la Iglesia y el Estado. La educación religiosa en las escuelas fue prohibida y muchos sacerdotes fueron encarcelados. Pero a partir de 1921, como señala Figes, la guerra contra la religión subió varios peldaños con el cierre de iglesias y el asesinato del clero. El 26 de febrero de 1922 un decreto ordenó a los sóviets requisar todos los objetos de valor de las iglesias y hubo combates entre grupos que entraban en ellas a saco y otros, dirigidos a veces por sacerdotes, que las defendían. Unos 7000 miembros del clero, incluidas 3500 monjas, fueron asesinados en esos años. Ya con Stalin, la religión fue vista como un obstáculo poderoso a la modernización de la sociedad soviética y la persecución no cesó. La mayoría de los edificios religiosos fueron dinamitados, cerrados o confiscados por las autoridades.

Para controlar la sociedad, el Partido Bolchevique fortaleció el Estado y promovió un aumento espectacular de la burocracia en los años que siguieron a la revolución. Desde 1917 a 1921, el número de empleados del Gobierno se cuadruplicó, desde 576 000 a 2,4 millones. Los burócratas fueron, en palabras de Figes, «la base social» del régimen bolchevique, que más que una dictadura del proletariado fue «una dictadura de la burocracia». Y aunque Lenin se refirió a la burocratización como un legado del zarismo, en 1921 la burocracia era diez veces más numerosa que en el Estado zarista. Además de promover a trabajadores de las fábricas, lo que permitía a los bolcheviques alardear del origen obrero de sus militantes de base, se extendió sobre todo en la sociedad rural, con los campesinos acudiendo en aluvión a engrosar las filas del partido. Desde 1917 a 1921, casi un millón y medio de personas se incorporaron al partido, y dos tercios procedían del mundo rural o tenían un pasado campesino. Afiliarse al partido se convirtió en una forma segura de promocionar y ascender en la burocracia soviética.

Hacia el final de la guerra civil, el Ejército Rojo ya era la institución más importante del Estado, disfrutando de absoluta prioridad en la asignación de recursos. Como escribe Smith, «en ausencia de un proletariado numeroso o políticamente fiable, se convirtió en la principal base social del régimen». Luchando para defender a la patria socialista, viviendo en grupos separados y sujeto a una específica

educación política, el ejército proporcionó «el semillero» para los cuadros del aparato del Partido-Estado en los años veinte. Y a través de sus armas se extendió la revolución a otros lugares. En vez de expandir el socialismo por medio de la movilización obrera, los bolcheviques acabaron convencidos que el mejor instrumento para hacerlo era lo que Nikolái I. Bujarin llamaba la «intervención roja». En 1920, uno de sus líderes, Karl B. Rádek (1885-1939), reivindicaba que ellos siempre defendían la guerra revolucionaria: «la bayoneta es una necesidad esencial para introducir el comunismo».

Los socialrevolucionarios, mencheviques y anarquistas se mostraron incapaces de organizar una resistencia unida a esa naciente dictadura de un solo partido. Tras el golpe del vicealmirante Aleksandr Kolchak (1874-1920) de noviembre de 1918, que los echó del Gobierno antibolchevique de Omsk, los socialrevolucionarios, la oposición más numerosa e importante, se distanciaron de la política de derribar al régimen por la fuerza. A comienzos de 1920, la mayoría de sus dirigentes estaban en prisión. La izquierda del partido, que había abandonado el Gobierno bolchevique tras el Tratado de Brest-Litovsk y pasado a la oposición, lanzó una insurrección contra el poder bolchevique en Moscú, del 7 al 10 de julio de 1918, que fue abortada, reprimida y dividió definitivamente a la organización. Su objetivo no era conquistar el poder, sino forzar al Estado soviético a cambiar sus políticas, pero los bolcheviques aprovecharon la oportunidad para reafirmar su monopolio del poder. Los socialrevolucionarios siempre se declararon leales a los sóviets y nunca se pasaron a la contrarrevolución. Solo un grupo de activistas, dirigidos por Spiridónova, rechazó abandonar la lucha para derribar a los bolcheviques.

La tarde posterior al inicio de esa insurrección en Moscú, Lenin envió un telegrama a Stalin, quien se encontraba en Tsaritsyn, ordenándole «aplastar sin piedad a esos patéticos e histéricos aventureros, quienes se han convertido en un instrumento en manos de los contrarrevolucionarios… sé inclemente con los socialrevolucionarios de izquierda». Y Stalin le aseguró que actuaría de verdad con firmeza.

Pero los bolcheviques no sobrevivieron solo por la represión y, como muestra el estudio de William G. Rosenberg sobre las dimensiones sociales de la protesta obrera, la complejidad, y el caos, de aquella situación social y económica tan deteriorada hizo a muchos trabajadores más vulnerables al programa de Lenin y los bolcheviques. El hambre, el paro y el estado de convulsión que acompañó a octubre de 1917 y a la guerra civil redujo el potencial de la resistencia organizada.

Era el final de unas cuantas batallas decisivas, en el frente y en la retaguardia, que habían consolidado a Lenin y a los bolcheviques en el poder, manteniendo casi todo el territorio de lo que había sido el imperio zarista, aunque a costa de que Rusia dejara de ser un gran poder europeo. Todos los críticos o resistentes fueron silenciados o eliminados. Las tendencias antidemocráticas de los bolcheviques y su inclinación hacia el terror y el Gobierno de partido único ya habían sido denunciadas por Rosa Luxemburgo (1871-1919), una defensora de los hechos de octubre, en su

panfleto *La Revolución Rusa*, escrito en la celda de la prisión poco antes de su brutal asesinato: «La libertad solo para los defensores del Gobierno, solo para los miembros de un partido —por muy numerosos que sean—, no es libertad en absoluto. Libertad es siempre y exclusivamente libertad para quien piensa diferente». «Sin elecciones generales, sin ilimitada libertad de prensa y reunión, sin libertad de opinión, la vida se extingue en cada institución pública… en la que solo la burocracia permanece como un elemento activo».

La importancia de Lenin en todo este proceso está fuera de duda. Su visión centralista del Estado revolucionario y su búsqueda del poder por encima de cualquier otro objetivo, su idea de ganar a la población y movilizarla, le condujeron, cuando eso no fue posible de forma «natural», a fortalecer los mecanismos policiales y de coerción, a establecer un Estado con un solo partido y a reprimir a las formas más moderadas de democracia socialista. Tras el atentado del 30 de agosto de 1918, el culto a Lenin se propagó como la pólvora. En un panfleto elaborado por Zinóviev se le llamó «líder por la gracia de Dios» y su culto recordaba en muchos aspectos al que se había profesado al divino zar. Lenin era ahora el «zar del pueblo» y la propaganda, y muchos historiadores que se la creyeron, le desvincularon de la parte más oscura de esa historia, la implantación del terror, como se haría después con otros célebres dictadores de la Europa del siglo XX, desde Hitler a Franco.

Porque la revolución bolchevique, al rechazar la democracia y verse acosada por enemigos internos y externos, tuvo que silenciar a sus críticos, eliminar toda forma de oposición política y cultural y someter a una sociedad que no podía controlar por medios pacíficos o a través de la negociación. Del sueño revolucionario se pasó pronto a la pesadilla del terror, a la coerción sobre el campesinado, a los campos de concentración, a las ejecuciones en masa de la Cheka, a la edificación, en suma, de un Estado con un solo partido que se impuso sobre los cuerpos y almas tanto de los representantes del viejo orden como de los grupos sociales a los que supuestamente tenía que liberar. De la autocracia del zar, quien nunca quiso ni tuvo la más mínima intención de ensanchar, con la democracia y la constitución, la base política de su sistema de dominio, se pasó en apenas tres años a la consolidación de la primera dictadura moderna del siglo XX.

Los seis primeros meses, hasta la firma del Tratado de Brest-Litovsk, fueron muy tumultuosos y en ellos se centran la mayoría de los autores para explicar la consolidación de los bolcheviques. Según la interpretación de Read, «se caracterizaron por múltiples procesos de asegurar el poder, asegurar la paz, enfrentarse al rápido declive económico, promover la revolución social, refrenar la revolución espontánea desde abajo y vigilar la disolución de la propiedad terrateniente y el traspaso de la tierra a los campesinos». Durante ese tiempo, el poder bolchevique estuvo en el filo de la navaja. En abril y mayo de 1918 comenzó a surgir y notarse un cambio de rumbo, donde la coacción, y no el consentimiento, sería la fuerza motriz. Lenin comenzó a hablar de la disciplina proletaria de hierro.

El líder bolchevique murió el 21 de enero de 1924. Tras su muerte, el culto a su figura y los lugares que la recordaban dieron legitimidad al tortuoso camino que quedaba por recorrer para apuntalar definitivamente la dictadura que él había iniciado. «Cuando Lenin, el hombre, murió, nació Lenin el Dios», escribe Figes. Se erigieron decenas de monumentos y estatuas, se dedicaron a su memoria cientos de calles e instituciones y Petrogrado tomó el nombre de Leningrado. En su testamento, ya advirtió del peligro que representaba Stalin, entonces secretario general del partido, y «el poder ilimitado que había acumulado en sus manos», lo cual, junto a ese culto sagrado a su persona del que se beneficiaron muchos, ha posibilitado la idea muy extendida de que Stalin había traicionado a Lenin y a la revolución y que nada tenía que ver su dictadura con las ideas y prácticas de su predecesor, que nunca hubiera permitido ese despeñamiento al terror extremo. No son pocos, tampoco, los historiadores que han tratado de demostrar que los elementos básicos del régimen estalinista estaban ya presentes en enero de 1924.

La quiebra del imperio de los Románov, con las dos revoluciones y la guerra civil que le siguieron, de donde emergió un nuevo Estado, el comunista, un proceso que duró alrededor de una década, costó a Rusia una auténtica sangría. La revolución, la guerra, el terror, el hambre y las enfermedades causaron diez millones de muertos entre 1917 y 1922.

El hambre, que se extendió sobre todo por la región del Volga entre 1921 y 1922, mató más que la revolución y la guerra civil, llevándose a la tumba a unos cinco millones de personas. Cerca de un millón murieron de tifus y fiebres tifoideas en 1920, entre ellos Pável Lazimir, el presidente del Comité Militar Revolucionario de Petrogrado. Rusia era ya una sociedad con altos niveles de violencia, pero el derrumbe del orden y de la autoridad del Estado, la guerra y la desmovilización de millones de ciudadanos armados, el delineamiento ideológico, revolucionario y contrarrevolucionario, con diversas divisiones internas en los dos bandos, abrieron las puertas a múltiples manifestaciones de violencia y terror. «La vida había llegado a ser tan barata», escribe Orlando Figes, que a la gente no le importaba matarse o que otros mataran a millones en su nombre. «Siete años de guerra habían embrutecido a la gente y le hizo insensible al dolor y al sufrimiento de los otros».

En medio del hambre, hubo muchos casos de canibalismo, gente que se comía a sus propios familiares, y la caza y el asesinato de personas para comérselos fue también un fenómeno común. La criminalidad, el bandolerismo, la prostitución y la pedofilia ilustran también la destrucción de la familia y de muchas de las redes comunales que habían mantenido la estructura social durante el zarismo. Masas de niños huérfanos, millones, cuyos padres habían muerto o los habían abandonado, vagaban por las calles, vivían en las estaciones, basureros, bodegas o en cualquier agujero que encontraban como cobijo, todo un símbolo, según Figes, de la «desintegración social de Rusia».

El escritor Máximo Gorki, que pasó de la fe en la revolución a la desilusión y a la

denuncia de tanto sufrimiento, creía que lo que estaba pasando en su tierra iba a destruir por completo la civilización rusa. Se fue de Rusia en el otoño de 1921, y aunque volvió en 1928 como el gran hijo pródigo de Stalin, pronto comenzó a oponerse a ese régimen dictatorial y pasó sus últimos años, hasta su muerte en junio de 1936, en arresto, después de ver cómo su hijo era asesinado, casi con toda seguridad por orden de Stalin, el año anterior. Tras su muerte, fue encontrado su cuaderno de notas en el que comparaba a Stalin con una «pulga monstruosa» que «la propaganda y la hipnosis del miedo han agrandado hasta proporciones increíbles».

Todos esos combates liquidaron a una buena parte de la elite de aristócratas, terratenientes, industriales, banqueros y a muchos profesionales. Más de dos millones de ellos acabaron en el exilio. Sus conocimientos en la administración de la economía fueron difíciles de sustituir. Desde el punto de vista económico, el balance fue catastrófico. Comparados con los niveles anteriores a la guerra de 1914, la producción industrial había caído el 20% hacia 1921. El producto interior bruto había descendido un quinto en 1917 y más de tres quintos en 1921. Los peores efectos se sintieron en las ciudades, donde la huida al campo o la muerte hicieron descender la población hasta niveles desastrosos. La antigua capital, Petrogrado, pasó de 2,5 millones de habitantes en febrero de 1917 a 750 000 en agosto de 1920. Moscú, la nueva capital desde el 12 de marzo de 1918, sufrió menos pero su máxima población de 1,8 millones en 1915 había quedado reducida a 1 millón en 1920.

Cuando el revolucionario ruso-belga Víctor Serge (1890-1947) llegó a Petrogrado en 1919, sintió que la revolución estaba muriendo, las calles estaban desiertas, como una ciudad abandonada y fantasma. La antigua capital de los zares y de la revolución era ahora «la ciudad del Frío, del Hambre, del Odio, y del Sufrimiento».

Mucha gente sobrevivió a esas condiciones tan duras porque se movieron a los pueblos. Casi todos los habitantes de las ciudades tenían parientes y familiares muy cercanos en el campo. El pueblo, la comuna, fue una vez más, según Read, como lo había sido muchas veces en la historia rusa, «la red de salvación nacional». Los pueblos eran menos vulnerables que las ciudades debido a que eran básicamente autosuficientes, con recursos materiales propios, menos dependientes de las redes de suministro y de comunicación que las industrias. El pueblo fue el «reducto» en el que Rusia sobrevivió desde 1918 a 1923.

Sobre el terror y la violencia que prevalecieron en Rusia durante la revolución y la guerra civil se levantó el posterior régimen estalinista y sus horrores, que quedan fuera de la historia que en este libro he contado. La celebración, apología y ejecución desde diferentes frentes de la violencia durante esa década de guerra mundial, revoluciones y guerras civiles tuvo efectos duraderos mucho más allá del bolchevismo y de Lenin. Stalin se encargó después personalmente de dirigir la eliminación de la vieja guardia del Partido Bolchevique. En enero de 1935, Kámenev y Zinóviev fueron detenidos y aunque condenados inicialmente a cinco y diez años de prisión, por traidores y complicidad en el asesinato de Kírov, fueron ejecutados el 25

de agosto de 1936 tras el primero de los juicios que marcaron el inicio de la Gran Purga de Stalin. Un final similar le esperaba a Nikolái Bujarin, el teórico más influyente del comunismo en los años treinta, arrestado en 1937 y ejecutado el 13 de marzo de 1938. Trotski fue expulsado del partido en 1927, acusado de «sectarismo», y asesinado por orden de Stalin, por Ramón Mercader, en México, en agosto de 1940. Tampoco el ejército se libró de la persecución, en el que las purgas liquidaron a tres de cada cinco mariscales soviéticos y al 8% del total de los oficiales.

Una buena parte de los revolucionarios que hemos visto pasar por estas páginas fueron devorados por la propia revolución o por el aparato del Estado que surgió de ella. Mariya Spiridónova, quien, según Anna Hillyar, se convirtió en una «legendaria figura en el folclore socialrevolucionario», es un excelente ejemplo. Nació en 1884 en una familia de clase media alta de Tambov. Se acercó a los círculos revolucionarios, como ocurrió con una buena parte de la *intelligentsia* rusa, a través del estudio, para practicar pronto el terrorismo. En 1906 se ofreció como voluntaria para asesinar al oficial de la *Ojrana*, Gavriil N. Luzhenovski, responsable de las atrocidades cometidas por los cosacos a los campesinos de su región. Lo mató en el andén de la estación de Borisoglebsk, de un tiro en la cara. Los soldados que la prendieron, le apagaron cigarrillos en sus pechos y la sometieron a todo tipo de torturas. Cuando se conocieron los detalles, hubo manifestaciones de indignación en Rusia y en los círculos feministas internacionales. En el juicio declaró que lo había asesinado porque ella se debía a los ideales del Partido Social-Revolucionario y Luzhenovski era un torturador y violador de mujeres: «fue por el bien de la dignidad humana, por el bien de la verdad y la justicia, que el comité de Tambov y yo sentenciamos a Luzhenovski a muerte».

La condena a muerte a Spiridónova fue después conmutada por cadena perpetua y deportada a Akatuy, Siberia, una antigua mina de plata convertida en centro de detención de presos políticos y más tarde en penal de mujeres. Más de una década después, la revolución de febrero le abrió las puertas de la prisión, como a otros muchos revolucionarios y prisioneros políticos, y en la primavera de ese año, cuando el partido se dividió entre quienes se alinearon con los mencheviques y el Gobierno Provisional o defendían el poder de los sóviets, Spiridónova se fue con estos últimos y se convirtió en la líder de la facción de izquierda y de los campesinos. A partir de ese momento, fue una figura inspiradora de la revolución de los sóviets, aunque nunca trató de la cuestión de la mujer o, de forma más específica, de las mujeres trabajadoras.

En noviembre de 1917 defendió la coalición de los socialrevolucionarios de izquierda con los bolcheviques. Spiridónova rompió el modelo de la mayoría de las mujeres socialistas rusas de ese momento, dedicadas a tareas administrativas y de organización más que políticas, y asumió el papel de dirigente reservado solo a los hombres. Fue la candidata de los socialrevolucionarios de izquierda y de los bolcheviques a presidir la Asamblea Constituyente.

Durante los meses posteriores a la revolución de octubre, mantuvo, según Alexander Rabinowitch, una relación de respeto con Lenin, que se rompió con las políticas de requisas que los bolcheviques comenzaron a implantar en el campo y por el compromiso que ella siempre mantuvo con los campesinos. El asesinato del embajador alemán, conde Wilhelm Mirbach (1871-1918), el 6 de julio de 1918, por los socialrevolucionarios Yakov Blumkin y Nikolay Andreyev, quienes buscaban provocar una guerra con Alemania y anular el Tratado de Brest-Litovsk, fue aprovechado por Lenin para liquidar la creciente amenaza de esa izquierda revolucionaria. La insurrección de los días siguientes en Moscú acabó con el fusilamiento de un número desconocido de socialrevolucionarios y la detención de Spiridónova en una celda del Kremlin.

Tras esa insurrección, Spiridónova, al contrario que muchos de sus compañeros, siguió resistiendo a los bolcheviques y pasó los siguientes años en cárceles, tratada como una lunática, torturada a menudo, y en un largo exilio en diferentes ciudades soviéticas de Asia Central y Siberia. Cuando parecía que esa vida de activismo y persecución había ya pasado, fue detenida el 8 de febrero de 1937 y, tras otro peregrinaje de prisión en prisión, fue condenada por un tribunal militar y ejecutada en la de Oriol el 11 de septiembre de 1941, junto con otros 156 prisioneros políticos, cuando las tropas nazis se acercaban a la ciudad, «por difundir propaganda derrotista… y tramar la huida de la prisión para reanudar actividades subversivas».

Algunos de sus mejores compañeros de partido o sentimentales, como Borís Kamkov o Vladimir Volsky, ya habían sido ejecutados. Alexandr Antónov fue capturado y asesinado por la Cheka en junio de 1922. Otro destacado dirigente, menos radical, que había defendido desde mayo de 1917 los gobiernos de coalición, Abram Rafaílovich Gots, fue condenado a muerte, conmutada después, y murió en agosto de 1940 en el campo de concentración de Kraslag.

El régimen bolchevique de Partido-Estado nunca abandonó los fundamentos violentos de su creación, aunque construyera después un sistema de fuerza más rutinario y legal y, ya en los años treinta, con las grandes purgas de Stalin, un terror designado a extirpar del cuerpo social cualquier individuo o grupo concebido como socialmente dañino o políticamente peligroso. De ahí la utilidad de la distinción analítica de Hanna Arendt entre violencia y terror, con la que acabamos estas páginas.

«Terror no es lo mismo que la violencia; es, más bien, la forma de gobierno que nace cuando la violencia, tras destruir todo poder, no abdica, sino que, por el contrario, mantiene todo el control».

Conclusión

Cien años despué.

Las revoluciones de 1917 en Rusia fueron uno de los acontecimientos determinantes del siglo XX. La perspectiva que ofrece el paso de cien años es una oportunidad única para examinar la evolución de la historiografía, cómo los historiadores estuvieron marcados por las agendas políticas, por el clima de la Guerra Fría, por experiencias personales y generacionales, por testimonios y memorias, por predilecciones intelectuales y por el acceso a nuevas fuentes.[3]

Tras la disolución de la Unión Soviética en 1991, y la consiguiente apertura de archivos, surgió una nueva generación de historiadores que rechazó los estereotipos ideológicos que habían dominado hasta entonces, tanto en la historiografía oficial soviética como en la anticomunista. Lo que muchos conocieron y estudiaron como la Revolución Rusa fueron, en realidad, una serie de revoluciones simultáneas y superpuestas —de elites intelectuales, clases medias, obreros, soldados y campesinos— contra la autocracia zarista, contra el orden social, contra la guerra y el sistema jerárquico militar, contra los terratenientes y por la distribución de la tierra.

Del estudio de las ideologías y partidos se pasó al análisis detallado de la vida cotidiana y las acciones de la gente común. El carácter de clase de esas revoluciones fue matizado por una nueva historiografía sobre las identidades sociales y culturales, con miradas al género, a la religión, a los símbolos y a la imágenes. Un cambio de rumbo del reino de lo material y político hacia lo cultural y antropológico. Como fueron además revoluciones que ocurrieron a lo largo y ancho de un vasto imperio multiétnico, comenzó a escribirse, frente al «rusocentrismo», una historia «desde los márgenes», que reconocía la complejidad cultural y social de las identidades nacionales y étnicas.

Nada ha quedado fuera del análisis y la fotografía que hoy puede obtenerse de aquellos acontecimientos ha dejado atrás el blanco y negro, para presentarse en formato digital, con una gama de tonos y colores que permiten al lector transitar por relatos y enfoques hasta hace poco desconocidos.

El reto, como ya anunciaba en la introducción, era captar y sintetizar en un libro breve las decenas de libros imprescindibles escritos por diferentes historiadores de diversas generaciones. La mayoría de los historiadores que he seguido para elaborarlo, subrayan el proceso de crisis constante, en varias fases, entre 1914 y 1921, en una narración que comienza con el inicio de la Primera Guerra Mundial y finaliza con las últimas batallas de la guerra civil rusa y el establecimiento de la Unión Soviética.

La Primera Guerra Mundial, según Vladímir P. Buldakov, «desacralizó el poder

de la Monarquía y al mismo tiempo sacralizó la violencia». Con la caída del zar y la revolución de febrero, todos los controles y restricciones éticas fueron derribados. A partir de ese momento, en un contexto de creciente anarquía, guerra civil y quiebra económica, se abrió un período, muy inestable, de búsqueda de un nuevo orden político y social. Desde febrero de 1917, Rusia pasó, a una velocidad de vértigo, por una etapa liberal, otra socialista moderada, después más radical, hasta que Lenin y los bolcheviques convirtieron lo que era una revolución por el poder de los sóviets, con un amplio apoyo popular, en la dictadura de un partido.

Las causas, desarrollo y consecuencias de esas revoluciones, analizadas en este libro, pueden resumirse en las siguientes conclusiones:

1. Durante las décadas finales del siglo XIX y los primeros años del XX, el imperio ruso experimentó fuertes tensiones entre la reforma y la tradición, el atraso y la modernidad, que produjeron una colisión entre la autocracia zarista y una parte de la sociedad en algunos momentos decisivos, puntos de inflexión en la conciencia social —como durante la hambruna de 1891, la revolución frustrada de 1905 y la Primera Guerra Mundial—, traumas acumulados hasta el estallido de febrero de 1917.

Eran las dos Rusias, a las que se había referido Aleksandr Herzen, la oficial y la campesina, la de los terratenientes, jerarquía eclesiástica y burocracia imperial, frente a la gran masa de población, analfabeta y empobrecida. Rusia era uno de los grandes poderes de Europa, pero con una economía y sociedad más atrasadas, menos urbanas e industrializadas, que Gran Bretaña, Francia o Alemania. A partir de las reformas legales y administrativas de Alejandro II en los años sesenta del siglo XIX, sin embargo, una Rusia más pequeña, de burgueses, abogados, médicos, profesores y trabajadores cualificados de las industrias, se estaba abriendo camino, penetrando por las grietas que la erosión de la vieja estructura social permitía.

Frente a esos cambios, Nicolás II se aferró al poder absoluto y autocrático, en vez de ensanchar su base política y convertir a sus súbditos en ciudadanos. Al igual que antes había hecho su padre, Alejandro III, se sintió amenazado por la modernidad e intentó detener el reloj de la historia, retrasándolo a la edad de oro ya distante del absolutismo moscovita del siglo XVII, manteniendo los principios de la autoridad autocrática tradicional en la Corte. Cualquier crítica, disidencia o acción de protesta se convertía en una amenaza revolucionaria, ante la que Nicolás II reaccionaba con puño de hierro. La historia de su reinado es la crónica de dos guerras con potencias extranjeras y dos revoluciones, provocadas por aquellas.

La represión, la ausencia de cauces de representación popular y de libertades causaron la aparición y desarrollo de una oposición radical al sistema zarista dispuesta a derribarlo. Esa oposición estaba compuesta fundamentalmente por intelectuales, las elites educadas, lo que en ruso se llamó *intelligentsia*, estudiantes, escritores, profesionales liberales y una especie de subcultura al margen de la Rusia oficial, que intentaba explotar cualquier huella de descontento popular para llegar al poder. Fueron ellos quienes establecieron una tradición de ideas, propaganda y

agitación revolucionarias, antes de que, con el cambio de siglo, todo eso se plasmara en la creación de diferentes partidos socialistas que dominaron después el escenario político en 1917.

La profunda grieta entre una sociedad en cambio y la autocracia, comenzada ya algunas décadas antes, con manifestaciones violentas desde arriba y desde abajo, generó un enorme potencial para el desarrollo del conflicto. La quiebra del sistema zarista no llegó, sin embargo, por la subversión, los disturbios sociales o las luchas internas, sino por un acontecimiento externo: la rivalidad imperial que Rusia mantenía con Alemania y Austria-Hungría.

¿Hubiera podido evitar Rusia la revolución, de no haberse producido la Primera Guerra Mundial? Es una cuestión imposible de responder. Lo que sabemos es que la guerra actuó de catalizadora, empeoró las cosas y añadió problemas insalvables.

2. A comienzos de febrero de 1914, Piotr Durnovó, ex ministro del Interior con Serguéi Witte, un hombre de ideas derechistas y muy fiel al régimen, había enviado un informe al zar en el que le avisaba, de forma contundente, que evitara una guerra con Alemania porque, en caso de derrota, lo más probable dado su inferioridad con el imperio rival, «la revolución social en su más extrema forma sería inevitable» y Rusia caería «en una irremediable anarquía». Cuando el 28 de julio de ese año Austria declaró la guerra a Serbia, Nicolás II desoyó el aviso y decidió lanzar a su ejército y a su pueblo al campo de batalla.

La guerra fue mal desde el principio, y mucho más larga y destructiva de lo que se había esperado. Las batallas de 1915 pusieron ya al descubierto la gran disparidad que había entre la obediencia al «Supremo Autócrata», «hasta la última gota de mi sangre», como rezaba el juramento que cada soldado hacía al ingresar en el ejército imperial, y el ánimo de los millones de campesinos y trabajadores sacados de sus hogares para ir al matadero, ajenos tradicionalmente al sentimiento patriótico.

Entre 1914 y comienzos de 1918, cuando los bolcheviques, tras la conquista del poder, firmaron la paz con Alemania en Brest-Litovsk, Rusia movilizó alrededor de quince millones y medio de hombres. Las pérdidas totales se elevaron a más de siete millones: más de tres millones de muertos o desaparecidos sin dejar rastro, y cuatro millones de heridos, muchos de ellos mutilados de gravedad. En esa tragedia reside, según la mayoría de los especialistas, la raíz de las dos revoluciones de 1917.

Las estrepitosas derrotas y la pésima gestión de las autoridades zaristas generaron un profundo malestar entre todos los sectores de la sociedad y fue particularmente notorio en los círculos políticos liberales y de la elite que se habían puesto al frente del fervor patriótico en agosto de 1914. Querían una dirección más eficaz de la guerra y, como había sucedido en 1905, forzar cambios en el sistema político.

En agosto de 1915, en medio de una grave crisis política, el zar decidió quitar a su primo el Gran Duque del mando supremo del ejército y asumirlo él personalmente. Polivanov, ministro de la Guerra, trató de convencerle de que no lo hiciera, pero Nicolás II, creyendo que esa era la voluntad de Dios, llevó adelante su decisión y

unos días más tarde se fue a Maguilov, al cuartel general en el frente. Una decisión desafortunada, con fatales consecuencias, porque, como el general Brusílov se encargó de recordar, el monarca «no sabía nada de asuntos militares».

El poder pasó a su mujer, la emperatriz Alejandra, quien ejerció desde entonces gran influencia en los nombramientos de ministros, gobernadores de las provincias y miembros de la administración. En los diecisiete meses en los que actuó de máxima déspota, desde septiembre de 1915 a febrero de 1917, Rusia tuvo cuatro primeros ministros, cinco de Interior, tres de Asuntos Exteriores, tres de Transportes y cuatro de Agricultura. «Una especie de anarquía burocrática», en expresión de Orlando Figes.

Cuando los miembros de la elite liberal comprobaron que el zar no atendía a la gravedad de los acontecimientos, buscaron alternativas, convencidos de que si no se reformaba desde arriba, una gran convulsión, más radical y violenta, lo haría desde abajo. Era también una muestra del pánico que sentían las clases propietarias de Rusia, terratenientes e industriales, a ser arrastrados por una revolución expropiadora que iban profetizando los diferentes partidos socialistas desde comienzos del siglo XX.

Frente al autócrata ausente y las propuestas para reformar el sistema desde arriba, lo que aparecieron fueron conflictos irreparables causados por la larga guerra y los serios trastornos que ocasionó en la economía, en la producción y transporte de los recursos necesarios y, sobre todo, en la escasez de productos de primera necesidad para millones de soldados en el frente y la población en general en la retaguardia.

Ante la escasez de comida, las autoridades introdujeron racionamientos. Los informes policiales advertían de que los sufrimientos causados por la guerra a los soldados, a sus familias y a los refugiados, estaban empeorando sus condiciones de vida a niveles sin precedentes, a la vez que provocaban desorden social y protestas de «madres exhaustas tras permanecer de pie en las largas colas» para alimentar a sus niños enfermos y hambrientos.

En el frente de guerra, y en los cuarteles militares de la cercana retaguardia, la disciplina de las tropas se desmoronaba. Los soldados, la mayoría jóvenes campesinos, se negaban a combatir y rechazaban la autoridad de sus oficiales, a quienes percibían como enemigos de clase, representantes de los terratenientes. La crisis de subsistencias se combinaba con una crisis de autoridad.

La guerra agravó, así, las profundas divisiones en la sociedad rusa y, durante ella, el ejército se transformó en un grupo ingente de revolucionarios, cuyo malestar y convulsión no podían separarse de la agitación violenta que sacudía a la sociedad. La crisis cambió de desorden a revolución cuando los soldados se pusieron al lado de los trabajadores y de las mujeres que protestaban contra la escasez de alimentos y cuando los miembros de la oposición moderada abandonaron la autocracia para formar nuevos órganos de poder.

En el tercer invierno de la guerra, la crisis de autoridad desembocó en motines,

revueltas, deserciones del frente y, finalmente, en una transformación profunda de la estructura de poder que había dominado Rusia durante siglos. Todas la condiciones estaban allí: una desacreditada monarquía, que incluía al zar y a la zarina, un deterioro sin precedentes de la economía y del modo de vida de los ciudadanos, hambre, mujeres pidiendo pan, soldados airados y huelgas obreras.

3. Lo que ocurrió entonces en Petrogrado, la capital del imperio, era la culminación del descontento y de la crisis de autoridad que se había propagado, de forma creciente, en meses anteriores, pero nadie esperaba una desintegración del orden y un cambio en el curso de los acontecimientos tan súbito y extraordinario.

El 23 de febrero, Día Internacional de la Mujer Trabajadora, miles de mujeres, campesinas, estudiantes y trabajadoras se manifestaron en protesta contra la carestía de pan y el racionamiento de ese producto básico. Durante los dos días siguientes, masas de trabajadores tomaron las calles y hubo enfrentamientos con la policía y los escuadrones de cosacos montados a caballo. Las autoridades perdieron el control de las fuerzas militares. Soldados y trabajadores se apoderaron del arsenal y de algunas fábricas de armas. Los disturbios de los días anteriores dieron paso a una revolución que se iniciaba en el corazón de las fuerzas armadas del Estado zarista.

Ocurrió justamente lo que había anunciado Piotr Durnovó: una vez puesta en marcha, la revolución se convirtió en una fuerza incontrolable que iba a barrer a quienes pretendieran domesticarla. Y la autoridad de los jefes del ejército fue una de sus primeras víctimas. Los motines y la rebelión abierta de soldados y marinos en las regiones de Petrogrado y Moscú hicieron inevitable, bajo la presión de los jefes militares, la renuncia del zar. Apareció así en el escenario uno de las componentes más peculiares de la revolución de febrero de 1917 en Rusia comparada con otras de la historia contemporánea: el papel primordial de soldados y marinos armados en la quiebra del orden y en la destrucción de las relaciones jerárquicas existentes, mucho más decisivo que el representado por obreros y campesinos.

El zar, que no se había preocupado mucho al principio de los disturbios, continuando con su rutina, asistiendo a misa y jugando al ajedrez, abdicó el 2 de marzo a favor de su hermano el Gran Duque Miguel. Pero su hermano, asustado también por la revolución y al ver que la Duma no confiaba en él, no aceptó la corona. Así acabó la monarquía de los Románov, una dinastía de trescientos años, y de golpe todo el edificio del Estado ruso se desmoronó. Fue un derrumbe «por el peso de sus contradicciones internas», señala Figes, y como en todas las revoluciones modernas, «las primeras grietas aparecieron por arriba».

La revolución de febrero y las transformaciones que siguieron fueron modeladas por una larga historia de conflicto entre las políticas autoritarias del régimen zarista y diferentes formas de oposición y resistencia desde las elites y las clases populares. En medio del regocijo en las calles, en los cuarteles y en las trincheras, el Príncipe Gueorgui Lvov asumió el 2 de marzo la presidencia de un Gobierno Provisional formado en su mayoría por diputados de la Duma pertenecientes a la elite liberal y

rica del país. Unos días antes, en la tarde del 27 de febrero, frente a la ausencia de un liderazgo efectivo, un grupo de dirigentes socialistas constituyeron en el Palacio Táuride el Sóviet de Petrogrado. La inclusión de soldados cambió radicalmente la naturaleza de ese órgano de poder, que ya no era un mero comité de trabajadores, como en 1905. De esa forma, los grupos armados de la ciudad quedaron vinculados al Sóviet, lo que tendría importantes repercusiones en el posterior desarrollo de la revolución.

Emergió desde ese momento una «autoridad dual», la del Gobierno Provisional y la del Sóviet de Petrogrado. Aleksandr Guchkov, ministro de la Guerra, confesó en una reunión de jefes del ejército que «nosotros no tenemos autoridad, solo la apariencia de autoridad; el verdadero poder reside en el Sóviet». Era también un reflejo de la profunda división en la sociedad rusa entre las clases populares y las propietarias.

La decisión del Gobierno Provisional de continuar la guerra y defender a Rusia contra sus enemigos externos, le ató de pies y manos para evitar la insurrección de los enemigos internos. Los soldados, con el paso de los meses, comenzaron a cansarse de la guerra, querían la paz, volver a sus casas y empezar a vivir sin dueños en las tierras, como estaban haciendo algunos de sus familiares y allegados desde la caída del zar. Un millón de soldados desertó de sus puestos entre marzo y octubre de 1917.

La destrucción súbita y por las armas del Estado ruso abrió oportunidades extraordinarias y sin precedentes para diferentes y variados grupos sociales. Los obreros tomaron el control de las fábricas, los soldados desertaban en masa y rompían las relaciones jerárquicas con sus jefes, los campesinos ocupaban y distribuían entre ellos las tierras no comunales, las mujeres defendían sus derechos y las minorías étnicas aspiraban a un mayor autogobierno.

En eso reside la peculiaridad de lo que ocurrió en Rusia a partir de febrero de 1917, subrayada por la generación de historiadores posterior a 1991, que no hubo solo una revolución sino, en palabras de Read, «una cascada de múltiples revoluciones o caleidoscopio de revoluciones», política, social, cultural, de género, conducidas por varias nacionalidades, grupos y clases.

En eso y en que la tan esperada revolución llegó de forma súbita, surgiendo de huelgas y manifestaciones populares, con importante presencia y protagonismo de mujeres, sin aparente preparación y sin líderes, todo lo contario a lo que las autoridades y policía zaristas y los partidos socialistas habían previsto.

El hecho de que esa revolución saliera tan directamente de las acciones colectivas de trabajadores industriales y de soldados campesinos, guiados por los más activistas, obreros conscientes y cualificados, y apoyados por la población en general, dejó una impronta muy relevante de autoafirmación popular en su carácter y en su posterior desarrollo.

Los partidos socialistas, cuyos líderes principales no estaban en Petrogrado en aquellas jornadas de febrero de conflicto y de protesta, mostraron después profundas

divisiones sobre cómo responder a la revolución en marcha y, sobre todo, cómo controlarla. La noticia de la revolución les cogió en la cárcel, en el exilio o en el extranjero. Lenin estaba en Zúrich, Trotski en Nueva York y Chernov en París. Ninguno de ellos hizo aquella revolución, aunque Lenin muy pronto iba a irrumpir en aquel escenario de crisis de autoridad como actor principal. Llegó a la estación de Finlandia de Petrogrado a medianoche del 3 de abril de 1917 y fue recibido como un héroe por obreros y soldados con pancartas y banderas rojas. Llevaba diecisiete años fuera de Rusia, en el exilio, salvo un período de seis meses entre 1905 y 1906.

En el tren que le llevó de Suiza a Petrogrado redactó lo que él consideraba que debía ser el programa bolchevique de transición desde «la primera a la segunda fase de la revolución», conocido, tal y como se publicó después en *Pravda*, el periódico del partido fundado en 1912, como las «Tesis de abril».

Las presentó en público al día siguiente de llegar a Petrogrado, ante una asamblea de socialdemócratas reunidos en el Palacio Táuride, y lo que allí expuso era radicalmente diferente no solo a lo que entonces hacían los líderes socialistas moderados del Sóviet, sino también a lo que defendían los bolcheviques más destacados de esa ciudad. Los bolcheviques, según Lenin, no tenían que colaborar con el Gobierno Provisional y, por el contrario, debían comprometerse en una incesante propaganda antibélica, hasta la consecución de la paz. «En nuestra actitud hacia la guerra… no es posible la más mínima concesión al “defensismo revolucionario”».

La tierra debía ser nacionalizada y lo que tenía que constituirse no era una «República parlamentaria… sino una república de Sóviets de Trabajadores». Se trataba, por lo tanto, de una nueva revolución que transferiría el poder «al proletariado y a los campesinos más pobres». Era una propuesta que no compartían los mencheviques ni los restantes socialistas, que controlaban entonces los principales órganos de representación popular.

Pero la irrupción en ese momento de Lenin con sus nuevas tesis señaló el surgimiento de una enérgica oposición de izquierda. Lo que ocurrió en los meses siguientes llevó a Lenin al poder y no solo por su absoluta fe en el destino que la historia le había asignado, sino, sobre todo, porque el Gobierno Provisional no pudo, o no supo, controlar ese escenario revolucionario, ni tampoco buscó la paz con los alemanes, un hecho decisivo para explicar su fracaso y el triunfo bolchevique.

Durante el verano de 1917, la confianza en que «la Gran Revolución Rusa» uniría a los ciudadanos había dado paso a la división. Bajo ataques desde la derecha y la izquierda, los gobiernos de Lvov y Kérenski se enfrentaron al desplome de las ilusiones sobre la capacidad del pueblo para fortalecer su concepto de la democracia y ciudadanía. Cuando se comprobó que las masas no lo apoyaban, esos gobiernos recurrieron cada vez más a la fuerza del Estado como única forma de persuasión.

Las diferencias se hicieron irreconciliables. El lenguaje de clases, de revolución social y no solo de reforma política, se impuso a los otros lenguajes (liberal,

democrático, constitucionalista) que compitieron en ese escenario de crisis de autoridad. Lo que había comenzado en febrero con un motín en la guarnición militar de Petrogrado, se había convertido tan solo ocho meses después en una violenta y radical revolución social, extendida al campo, a las fábricas, al frente y a los pueblos no rusos del imperio. A esa rebelión le faltaba que alguien supiera llenar el vacío de poder que estaban dejando el fracaso y la soledad del Gobierno de Kérenski tras el golpe frustrado del general Kornílov. El camino estaba despejado para un partido revolucionario y contrario a la guerra. Y ahí aparecieron los bolcheviques. Y Lenin.

4. La revolución de octubre de 1917 fue uno de los principales acontecimientos del siglo XX y los historiadores han mostrado en torno a él diferentes interpretaciones. Las investigaciones más recientes de Christopher Read, S. A. Smith, Peter Holquist o Rex A. Wade superan las clásicas disputas entre la propaganda soviética y la antimarxista y subrayan la importancia del eslogan «Todo el poder para los Sóviets» y de cómo el apoyo popular a esas instituciones surgidas desde abajo allanó el camino a la conquista del poder por los bolcheviques.

El Gobierno Provisional careció de legitimidad desde el principio. Desde el verano, estuvo atrapado por una serie de crisis en cadena —en el frente, en el campo, en las industrias y en la periferia no rusa—. Pocos gobiernos podrían haber hecho frente a todo eso, y menos sin un ejército en el que confiar. El apoyo de trabajadores, soldados y campesinos a los sóviets, la institución dedicada a promover la revolución social, se combinó con la decisión fatal de los gobiernos provisionales de continuar la guerra. Y el fiasco del golpe de Kornílov en agosto de 1917 ya había mostrado que la derecha estaba todavía desorganizada y la contrarrevolución no tenía en ese momento posibilidades de vencer.

Conforme el tiempo avanzaba y el Gobierno Provisional y los dirigentes del Sóviet mostraban su incapacidad para solucionar los problemas, los bolcheviques se convirtieron en la alternativa política para los desilusionados y para quienes buscaban un nuevo liderazgo. Como no tenían responsabilidad política, recogieron los frutos de la división y declive de los otros dos partidos socialistas, los mencheviques y los socialrevolucionarios. Su rechazo al Gobierno Provisional les dio, a los bolcheviques en general y a Lenin en particular, lo que el menchevique Nikolai N. Sukhanov llamó en sus memorias una posición «comodín», por la que podían representar y adaptarse a cualquier cosa.

Los vientos de cambio que soplaban desde el verano, impulsados por las críticas a las autoridades y las alabanzas a los sóviets, comenzaron a plasmarse desde finales de agosto en el poder institucional. Bolcheviques, socialrevolucionarios de izquierda y mencheviques internacionalistas tomaron el control de los diferentes sóviets de distrito de Petrogrado, de los sindicatos y comités de fábricas, y de comités de soldados y campesinos en algunas provincias. El 25 de septiembre, el Sóviet de Petrogrado, el principal bastión de poder desde la revolución de febrero, eligió una nueva dirección de izquierda radical y León Trotski, que había salido de la cárcel el 4

de septiembre y que acababa de ingresar en el Partido Bolchevique, se convirtió en su presidente, sustituyendo al menchevique Chjeidze. Al mismo tiempo, los bolcheviques asumieron el control del Sóviet de Delegados Obreros de Moscú.

Con tantos poderes en sus manos, podían reivindicar que hablaban y actuaban en nombre de la «democracia del Sóviet». Ese control del Sóviet de Petrogrado y de otros en las provincias es lo que permitió la revolución de octubre y sin ese proceso de conquista del poder en las semanas anteriores, sería difícil imaginarla. La revolución de octubre comenzó como una defensa de la idea del poder de los sóviets, posibilitada por una crisis profunda del gobierno de Kérenski.

Puede ser que «Octubre» fuera un «golpe» en la capital, señala Allan K. Wildman, «pero en el frente fue una revolución». Los soldados no solo no quisieron echar abajo a ese incipiente poder bolchevique, sino que frustraron los esfuerzos desesperados de Kérenski y del anterior «defensista» Comité Ejecutivo del Sóviet de Petrogrado «para trastocar la victoria bolchevique, trasladando tropas desde el frente». La participación de marinos de la flota del Báltico, que ya habían tenido una influencia notable en 1905 y en febrero y julio de 1917, fue también muy visible en octubre. El golpe de Kornílov había destruido allí la escasa autoridad que les quedaba a los oficiales.

La apuesta bolchevique había logrado su objetivo primordial, sin apenas resistencia. Petrogrado parecía seguro, pero, pese a su importancia como centro de poder político y de comunicaciones, era solo una ciudad. Había que comprobar qué pasaría más allá de la capital, en el frente, en las otras ciudades y provincias y en la periferia del vasto imperio ruso. Y ver cómo responderían los trabajadores y los campesinos al nuevo poder; y todos los otros socialistas de izquierda que habían quedado fuera del Gobierno bolchevique.

A comienzos de noviembre, los bolcheviques tenían el control de las principales ciudades de la región industrial del centro, norte y este de Moscú, en los Urales, en las partes más cercanas del frente y entre los marinos de la flota del Báltico. Derrotados sus adversarios militares por el momento, asegurados los principales centros de poder, Lenin y los bolcheviques pudieron dedicarse a temas apremiantes: conseguir la paz, atender a las reformas radicales que había reclamado desde abajo el movimiento de los sóviets y reorganizar el poder, presionados por los socialrevolucionarios, para que ampliaran su gobierno y convocaran la Asamblea Constituyente, algo que los anteriores gobiernos provisionales habían aplazado una y otra vez hasta que finalizara la guerra.

El Gobierno formado en octubre se había declarado él mismo como «provisional» y muchos de sus decretos establecían que estarían vigentes hasta que la Asamblea Constituyente se pusiera en marcha. Pero poco después, dudando de poder conseguir una mayoría en la Asamblea, Lenin comenzó a propagar la idea de que el poder de los sóviets, nacido de la elección directa de los trabajadores, era superior a la democracia parlamentaria, que no era sino una pantalla para el dominio del Estado

por parte de la clase capitalista. Lenin, Trotski y otros bolcheviques no estaban ya dispuestos a declarar su Gobierno como provisional o a renunciar al poder.

Decidieron, sin embargo, que las elecciones se celebraran. Los socialrevolucionarios fueron, sin duda, el partido ganador, con su voto concentrado en el mundo rural, mientras que los bolcheviques recibieron la mayoría de los votos de los obreros industriales, junto con el 42% de los votos de los 5,5 millones de soldados. Ese voto representó el momento álgido del apoyo popular al partido, porque a partir de ese momento, con los soldados volviendo a sus pueblos y el crecimiento del descontento en las industrias, lo comenzaron a perder, una de las razones que empujaron a Lenin y a los bolcheviques a adoptar medidas más centralizadoras, autoritarias y represivas.

La Asamblea Constituyente abrió sus sesiones en la tarde del 5 de enero de 1918 en el Palacio Táuride, lugar de reunión de la Duma en 1906, foco de poder de la revolución de febrero y donde habían nacido el Gobierno Provisional y el Sóviet de Petrogrado. Bajo la presencia armada de marinos y de la Guardia Roja, los bolcheviques —que solo tenían unos 170 delegados de los 705— insistieron en que se aceptara el poder de los sóviets como hecho consumado. Como el resto de los delegados votó discutir el orden del día propuesto, los bolcheviques y los socialrevolucionarios de izquierda abandonaron la sesión, mientras la Asamblea procedía a declarar a Rusia una república, ratificar el armisticio con Alemania y una ley de distribución de la tierra.

Cuando al día siguiente la Asamblea iba a reunirse de nuevo, los bolcheviques ordenaron su disolución y la Guardia Roja evitó que los delegados entraran en el edificio. Las manifestaciones inmediatas contra esa orden fueron disueltas y las presiones de los socialrevolucionarios para que se volviera a convocar chocaron con la apatía popular.

Al cerrar la Asamblea Constituyente, y abandonar la democracia parlamentaria, los bolcheviques apostaron claramente por la «dictadura del proletariado». La disolución condenó la posibilidad de democracia en Rusia durante setenta años. Para Wade, marcó el final de la revolución. Los bolcheviques no serían movidos del poder por el voto: «y si no podían ser quitados del gobierno por el voto, entonces la lucha política dejaba de ser una opción y la única alternativa era la oposición armada». Solo la fuerza los podría echar. La guerra civil sería inevitable y determinaría el futuro de Rusia y de sus pueblos.

5. Los primeros disparos de la guerra civil se oyeron a comienzos de 1918 cuando algunos generales zaristas, liderados por Kornílov, Denikin, Alekséyev y Krasnov, habían empezado a reclutar fuerzas en el sur, con la ayuda de los cosacos del Don.

Los Blancos tenían con ellos desde protofascistas por la derecha a liberales y Kadetes, aunque la mayoría de ellos eran antiguos zaristas convertidos en nacionalistas rusos. Fue un ejército de oficiales y de hijos de los terratenientes desposeídos, que nunca logró atraer el apoyo de la población civil. Querían restaurar

el viejo régimen, devolver las tierras a los propietarios y no se esforzaron por atraer a los campesinos o a las minorías nacionales no rusas, cuyo apoyo era esencial, porque tampoco comprendieron que habían de forjar un nuevo Estado.

Tras duros combates y buenas dosis de terror en la retaguardia por parte de los dos bandos, incluida una sistemática persecución de judíos por parte de los Blancos y el asesinato de toda la familia real por los bolcheviques, la guerra acabó con la derrota de las fuerzas del general Wrangel, que había sucedido a Denikin como jefe del ejército Blanco, en Crimea, en noviembre de 1920. Los oficiales y soldados derrotados fueron trasladados en barcos británicos y franceses a Constantinopla y desde allí se desperdigaron por toda Europa, uniéndose al más del millón de rusos *émigrés* que habían huido de la revolución, establecidos sobre todo en Francia y Alemania, y que constituían una gran parte de la elite que había dirigido Rusia con el último zar.

La guerra civil ayudó a los bolcheviques a retener el poder al establecer una clara opción entre apoyarlos a ellos y a la revolución o a los Blancos y la contrarrevolución. Muchos de sus oponentes fueron forzados a abandonar la resistencia y ayudar a la victoria bolchevique como el menor de dos males. La guerra contra los Blancos fue la «cubierta protectora» que permitió a los bolcheviques aplastar muchas de las aspiraciones y libertades populares «en nombre de la necesidad militar y política». El Partido-Estado y el Ejército Rojo sustituyeron a las clases trabajadores como agentes de la revolución. Y los bolcheviques adoptaron la estrategia de llamar contrarrevolucionario a todo lo que se les oponía.

En el proceso de esa guerra civil, todo lo que había caracterizado a la revolución de octubre —participación activa de un movimiento popular motivado por el programa de paz, tierra y todo el poder para los sóviets— fue abandonado y ya no volvería a aparecer.

Las tensiones con los grupos que canalizaban la oposición y la resistencia, en especial con los socialrevolucionarios de Chernov, que mantenían todavía un considerable apoyo del campesinado, llevaron a los bolcheviques, muy pronto, a depender de una política de terror. Comenzó a funcionar contra los supuestos «enemigos del pueblo» y se extendió muy pronto a anarquistas, mencheviques y socialrevolucionarios. La nueva policía del Estado bolchevique, la Comisión Extraordinaria Panrusa para la lucha contra la Contrarrevolución y el Sabotaje, conocida como «Cheka», un acrónimo de las dos primeras palabras de su nombre en ruso, fue creada el 7 de diciembre de 1917, antes del inicio de la guerra civil.

Se convirtió muy pronto en uno de los órganos más poderosos del Estado. Porque la revolución bolchevique, al rechazar la democracia y verse acosada por enemigos internos y externos, tuvo que silenciar a sus críticos, eliminar toda forma de oposición política y cultural y someter a una sociedad que no podía controlar por medios pacíficos o a través de la negociación. Del sueño revolucionario se pasó pronto a la pesadilla del terror, a la coerción sobre el campesinado, a los campos de

concentración, a las ejecuciones en masa de la Cheka, a la edificación, en suma, de un Estado con un solo partido. De la autocracia del zar, quien nunca quiso ni tuvo la más mínima intención de ensanchar, con la democracia y la constitución, la base política de su sistema de dominio, se pasó en apenas tres años a la consolidación de la primera dictadura moderna del siglo XX.

La provocadora conclusión de Orlando Figes en su monumental obra es que fue «la debilidad de la cultura democrática en Rusia», consecuencia de «siglos de servidumbre y dominio autocrático», la que permitió al bolchevismo «echar raíces». Emergió una nueva autocracia, mucho más poderosa y despiadada que a la que había sustituido, un proceso subrayado por diversos historiadores y del que Richard Pipes responsabiliza a la naturaleza de la ideología marxista y al fanatismo de Lenin y de sus seguidores. El «injerto» del marxismo con el legado histórico ruso de «patrimonialismo» dio como resultado, según su interpretación, el «totalitarismo». Y los partidos totalitarios, añade ese historiador norteamericano, no compiten con sus rivales, «sino que los liquidan».

Pero para ver cómo y por qué los bolcheviques bloquearon la consolidación de esa democracia popular tal y como había sido concebida por las masas en 1917, tema esencial de parte de la reciente historiografía, conviene recurrir de nuevo a ese concepto de «crisis continua» y de «caleidoscopio» de revoluciones. En síntesis, la revolución de febrero significó la destrucción del viejo orden y la creación de los sóviets como expresión del poder de las masas. La segunda revolución, la de octubre, se plasmó inicialmente en la democracia directa sin compromisos con las clases propietarias y en la inmediata ejecución del programa popular sobre la tierra, la paz y el control obrero de las industrias.

Según Wildman, el avance de los bolcheviques a la cima de la revolución y la conversión de esa en una dictadura de un solo partido formaron parte de un proceso de largo alcance ocurrido durante la guerra civil, posible también por la quiebra de sus rivales políticos, incapaces de responder a la determinación de campesinos y obreros armados de consumar la revolución que habían iniciado.

En principio, si aceptamos la interpretación comparada que utiliza Holquist, no había nada «específicamente ruso» en esas acciones de masas violentas. Todos los contendientes de la Primera Guerra Mundial las habían utilizado. Lo peculiar de Rusia fue la incorporación posterior de esas prácticas al escenario político interno, durante la serie de sucesivas guerras civiles.

El régimen bolchevique sería de esa forma mucho más similar de lo que entonces pareció a otros Estados europeos movilizados durante la Gran Guerra. La diferencia fue que la Rusia soviética continuó con esas prácticas de guerra en tiempos de paz, absorbiéndolas como parte de su aparato de Estado ordinario. El Estado y la sociedad soviéticos nunca se separaron de la «movilización total» y fue eso lo que, después de 1921, les hizo diferentes a otras naciones europeas. Rusia había estado en guerra desde 1914, pero solo como resultado de los acontecimientos de 1917 la violencia se

convirtió en un «rasgo constitutivo de la vida política cotidiana». Todas las formas de violencia, roja y blanca, estaban inextricablemente entrelazadas, surgidas de la marea sucesiva de guerra mundial, revoluciones y guerras civiles.

Esa revolución, frente a lo que pensaban los bolcheviques, no pudo extenderse al resto de Europa, pese al ensayo de República soviética puesta en marcha durante unos meses de 1919 por Béla Kun en Hungría, echada abajo por los terratenientes y el ejército rumano. Los Poderes Centrales habían sido destruidos y sufrieron el trauma de la derrota, pero lo primero que hicieron los regímenes democráticos que emergieron de las cenizas de los imperios alemán y austríaco fue buscar rápidamente la paz y no tuvieron, por lo tanto, que enfrentarse a las tensiones de seguir combatiendo una guerra.

Las clases trabajadores de esos países, por otro lado, tenían enfrente poderosos grupos contrarrevolucionarios y los movimientos socialdemócratas que representaban sus intereses estaban ya mucho más inclinados a aceptar la democracia y el parlamentarismo. Los campesinos, además, habían accedido ya a la tierra y, con alguna excepción como en el valle del Po o en Andalucía, donde había todavía una masa de jornaleros sin tierra, los pequeños propietarios rurales defendieron posiciones conservadoras y ya estaban bastante alejados de la revolución y del socialismo antes de la Primera Guerra Mundial. Las condiciones esenciales que pudieron favorecer la revolución en Rusia no estaban disponibles, por consiguiente, en los otros países y la Rusia bolchevique quedó en un estado de sitio, «el socialismo en un solo país», que se convirtió en la verdadera anomalía doctrinal, política y económica en la Europa de ese momento.

Durante una buena parte del siglo XX, como nos recuerdan Reinhart Koselleck y David Armitage, la secuencia de grandes revoluciones —norteamericana, francesa, rusa y china— se vio como «el hilo escarlata» de la modernidad. Frente a las memorias destructivas de las guerras civiles, las revoluciones eran momentos esenciales en la liberación progresiva de la humanidad, una idea que ya había surgido en el siglo XVIII.

Desde 1989, sin embargo, con el derrumbe del comunismo, el triunfo del neoliberalismo y la creciente preocupación por los derechos humanos, resulta ya más difícil ver esas revoluciones, y especialmente la bolchevique en Rusia, sin una conciencia de la espantosa violencia que las acompañó. Se sigue hablando de revoluciones, pero, en palabras de Arno Mayer, como «celebración de revoluciones esencialmente incruentas por los derechos humanos, la propiedad privada y el capitalismo de mercado».

Más allá de consideraciones morales, este libro ha tratado de explicar las contradicciones y la complejidad de ese «continuum» de crisis que sacudió a Rusia desde 1914 a 1921, con las dos revoluciones de 1917 en el centro del análisis. Cien años después.

Cronología

Hasta el 31 de enero de 1918, las fechas se indican en el calendario Juliano.

1861 19 de febrero: Alejandro II promulga la abolición de la servidumbre.

1864 Creación de los *zemstvos*, consejos locales elegidos por los campesinos pero controlados por los nobles.

1881 1 de marzo: asesinato del zar Alejandro II mediante una bomba por parte del grupo terrorista Naródnaya Volia (La voluntad del pueblo).

1891-1892 Hambruna en Rusia: alrededor de medio millón de muertos.

1894 20 de octubre: Nicolás II (n. 1868) accede al trono ruso tras la muerte de su padre Alejandro III.

1898 Fundación del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POSDR) en un primer congreso en Londres.

1899 Febrero-marzo: huelga de estudiantes universitarios.

1901 Fundación del Partido Social-Revolucionario, procedente del populismo y liderado por Víctor Chernov.

1902 Publicación en San Petersburgo de *Los protocolos de los Sabios de Sión*, panfleto antisemita escrito por miembros de la *Ojrana* y el ejército.

Febrero: Lenin publica su texto político ¿*Qué hacer*?

1903 Julio-agosto: escisión del POSDR entre mencheviques (minoritarios) y bolcheviques (mayoritarios) durante el II Congreso del partido en Bruselas.

20-22 de julio: fundación de la Unión de Liberación, de orientación liberal.

1904 8 de febrero: ataque japonés a Port Arthur, hecho que provoca la guerra contra Rusia.

1 de mayo: victoria japonesa en la batalla del río Yalu.

15 de julio: asesinato del ministro del Interior, Viacheslav von Pleve.

10 de agosto: batalla naval del Mar Amarillo, sin victoria parta ninguno de los dos bandos.

12 de agosto: nace el zarévich, Alexéi, enfermo de hemofilia.

6-9 de noviembre: Primer Congreso de los *zemstvos* en San Petersburgo.

20 de diciembre: Port Arthur se rinde al ejército japonés.

1905 7-8 de enero: huelga de los obreros de la industria en San Petersburgo.

9 de enero, «Domingo Sangriento»: manifestación de 150 000 personas frente al Palacio de Invierno, que es reprimida por el ejército, causando 200 muertos y 800 heridos.

18 de enero: el Gobierno autocrático promete la convocatoria de una Duma.

10 de marzo: tras una batalla de veinte días, los japoneses ocupan Mukden, en Manchuria.

18 de marzo: se cierran las universidades para lo que queda de año académico.

Abril: Segundo Congreso de los *zemstvos*, que pide una Asamblea Constituyente.

14 de mayo: derrota naval rusa en la batalla de Tsushima. Finales de junio: motín del acorazado *Potemkin* en Odesa.

6 de agosto: se anuncia la convocatoria de la Duma.

5 de septiembre: firma del Tratado de paz de Portsmouth entre rusos y japoneses.

12 de octubre: fundación del Partido Democrático Constitucional o Kadete (por sus siglas en ruso, KD), liberal.

13 de octubre: se forma el Sóviet de San Petersburgo.

17 de octubre: Nicolás II firma el Manifiesto de Octubre, elaborado por Serguéi Witte, y que otorga libertades civiles a la población.

6 de noviembre: Witte es designado primer ministro.

1906 4 de marzo: Witte dimite como primer ministro.

26 de abril: se designa a Piotr Stolypin como ministro de Interior.

27 de abril: inauguración de la Primera Duma por el zar y la zarina.

8 de julio: clausura de la Duma.

21 de julio: el zar designa primer ministro a Stolypin.

Agosto: Stolypin promulga unas leyes agrarias.

1907 20 de febrero: se inaugura la Segunda Duma.

2 de junio: disolución de la Segunda Duma.

7 de noviembre: la Tercera Duma inicia sus sesiones, que se mantendrán intermitentes hasta junio de 1912.

1911 1 de septiembre: atentado contra Stolypin, que fallece el día 5.

1912 4 de marzo: matanza de 270 obreros de las minas de oro de Lena, en Siberia, y en huelga desde el 13 de abril. Mayo: se inicia la publicación del periódico bolchevique *Pravda*.

15 de noviembre: se inaugura la Cuarta Duma.

1913 21 de febrero: se conmemora el tercer centenario de la llegada al trono de la dinastía Románov.

1914 28 de junio: asesinato del archiduque Francisco Fernando, heredero del imperio austrohúngaro, y de su esposa, Sofía Chotek, en Sarajevo.

17 de julio: Nicolás II aprueba la movilización general del ejército ruso.

2 de agosto: Rusia declara la guerra a Alemania y Austria-Hungría.

Agosto: la Duma acuerda voluntariamente su disolución hasta el fin de la guerra.

26-30 de agosto: derrota rusa en la batalla de Tannenberg o de los Lagos Masurianos.

3 de septiembre: el ejército ruso ocupa Lviv, capital de la Galitzia austriaca.

1915 15 de abril: ofensiva alemana en la Polonia rusa.

11 de junio: destitución del ministro de la Guerra, Vladímir Sukhomlinov.

19 de julio: se convoca de nuevo la Duma. Los rusos evacuan Varsovia.

6 de agosto: Nicolás II depone a su primo, el Gran Duque Nicolás («Nikolasha»), del mando supremo del ejército, que asume él mismo en

Maguilov, sede de la Stavka (cuartel general).
3 de septiembre: se prorroga la Duma.

1916 22 de mayo: inicio de la ofensiva de Brusílov.
1 de noviembre: nueva convocatoria de la Duma.
8 de noviembre: destitución del primer ministro, Boris Stürmer.
16 de diciembre: asesinato de Rasputín, a manos del Príncipe Félix Yusúpov y Vladímir Purishkévich.

1917 9 de enero: huelga de 186 000 obreros en San Petersburgo.
14 de febrero: manifestación obrera organizada por los partidos socialistas. Convocatoria de la Duma.
23 de febrero: manifestación de obreros en Petrogrado, en ocasión del Día Internacional de la Mujer Trabajadora.
24-25: manifestaciones obreras en la capital.
26 de febrero: el ejército ocupa Petrogrado. Conflictos con los huelguistas, que causan decenas de muertos.
27 de febrero: motín del regimiento Pavlovsky. Por la noche se organiza el Sóviet de Petrogrado.
28 de febrero: por la mañana se organiza un comité provisional en la Duma. Primera sesión plenaria del Sóviet de Petrogrado. Disturbios en Moscú.
1 de marzo: Nicolás II llega a Pskov, tras detenerse el tren imperial. El Sóviet de Petrogrado emite la «Orden N.º 1».
Marzo-octubre: alrededor de un millón de soldados desertan en el ejército ruso.
2 de marzo: formación del Gobierno Provisional bajo la presidencia del Príncipe Gueorgui Lvov. Nicolás II abdica en su nombre y en el del zarévich Alexéi. Miguel II, hermano de Nicolás, es zar por unas horas.
3 de marzo: Miguel II abdica. Se aprueba el arresto de la familia imperial.
4 de marzo: El Gobierno Provisional decreta la abolición de la policía.
8 de marzo: Nicolás II y su familia parten hacia Tsárskoye Seló.
14 de marzo: «Llamamiento a los Pueblos del Mundo» por parte de los sóviets para una «paz sin anexiones o indemnizaciones».
20 de marzo: Tsereteli llega a Petrogrado de su exilio en Siberia. Al día siguiente, junto con los «revolucionarios defensistas» establece el liderazgo del Sóviet de Petrogrado.
27 de marzo-3 de abril: viaje de Lenin a Petrogrado en un tren «sellado» por el Gobierno alemán.
4 de abril: Lenin proclama sus *Tesis de abril*.
20 de abril: Pável Miliukov (Kadete), ministro de Asuntos Exteriores, anuncia que el Gobierno Provisional acepta continuar en la guerra con sus aliados británico y francés. 21 de abril: primera gran manifestación bolchevique en Petrogrado y Moscú.
5 de mayo: formación de una coalición de liberales y socialrevolucionarios en el

Gobierno Provisional, bajo la presidencia de Lvov. Aleksandr Kérenski, ministro de la Guerra.
Finales de mayo: existen en Rusia unos 700 sóviets, cifra que había aumentado a 1500 en octubre.
3 de junio: se inaugura el Primer Congreso de Sóviets de Todas las Rusias, con sesiones hasta el día 24.
10 de junio: los bolcheviques rechazan dar un golpe contra el Gobierno.
18 de junio: el alto mando militar ruso lanza una ofensiva militar en el frente que fracasa.
29 de junio: Lenin huye a Finlandia.
1 de julio: el Gobierno Provisional ordena el arresto de los líderes bolcheviques.
3-5 de julio: manifestaciones en las calles; golpe bolchevique, fracasado. Lenin se exilia a Helsinki, donde llega el día 8.
7 de julio: dimisión del Príncipe Lvov como primer ministro. Kérenski lo sustituye el día 11.
18 de julio: el general Lavr Kornílov es designado comandante en jefe del ejército ruso.
20 de julio: el Gobierno Provisional concede el derecho al voto a las mujeres.
9 de agosto: se convocan elecciones a la Asamblea Constituyente (12 de noviembre).
20-21 de agosto: los rusos abandonan Riga, que cae en manos alemanas.
25 de agosto: Kornílov ordena el traslado de tropas del frente a la capital.
26-27 de agosto: intentona golpista de Kornílov, que fracasa; Kérenski lo destituye.
28 de agosto: el Gobierno libera a los bolcheviques detenidos tras el golpe de julio.
4 de septiembre: Trotski es liberado de la prisión.
12-14 de septiembre: Lenin escribe al Comité Central del Partido Bolchevique que es hora de tomar el poder. 25 de septiembre: Trotski es elegido presidente del Sóviet de Petrogrado. Kérenski forma un tercer Gobierno de Coalición.
26 de septiembre: se reúne (convoca) el Segundo Congreso de Sóviets de Todas las Rusias para el 20 de octubre.
Finales de septiembre: los alemanes ocupan las islas del golfo de Riga, poniendo en peligro Petrogrado.
6 de octubre: Kérenski ordena el traslado al frente de la mitad de las tropas acantonadas en Petrogrado.
9 de octubre: como reacción a Kérenski, y ante las presiones bolcheviques, el Sóviet de Petrogrado forma el Comité Militar Revolucionario (CMR) para defender la capital.
10 de octubre: Lenin regresa a Petrogrado.
17 de octubre: se pospone el Segundo Congreso de Sóviets hasta el día 25.

21 de octubre: el CMR anuncia que no serán válidas las órdenes militares que no estén firmadas por el Comité. 24-25 de octubre: tras algunos movimientos en los días previos, los bolcheviques ocupan Petrogrado. Kérenski abandona el Palacio de Invierno para buscar apoyo militar. Lenin declara la deposición del Gobierno Provisional y la toma de poder por el Sóviet de la capital. En Moscú el Sóviet forma un Comité Militar Revolucionario.

25-26 de octubre: arresto de los ministros del Gobierno Provisional. Los bolcheviques inauguran el Segundo Congreso de los Sóviets, donde son mayoría, y lo aplazan hasta el 27. Se aprueba la censura de la prensa. Se forma el Consejo de los Comisarios del Pueblo (*Sovnarkom*), presidido por Lenin.

27 de octubre: el Gobierno bolchevique anuncia que promulgará leyes sin necesidad de aprobación por parte del Comité Ejecutivo Central del Sóviet. Un decreto establece la censura de prensa.

27-30 de octubre: Kérenski, con la ayuda del general Krasnov, fracasa en una ofensiva para retomar la capital y huye. 26 de octubre-2 de noviembre: el poder soviético comienza a extenderse por el antiguo imperio, con victoria el 2 de noviembre en Moscú.

9 de noviembre: los bolcheviques solicitan un armisticio militar que sus aliados rechazan.

12 de noviembre: se inician las elecciones a la Asamblea Constituyente, en las que los socialrevolucionarios y mencheviques de izquierda consiguen la mayoría de votos.

20 de noviembre-2 de diciembre: primeras negociaciones de un armisticio en Brest-Litovsk.

22 de noviembre: creación de los tribunales de revolucionarios.

23 de noviembre: los rusos acuerdan un armisticio con Alemania y Austria-Hungría.

Noviembre-enero de 1918: amplias confiscaciones de tierras, especialmente en la Rusia central.

2 de diciembre: Armisticio con Alemania y AustriaHungría, cesan las hostilidades militares.

7 de diciembre: se crea la Cheka (*Chrezvycháinaya Komíssiya* o Comisión Extraordinaria).

12 de diciembre: los socialrevolucionarios de izquierda aceptan entrar en el *Sovnarkom*.

16-18 de diciembre: decretos sobre divorcio y matrimonio-registro civil.

27 de diciembre: Trotski asume la presidencia de la delegación rusa en Brest-Litovsk.

30 de diciembre: Alemania y Austria-Hungría reconocen a la Rada ucraniana como gobierno de la región.

1918 1 de enero: atentado contra Lenin.

5 de enero: se inaugura la Asamblea Constituyente, clausurada al día siguiente por la fuerza.

8 de enero: se convoca el Tercer Congreso de los Sóviets.

15 de enero: el *Sovnarkom* crea el Ejército Rojo. 28 de enero: la Rada proclama la independencia de Ucrania.

18 de enero: ante la negativa rusa a sus exigencias, los alemanes retoman la ofensiva contra Rusia.

23 de febrero: Lenin fuerza al Comité Central del partido la aceptación de las condiciones de paz alemanas.

3 de marzo: firma del Tratado de Brest-Litovsk.

6-8 de marzo: Séptimo Congreso del Partido Bolchevique.

9 de marzo: desembarcan tropas aliadas en Múrmansk. 12 de marzo: el Gobierno soviético traslada la capital de Petrogrado a Moscú.

4 de abril: tropas japonesas ocupan Vladivostok.

13 de abril: muerte de Kornílov, líder del Ejército de Voluntarios (Blancos); le sustituye el general Denikin.

22 de abril: la Federación Transcaucásica proclama su independencia.

26-30 de abril: la familia imperial es trasladada bajo escolta a Ekaterimburgo.

13 de mayo: el Gobierno bolchevique declara la guerra al «campesinado burgués».

Mayo-junio: elecciones a los sóviets urbanos, donde los bolcheviques pierden la mayoría.

2 de julio: huelga en Petrogrado contra los bolcheviques, que fracasa.

4 de julio: se inaugura el Quinto Congreso de los Sóviets en Moscú y se aprueba la Constitución soviética. 6 de julio: los socialrevolucionarios de izquierdas se rebelan en Moscú.

7-10 de julio: los socialrevolucionarios lanzan una insurrección contra los bolcheviques en Moscú pero fracasan.

Noche del 16 al 17 de julio: asesinato de Nicolás II, la zarina y sus cinco hijos en Ekaterimburgo.

1 de agosto: desembarcan tropas aliadas en Arcángel.

30 de agosto: atentado contra Lenin, herido de gravedad. 5 de septiembre: masacre de prisioneros y rehenes en toda Rusia por parte de los bolcheviques. Comienza el Terror Rojo.

13 de noviembre: tras el armisticio de Compiègne, que pone fin a la Primera Guerra Mundial, el Gobierno bolchevique declara no válido el Tratado de Brest-Litovsk.

1919 Marzo: el Partido Bolchevique se refunda como Partido Comunista.

1918-1923 Guerra civil en Rusia.

1922 30 de abril: se crea la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

1924 21 de enero: muerte de Lenin.

Comentario bibliográfico[4]

Una buena colección de ensayos, organizados en diferentes secciones, desde los principales acontecimientos y actores a las líneas de investigación más novedosas, escritos por algunos de los principales especialistas, se encuentra en Edward Acton, Vladimir Iu. Cherniaev y William G. Rosenberg, *Critical Companion to the Russian Revolution 1914-1921*, Indiana University Press, Bloomington, 1997. A Edward Acton debemos una perspicaz aproximación, de las primeras, a las diferentes interpretaciones de las revoluciones, *Rehtinking the Russian Revolution*, Arnold, Londres, 1990.

Muy útil como referencia general es *The Blackwell Encyclopedia of the Russian Revolution*, coordinada por Harold Shukman (Blackwell Reference, Oxford, 1988). Shukman es también el autor de una introducción básica, *The Russian Revolution*, Sutton, Stroud, 1998. He utilizado mucho para este libro la compilación de artículos, publicados ya anteriormente en diferentes lugares, que hizo Martin A. Miller, *The Russian Revolution. The Essential Readings*, Blackwell, Oxford, 2001; y la de E. R. Frankel *et al*. (eds.), *Revolution in Russia: Reassessments of 1917*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992.

Obras generales sobre el siglo XX o el período soviético son Robert Service, *A History of the Twentieth-Century Russia*, Penguin Books, Londres, 1998 (traducción al castellano en Crítica, Barcelona, 2000); Peter Kenez, *A History of the Soviet Union from the Beginning to the End*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999 (actualizada con el cambio del título en su parte final, «from the Beginning to Its Legacy», en 2017); y, la más provocadora y abierta a la discusión, de Martin Malia, *The Soviet Tragedy: A History of Socialism in Russia, 1917-1991*, The Free Press, Nueva York, 1996. En castellano puede verse Carlos Taibo, *Historia de la Unión Soviética: 1917-1991*, Alianza, Madrid, 2010.

Una de las primeras monografías sobre el sustrato social de la revolución fue la de John L. H., Keep *The Russian Revolution: A Study of Mass Mobilization*, Norton, Nueva York, 1976. Un ensayo interpretativo, síntesis, desde la historia social, con varias revisiones y ampliaciones posteriores, es el de Sheila Fitzpatrick, *The Russian Revolution, 1917-1932*, Oxford University Press, Oxford, 1982 (hay edición en castellano en Siglo XXI, Buenos Aires, 2005). Más sintética y útil para estudiantes es la de Robert Service, *The Russian Revolution 1900-1927*, Humanities Press International, Atlantic Highlands, NJ, 1986. También Anthony Wood, *The Russian Revolution*, Longman, Londres, 1986. Ya superada por la más recientes aportaciones,

pero muy influyente durante mucho tiempo, fue la obra de Edward H. Carr, *A History of Soviet Union: The Bolshevik Revolution, 1917-1923*, 3 volúmenes, Macmillan, Londres, 1950-1953 (del resumen que hizo de toda su historia de la Rusia Soviética hay edición en Alianza, 1979).

Una detallada investigación, de referencia obligada para las visiones más conservadoras y antibolcheviques, es la de Richard Pipes, *The Russian Revolution*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1990 (edición en castellano en Debate, 2016). Su visión, acusación más que análisis, sobre la «fanática» *intelligentsia* y la revolución de octubre como un golpe de Estado está bien resumida en *A Concise History of the Russian Revolution*, Vintage Books, Nueva York, 1996, y, de forma más esquemática, en *Three «Whys» of the Russian Revolution*, Vintage Books, Nueva York, 1997.

Brillante y monumental, porque abarca desde la hambruna de 1891, más allá del inicio del reinado de Nicolás II, es la obra de Orlando Figes, *A People's Tragedy: The Russian Revolution 1891-1924*, Penguin, Londres, 1996 (edición en castellano Edhasa, Barcelona, 2000). Figes es uno de los autores que, siguiendo una combinación de enfoques posmodernistas, culturales y sociales, más ha aportado sobre símbolos y lenguajes de la revolución. Una de sus primeras aproximaciones, «The Russian Revolution of 1917 and its Language in the Village», *Russian Review*, 56 (julio de 1997), pp. 323-345. Interpretación cultural y posmodernista era también la del ya fallecido Richard Stites, *Revolutionary Dreams: Utopian Vision and Experimental Life in the Russian Revolution*, Oxford University Press, Nueva York, 1989.

A comienzos de la década de los ochenta S. A. Smith revisó, desde postulados que conectaban con la historia social marxista británica, y especialmente con los trabajos de E. P. Thompson, los argumentos clásicos sobre las actividades políticas radicales de las clases trabajadoras: *Red Petrograd: Revolution in the Factories 1917-1918*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983. Sus preocupaciones por las teorías y la historia comparada las plasmó Smith en *Revolution and the People in Russia and China: A Comparative History*, Cambridge University Press, Cambridge, 2008. Es también el autor de una síntesis en la que incorporó nuevas narraciones e interpretaciones, *The Russian Revolution. A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Oxford, 2002.

Junto a la breve historia de Smith, las monografías más novedosas, más recomendadas por mí y que más he utilizado, son Rex A. Wade, *The Russian Revolution, 1917*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000 (segunda edición, ampliada, en 2005), y Chistopher Read, *War and Revolution in Russia, 1914-22. The Collapse of Tsarism and the Establishment of Soviet Power*, Palgrave Macmillan, Houndmills, Basingstoke, Hampshire, 2013. El libro de Wade se centra solo en 1917,

y finaliza su narración con el cierre de la Asamblea Constituyente en enero de 1918, mientras que Read le da mucha importancia a la quiebra del imperio a causa de la Primera Guerra Mundial y a la guerra civil como fenómeno que permitió la consolidación del poder bolchevique. Lo que hace Read, en realidad, es seguir el camino marcado por Peter Holquist sobre cómo las revoluciones rusas, en su gestación y consecuencias, formaron parte de un proceso europeo más amplio, *Making War, Forging Revolution. Russia's Continuum of Crisis, 1914-1921*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 2002. Aunque la investigación original de Holquist está centrada en la región del Don y en las relaciones entre los cosacos, los campesinos y el poder administrativo, mantiene un excelente hilo conductor de historia interpretativa y comparada que he reconocido, y del que he dependido, en algunas partes de este libro.

La obra clásica de Theda Skocpol que se cita en la introducción es *States and Social Revolutions. A Comparative Analysis of France, Russia and China*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979 (versión en castellano en Fondo de Cultura Económica, México, 1984).

El primer capítulo sobre la autocracia zarista debe bastante a las obras citadas de Figes, Acton (*Rethinking*), la *Blackwell Encyclopedia*, Service (el siglo XX); a Hans Rogger, *Russia in the Age of Modernization and Revolution, 1881-1917*, Longman, Londres, 1983 (he utilizado la edición de 1990); y a Geoffrey Hosking, *Russia: People and Empire, 1552-1917*, Harvard University Press, Cambridge, Mass, 1997. Sobre el fundamental tema del ejército imperial ruso y de su quiebra durante la Primera Guerra Mundial, tratado ampliamente en el segundo capítulo del libro, hay que ver a Allan K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, 2 volúmenes, Princeton University Press, Princeton, 1980-1987. Sobre 1905 está la monumental y clásica obra de Abraham Ascher, *The Revolution of 1905*, 2 volúmenes, Stanford University Press, Stanford, Calif., 1988-1992.

Además de la obra básica de Wildman, los principales trabajos que aparecen citados en el capítulo sobre la Primera Guerra Mundial son Peter Gatrell, *A Whole Empire Walking: Refugees in Russsia during World War I*, Indiana University Press, Bloomington, 1999, y la investigación sobre las *Soldatki* de Sarah Badcock, «Women, Protest, and Revolution: Sodiers' Wives in Russia during 1917», *International Review of Social History*, 49 (2004), pp. 47-70. Debe verse también Bruce W. Lincoln, *Passage Through Armageddon: The Russians in War and Revolution, 1914-1918*, Simon &Schuster, Nueva York, 1986. La referencia de Ruth Henig, *The Origins of the Second Warld War*, Methuen, Londres, 1985, y *Vesailles and After 1919-1933*, Routledge, Londres, 1995. La de Christopher Clark, *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914*, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2014.

Para las mujeres, un tema que aparece en varios capítulos del libro, he utilizado Richard Stites, *The women's liberation movement in Russia: feminism, nihilism, and bolshevism, 1860-1930*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1978; Linda Harriet Edmonson, *Feminism in Russia, 1900-1917*, Standford University Press, Stanford, Calif., 1984; Barbara Evans Clements, *Bolshevik women*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997, quien resume su tesis en «Boshevik Women», en Martin Miller (ed.), *The Russian Revolution*, pp. 182-205; y Anna Hillyar y Jane McDermid, *Revolutionary Women in Russia 1870-1917: A Study in Collective Bography*, Manchester University Press, Mánchester, 2000. La tesis doctoral de Hillyar está disponible en la web, y la he utilizado: «Revolutionary Women in Russia 1870-1917: a prosopographical study», Department of History, Faculty of Arts, University of Southampton, mayo de 1999, 226 páginas. Barbara Evans Clements tiene también un excelente artículo «Working-Class and Peasant Women in the Russian Revolution, 1917-1923», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 8, 2 (1982), pp. 215-235, y una pionera biografía *Bolshevik feminist: the life of Aleksandra Kollontai*, Indiana University Press, Bloomington, 1979.

La edición de la correspondencia entre el zar y la zarina que he manejado, una fuente imprescindible para el análisis del poder autocrático y de la actuación de los monarcas durante la Primera Guerra Mundial, es *The Nicky-Sunny Letters: Correspondence of the Tsar and the Tsaritsa 1914-1917*, Academic International, Hattiesburg, Miss., 1970. Las cartas fueron encontradas en una caja negra en la última prisión de la familia real en Ekaterimburgo tras su asesinato. La zarina le escribió al zar 630 cartas, 230 desde el período en que se conocieron hasta 1914, y el resto desde el estallido de la Gran Guerra hasta el asesinato de Rasputín.

El trabajo de Eduard Nikoláyevich Burdzhálov citado en el capítulo tercero es *Russia's second revolution: the February 1917 uprising in Petrograd*, Indiana University Press, Bloomington, 1987. De los relevantes trabajos de Ronald Grigor Sunny sobre el nacionalismo y la revolución en Rusia he utilizado «Nationality and Class in the Russian Revolutions of 1917: A Reexamination of Social Categories», en Nick Lampert y Gabor Rittersporn (ed.), *Stalinism. Its Nature and Aftermath: Essays in Honour of Moshe Lenin*, M. E. Sharpe, Armonk, 1992, pp. 211-241.

El campesinado fue durante mucho tiempo un tema despreciado en la mayoría de los estudios sobre las revoluciones de 1917, con la historiografía más interesada en general en el papel de la *intelligentsia* y de los obreros. En las últimas décadas, los historiadores han situado al campesinado en el centro de la narración. Abrió muchos caminos la obra de Teodor Shanin, *The Awkard Class: Political Sociology of the Peasantry in a Developing Society. Russia 1900-1925*, Oxford University Press, Oxford, 1972 (edición en castellano en Alianza, Madrid, 1983). Además de los

trabajos citados de Figes, especialmente el dedicado al lenguaje de la revolución, los libros de Holquist, Wade, Read y Smith son claros ejemplos de esa nueva historiografía. He utilizado sobre todo Aaron B. Retish, *Russia's Peasants in Revolution and Civil War: Citizenship, Identity, ande the Creation of the Soviet State, 1914-1922*, Cambridge University Press, Cambridge, 2008, y Jonh Channon, «The peasantry in the revolutions of 1917», en E. R. Frankel *et al*. (eds.), *Revolution in Russia: Reassessments of 1917*, pp. 105-130.

El trabajo citado de E.P. Thompson sobre los motines de subsistencia es su clásico «La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII», en *Tradición, revuelta y consciencia de clase*, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 62-134. El de Eric R. Wolf, *Las luchas campesinas del siglo XX*, Siglo XXI, México, 1979. Y el de James C. Scott, *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*, Yale University Press, New Haven, 1985.

Sobre los bolcheviques y la revolución de octubre, además de la obra ya citada de S. A. Smith, he seguido a Robert Service, *The Bolshevik Party in Revolution: A Study in Organisational Change, 1917-1923*, Londres, 1979; William Rosenberg, «Russian Labor and Bolshevik Power: Social Dimensions of Protest in Petrograd after October», en Martin Miller (ed.), *The Russian Revolution*, pp. 151-179; Vladimir N. Brovkin, *The Bolsheviks in Russian society: the revolution and civil wars*, Yale University Press, New Haven, Conn., 1997; y, sobre todo, Alexander Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power: The Revolution of 1917 in Petrograd*, Norton, Nueva York, 1978.

Un excelente análisis comparado es el de Arno Mayer, *The Furies: Violence and Terror in the French and Russian Revolution*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 2001 (versión en castellano en Prensas Universitarias de Zaragoza, 2014). Sobre los socialrevolucionarios es básica la obra de Michel Melancon, *The socialist revolutionaries and the Russian anti-war movement, 1914-1917*, Ohio University Press, Columbia, 1990. En *Critical Companion to the Russian Revolution* hay buenos capítulos sobre los anarquistas, los Kadetes y los mencheviques. He usado también Michael Malet, *Nestor Makhno in the Russian Civil War*, Macmillan, Londres, 1982. La mayor parte de la obra de Vladímir Buldakov no está traducida. He leído su artículo «Revolution or Crisis of Empire», *Bulletin of Aberdeen Center for Soviet and East European Studies*, 4 (junio de 1993) y la explicación sobre sus tesis que ofrece S. A. Smith en «The Historiography of the Russian Revolution 100 Years On», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, vol. 16, n.º 4, Fall 2015, pp. 737-738.

Una detallada investigación sobre el terror bolchevique es la de George Leggett, *The Cheka: Lenin's political police: the all-Russian extraordinary commission for*

combating counter-revolution and sabotage, December 1917 to February 1922, Oxford University Press, Oxford, 1981. Una excelente indagación en la violencia se encuentra en Peter Holquist, «Violent Russia, Deadly Marxism? Russia in the Epoch of Violence, 1905-21», *Kritika: Explorations in Russian and Eurosian History*, 4 (3), Summer 2003, pp. 637 652. Sobre la relación entre los bolcheviques y los trabajadores, en la transición de la revolución a la dictadura de un solo partido, puede verse Simon Pirani, *The Russian Revolution in Retreat, 1920-1924. Soviet workers and the new communist elite*, Routledge, Londres, 2008.

Para la guerra civil, o sucesivas guerras civiles, deben verse las obras citadas de Holquist y Read. Aproximaciones de algunos de los principales especialistas en Diane P. Koenker, William G. Rosenberg y Ronald Grigor Suny (eds.), *Party, State, and Society in the Russian Civil War*, Indiana University Press, Bloomington, 1989.

Como puede comprobarse, en la narración de este libro se da bastante espacio a las vidas y acciones de algunos de los personajes más relevantes de Rusia, desde el zar Nicolás II a los dirigentes de las revoluciones. Sobre el último zar, Dominic C. B. Lieven *Nicholas II: Emperor of all the Russias*, John Murray, Londres, 1993 (publicado al año siguiente en St. Martin's Press, Nueva York, como *Nicholas II: twilight of the empire*). Hay excelentes biografías, muchas, breves y precisas, en *The Blackwell Encyclopedia of the Russian Revolution*. En *Critical Companion to the Russian Revolution 1914-1921* hay biografías de Chernov, Kérenski, Lenin, Mártov, Miliukov, Nicolás II, Spiridónova, Trotski, Tseretely y de los principales generales del Ejército Blanco.

Sobre Lenin, he utilizado Robert Service, *Lenin: a political life*, Macmillan, Londres, 1985; y de forma más extensa, Christopher Read, *Lenin: a revolutionary life*, Routledge, Londres, 2005. Sobre Trotski resulta esencial Robert Service, *Trotsky: a biography*, Macmillan, Londres, 2009. La información sobre Spiridónova está sacada de la tesis ya citada de Anna Hillyar y de la breve biografía que le dedica Alexander Rabinowitch en *Critical Companion to the Russian Revolution 1914-1921*, pp. 182-187.

La referencia de David Armitage que aparece en la conclusión es «Every Great Revolution is a Civil War», en Keith Michael Baker y Dan Edelstein (eds.), *Scripting Revolution: A Historical Approach to the Comparative Study of Revolutions*, Standford University Press, Stanford, 2015, pp. 57-68. La de Reinhart Koselleck en «Historical Criteria of the Modern Concept of Revolution», en *Futures Past: On the Semantics of Historical Time*, Columbia University Press, Nueva York, 2004, pp. 46-49 (primera edición en The MIT Press, Cambridge, Mass., 1985; hay traducción en castellano en Paidós Ibérica, Barcelona, 1993). La cita de Hannah Arendt que aparece al final del «Epílogo» está sacada de «On Violence», en *Crises of the Republic*,

Harcourt Brace, Nueva York, 1972, p. 154.

Dramatis personae



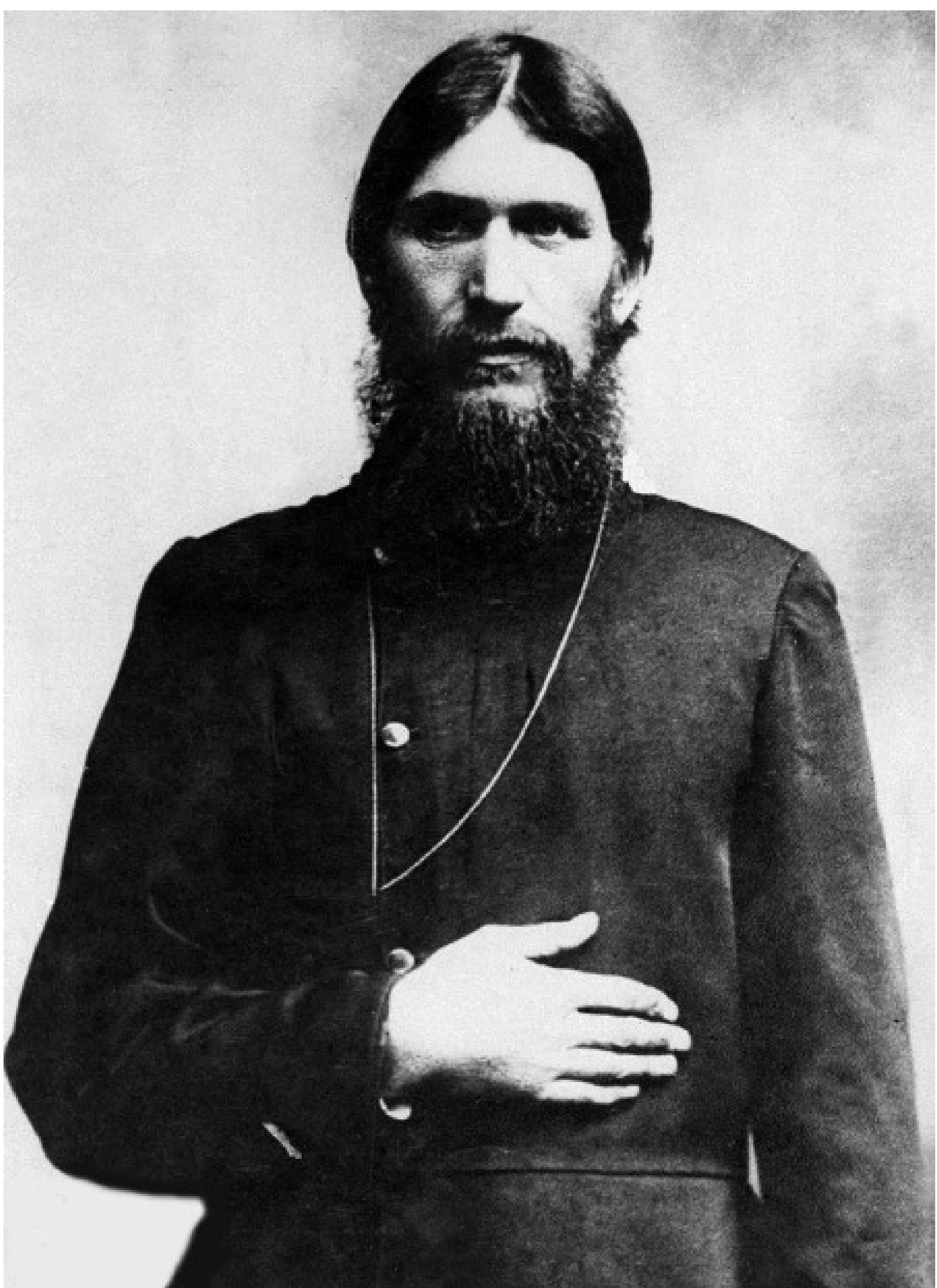
Nicolás II (1868-1918). Nicolás II subió al trono a los 26 años, tras la muerte de su padre, Alejandro III, en noviembre de 1894. Al igual que antes había hecho su padre, se sintió amenazado por la modernidad e intentó parar el reloj de la historia, manteniendo los principios de la autoridad personal y de su poder absoluto en la Corte. La participación del imperio ruso en la Primera Guerra Mundial fue desastrosa, desacreditó a la monarquía y provocó un deterioro sin precedentes de la economía y del modo de vida de los ciudadanos y acabó con ella. El

zar tuvo que abdicar el 2 de marzo de 1917.



Alejandra Fiódorovna Románova (1872-1918). Hija del Gran Duque de Hesse-Darmstadt y de la princesa Alice de Inglaterra, había sido criada y educada en Inglaterra por su abuela la reina Victoria y era totalmente ajena a la cultura y a las costumbres rusas cuando en 1894 se convirtió en zarina. Su intromisión en los asuntos políticos y la influencia que Rasputín ejerció sobre ella emponzoñaron las relaciones entre la monarquía y sus principales y tradicionales apoyos en la sociedad. Durante la Primera Guerra Mundial, se le acusó de favorecer a los intereses

del imperio alemán, el gran enemigo de Rusia.



Grigori Rasputín (1869-1916). Para curar la hemofilia del zarévich Alexéi, el zar y la zarina recurrieron a varios aventureros y farsantes, hasta que apareció Grigori Rasputín, un campesino curandero que procedía de Siberia, y que ganó su posición en la Corte porque parecía ser capaz de detener las hemorragias y el sufrimiento del heredero al trono. Tras la marcha del zar Nicolás II al frente, en agosto de 1915, Rasputín incrementó su influencia política. Acabó siendo el símbolo de la bancarrota moral del sistema autocrático. Fue asesinado en casa del

príncipe Félix Yusúpov el 16 de diciembre de 1916.



Yuli Mártov (1873-1923). El Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, fundado en 1898, se dividió cinco años más tarde entre la facción bolchevique y la menchevique. A partir de ese momento, Mártov fue el principal ideólogo de los mencheviques, lideró el «internacionalismo» durante la Primera Guerra Mundial y cuando regresó del exilio, tres meses después de la revolución de febrero de 1917, se opuso a la conquista violenta del poder y defendió siempre, frente a Lenin, una dirección colectiva de la revolución. Acusado por Trotski de contrarrevolucionario,

murió en el exilio.



Príncipe Gueorgui E. Lvov (1861-1925). Pertenecía a una de las familias nobles más antiguas de Rusia, aunque desde finales del siglo XIX comenzó a tomar conciencia de la distancia que había entre terratenientes como él y la gran masa de población campesina. El 2 de marzo de 1917, tras la abdicación del zar, en medio del regocijo en las calles, en los cuarteles y en las trincheras, asumió la presidencia de un Gobierno provisional formado en su mayoría por diputados de la Duma pertenecientes a la elite liberal y rica del país. Arrastrado por la ola

revolucionaria, dimitió el 7 de julio.



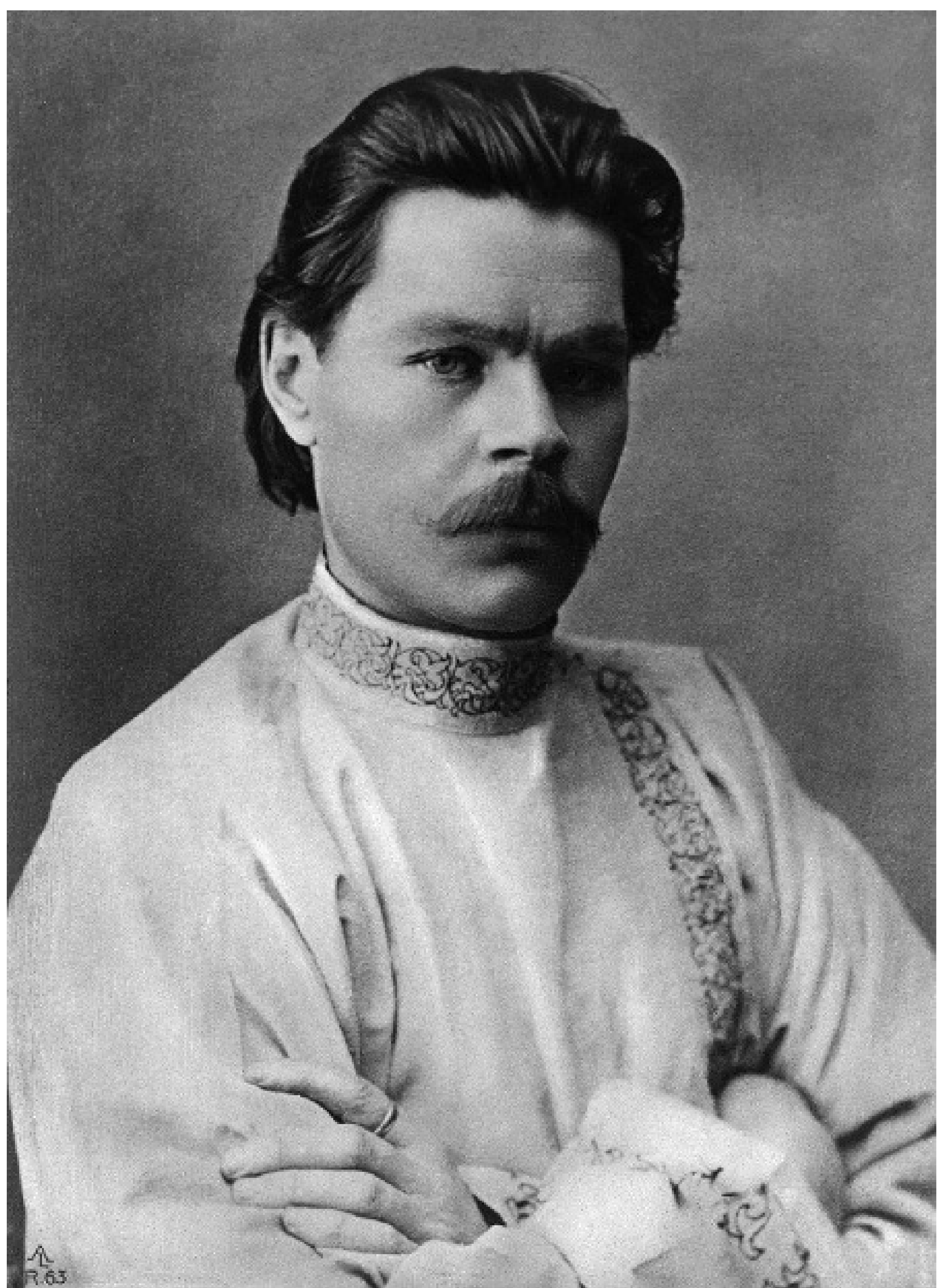
Aleksandr Kérenski (1881-1970). Dirigente de un pequeño grupo, los *Trudoviki*, el Partido Obrero, emparentado con los socialrevolucionarios, sustituyó a Lvov en julio de 1917 como presidente del Gobierno provisional. Llegó a ese puesto justo cuando se acababa de abortar una insurrección en Petrogrado y comenzó a gobernar enemistándose frontalmente con los bolcheviques. Pero lo que destruyó su prestigio fue el fallido golpe contrarrevolucionario del general Kornílov. Cuando se inició la revolución de octubre, trató en vano de encontrar

apoyos armados y defender el orden. Unos días después, huyo disfrazado de marino.



Lavr Kornílov (1870-1918). Aunque fue nombrado por Kérenski Comandante en Jefe del ejército ruso, encabezó poco después un golpe para derribarlo y establecer una dictadura militar. Arrestado en el monasterio de Bykhov, junto con otros treinta militares implicados en la conspiración, se convirtió en un mártir de la contrarrevolución. Se escapó de la prisión el 19 de noviembre de 1917 y lideró, junto con el general Denikin, el Ejército Voluntario, la mayor fuerza del bando Blanco que luchó contra los bolcheviques en la guerra civil. Murió en combate en abril

de 1918.



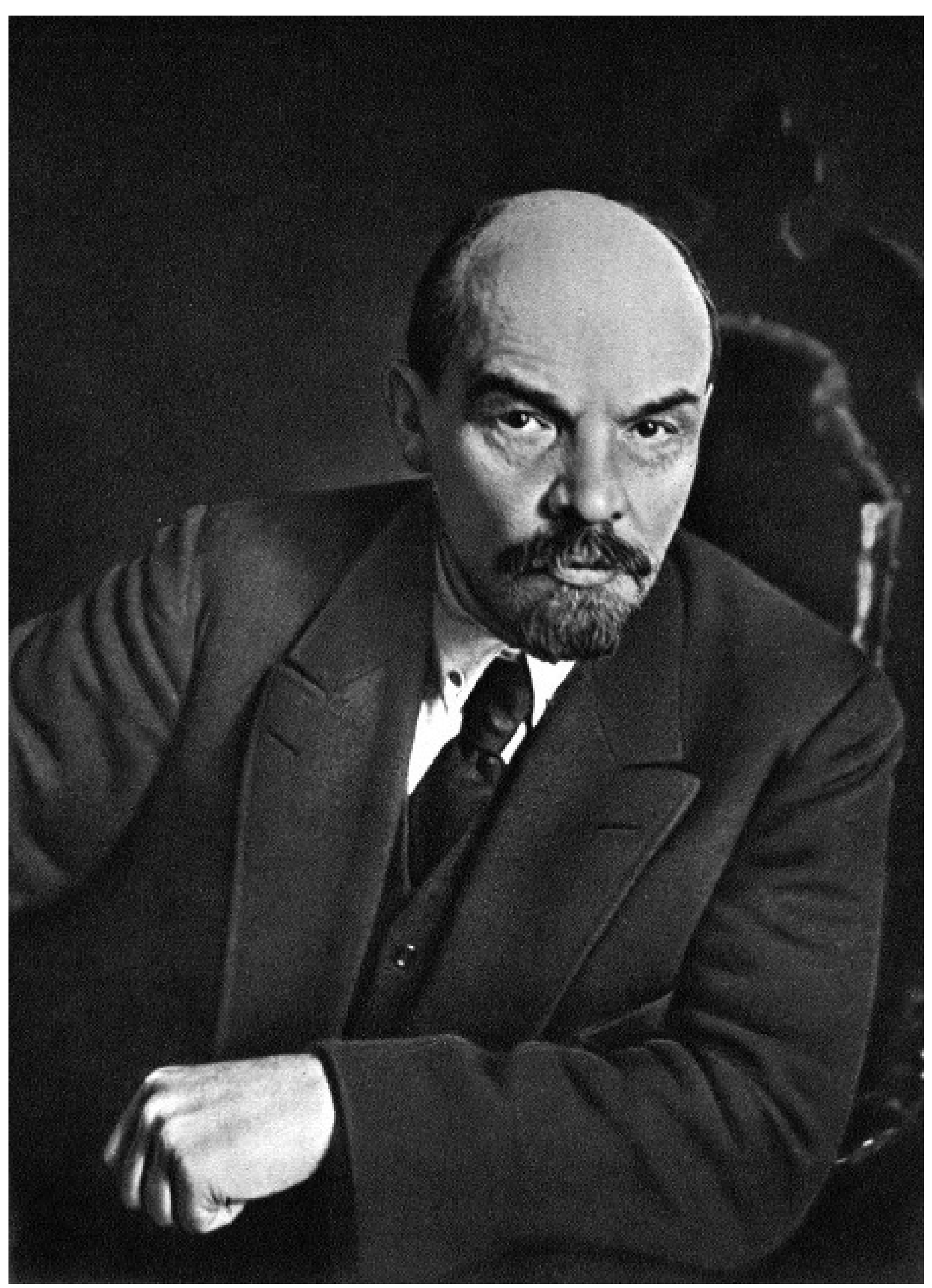
Máximo Gorki (1868-1936). El escritor Máximo Gorki pasó de la fe en la revolución a la desilusión. Ya en el verano de 1917 denunció los «instintos criminales» que estaban destruyendo Rusia, convencido que lo que estaba pasando en su tierra iba a arrasar por completo la civilización. Se fue en el otoño de 1921, y aunque volvió en 1928 como el gran hijo pródigo de Stalin, pronto comenzó a oponerse a ese régimen dictatorial y pasó sus últimos años, hasta su muerte en junio de 1936, en arresto, tras ver cómo su hijo era asesinado, casi con toda seguridad por

orden de Stalin, el año anterior.



Aleksandra Kolontái (1872-1952). Desde la revolución de 1905, algunas militantes socialdemócratas propugnaron una organización exclusiva de mujeres dentro del partido y fue Kolontái quien dio los primeros pasos. En los meses entre la revolución de febrero y la de octubre, fue abanderada de las demandas de una legislación igualitaria que incluyera el derecho al voto. Tras la toma del poder por los bolcheviques, fue elegida Comisaria del Pueblo para la Asistencia Pública, aunque su completa identificación con las ideas feministas y las

mujeres trabajadoras la condenó pronto a un lugar marginal.



Vladímir Ilich Uliánov, Lenin (1870-1924). La noticia de la revolución de febrero le cogió en Zúrich, aunque muy pronto irrumpió en aquel escenario de crisis de autoridad como actor principal. Llegó a Petrogrado el 3 de abril y fue recibido como un héroe por obreros y soldados. Llevaba diecisiete años fuera de Rusia. Impuso la tesis de no apoyar al Gobierno provisional y la de preparar una insurrección armada para tomar el poder. Tras conseguirlo, comenzó pronto a adoptar medidas más centralizadoras, autoritarias y represivas. El culto a su

persona recordaba en muchos aspectos al que se había profesado al divino zar.



León Trotski (1879-1940). Fue ya dirigente del primer sóviet de la historia, creado en San Petersburgo al calor de la revolución de 1905, aunque no se unió oficialmente al partido bolchevique hasta julio de 1917. El 25 de septiembre fue elegido presidente del Sóviet de Petrogrado y desde esa posición dio las órdenes finales para tomar el poder. Comisario de asuntos exteriores en el primer gobierno bolchevique, dirigió el Ejército Rojo durante la guerra civil y, tras la muerte de Lenin y el ascenso de Stalin, fue expulsado del partido en 1927, acusado de

«sectarismo», y asesinado en México en agosto de 1940.



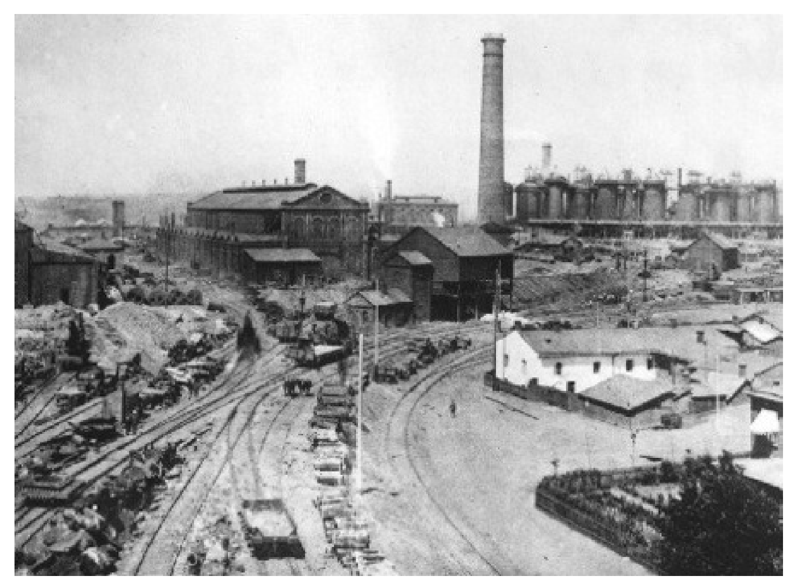
Iosif Stalin (1878-1953). A Stalin no se le recuerda por su participación en la revolución, sino por imponer una versión extrema de la dictadura iniciada por los bolcheviques tras la conquista del poder. Al contrario que la mayoría de los líderes bolcheviques, estuvo en Rusia durante la guerra mundial, tenía menos conocimiento de lo que pasaba en Europa, estaba más habituado a la clandestinidad y mostraba una concepción más rígida del partido. La idea muy extendida de que Stalin traicionó a la revolución se opone a quienes piensan que los

elementos básicos de su régimen estaban ya presentes con Lenin.

Imágenes de cambios y conflictos



Tras la abdicación de Nicolás, el 2 marzo de 1917, el zar, la zarina y sus seis hijos fueron arrestados. El Gobierno provisional negoció con el gobierno británico enviar a la familia real a Inglaterra, pero el Sóviet de Petrogrado impidió que salieran de Rusia. En la noche del 16 al 17 de julio de 1918 fueron asesinados en Ekaterimburgo, junto al médico del zar y a algunos de sus sirvientes.



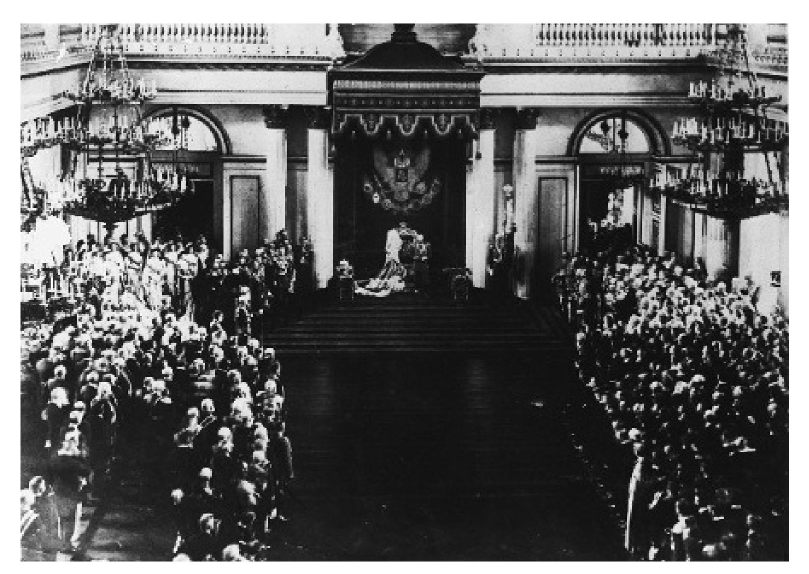
Desde finales del siglo XIX Rusia experimentó un notable crecimiento industrial, impulsado por el Estado y dependiente del capital extranjero, que se notó especialmente en los sectores textil y metalúrgico. Emergió así una división en las grandes ciudades entre barrios insanos, donde los trabajadores vivían en condiciones calamitosas, y los distritos del centro, con calles pavimentadas, agua corriente y electricidad.



La debacle militar en la guerra contra Japón precipitó una crisis política y social, que casi llegó a una confrontación total de la sociedad con el régimen. El 9 de enero de 1905 una manifestación masiva, de 150 000 personas, que incluía a muchas mujeres y niños, se dirigió al Palacio de Invierno. Las tropas concentradas para evitar que llegaran allí abrieron fuego y causaron unos doscientos muertos y ochocientos heridos.



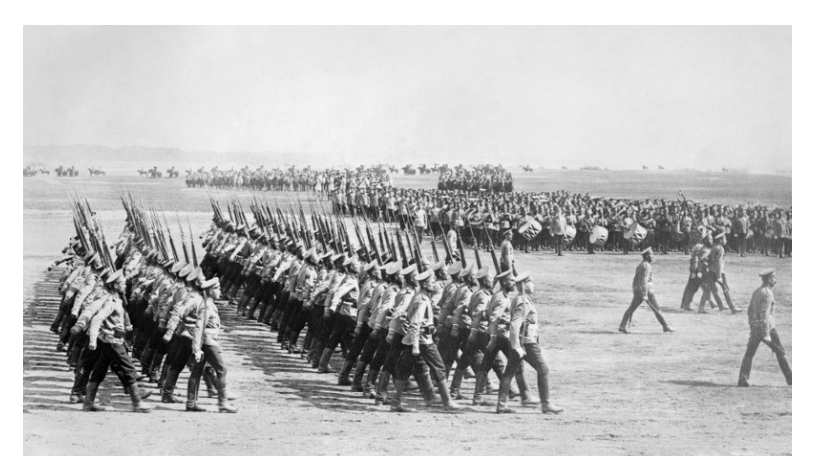
En 1905 hubo huelgas y conflictos que se extendieron por diferentes partes del imperio. Se utilizó al ejército para reprimirlas. Los motines alcanzaron a las fuerzas armadas, como el de junio en el acorazado *Potemkin*, que resultó, tras apoderarse los marinos del buque y conducirlo a Odesa, donde una huelga mantenía a la ciudad en estado de sitio, en una matanza de dos mil personas, con más de tres mil heridos.



Como consecuencia de las numerosas huelgas y disturbios que sacudieron a Rusia en 1905, el zar fue presionado para firmar un manifiesto, en octubre, en el que garantizaba libertades civiles y poderes legislativos a una Duma elegida por sufragio democrático. Y aunque la primera Duma abrió sus puertas el 27 de abril de 1906, setenta y dos días después fue disuelta, como lo serían muy pronto las que le siguieron.



Tsárskoye Seló, la Villa de los Zares, era la residencia de la familia real a las afueras de San Petersburgo. Nicolás II pasaba allí largos períodos, despreocupado de las tareas de gobierno, mientras las revueltas y disturbios crecían a lo largo y ancho de su imperio. Tras su abdicación, el zar y a la zarina estuvieron arrestados allí, donde permanecerían vigilados hasta agosto de 1917, cuando fueron trasladados a Siberia.



El ejército era el principal soporte del régimen zarista, con casi un millón y medio de soldados y oficiales; era el ejército más grande del mundo, más grande que los ejércitos juntos de los dos principales imperios que lucharon contra Rusia en la Primera Guerra Mundial. Como en los otros imperios, los nobles ocupaban puestos importantísimos. La quiebra de ese ejército durante la guerra abrió las puertas a la revolución.



En febrero de 1917, muchos soldados empezaron a confraternizar con los manifestantes, a quienes les entregaron sus armas. Apareció así en el escenario uno de las componentes más peculiares de la revolución en Rusia comparada con otras de la historia contemporánea: el papel primordial de soldados y marinos armados en la quiebra del orden y en la destrucción de las relaciones jerárquicas existentes.



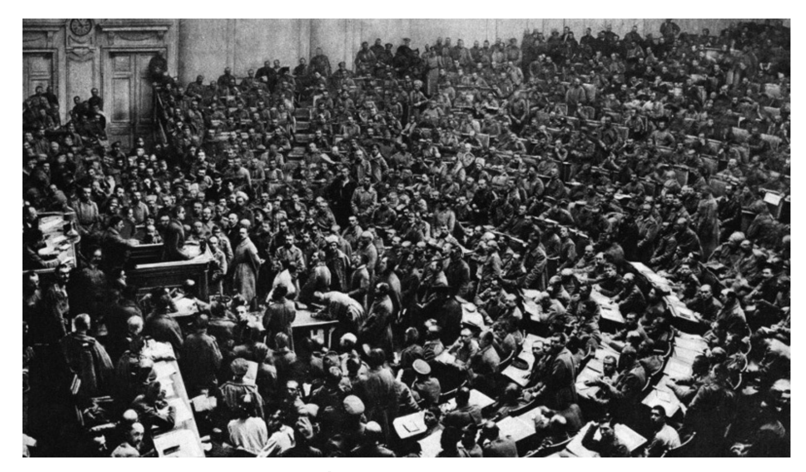
Vladímir Ilich Uliánov, Lenin, llegó a la estación de Finlandia de Petrogrado, desde su exilio en Suiza, a medianoche del 3 de abril de 1917 y fue recibido por obreros y soldados con pancartas, banderas rojas y con una banda de música. En ese viaje redactó lo que él consideraba que debía ser el programa bolchevique de transición desde «la primera a la segunda fase de la revolución», conocido como las Tesis de Abril.



El Palacio Táuride, construido a finales del siglo XVIII, fue la sede de la Duma desde 1906, foco de poder de la revolución de febrero, donde nacieron el Gobierno provisional y el Sóviet de Petrogrado, y lugar de reunión de la Asamblea Constituyente en enero de 1918. Y fue allí también donde Lenin presentó en público, al día siguiente de llegar a la capital, sus Tesis de Abril, ante una asamblea de socialdemócratas.



Los bolcheviques crecieron desde la caída del zar de forma extraordinaria debido a la disciplina, a la unidad que impuso su reducido Comité Central y a la ventaja que les daba tener en Lenin a un líder carismático y reconocido por todos. La irrupción de Lenin en ese escenario señaló el inicio de una fuerte oposición de izquierda. Era un excelente orador, con absoluta fe en el destino que la historia le había asignado.



El origen de los sóviets, o consejos obreros, como organizaciones distintas de los sindicatos y partidos socialistas estaba en la revolución de 1905, pero fue a partir de febrero de 1917 cuando se extendieron como máxima expresión de la «democracia revolucionaria». A finales de mayo había unos 700, con más de 200 000 delgados. En octubre, la cifra había subido a 1500, de los que 455 eran campesinos.



Las manifestaciones, que podían reflejar período de crisis continua desde 1914 a 1921, con la Primera Guerra Mundial, las dos revoluciones de 1917 y la posterior guerra civil. En todas esas expresiones de júbilo o de protesta tuvieron un lugar destacado las mujeres.



La destrucción, los actos de vandalismo y el rechazo de cualquier cosa asociada con el zarismo fueron componentes esenciales de los cambios revolucionarios que sacudieron a Rusia en 1917. Mientas que muchos socialistas e intelectuales vieron esa violencia arrolladora como el impulso «natural» de un pueblo oprimido, otros, sin embargo, subrayaron ya la monstruosidad del desorden por encima de cualquier elemento positivo.



El Instituto Smolny, una antigua escuela de chicas, fue sede del Sóviet de Petrogrado, del Comité Militar Revolucionario y centro de mando del Partido Bolchevique. Fue allí, a las 10 de la mañana del 25 de octubre, donde Lenin escribió el anuncio del derrocamiento del Gobierno, de que el poder del Estado había pasado al Sóviet de Petrogrado y de que estaba en marcha la revolución por la que el pueblo había luchado.



La revolución de octubre tuvo una participación popular escasa. Las fotos y documentos que han quedado de aquel acontecimiento no confirman esa imagen romántica, transmitida por la historiografía soviética y encumbrada diez años después de los hechos en el film *Octubre*, de Serguéi Eisenstein, de sangrientos combates y de «asalto» al Palacio de Invierno, con multitudes y barricadas en las calles.



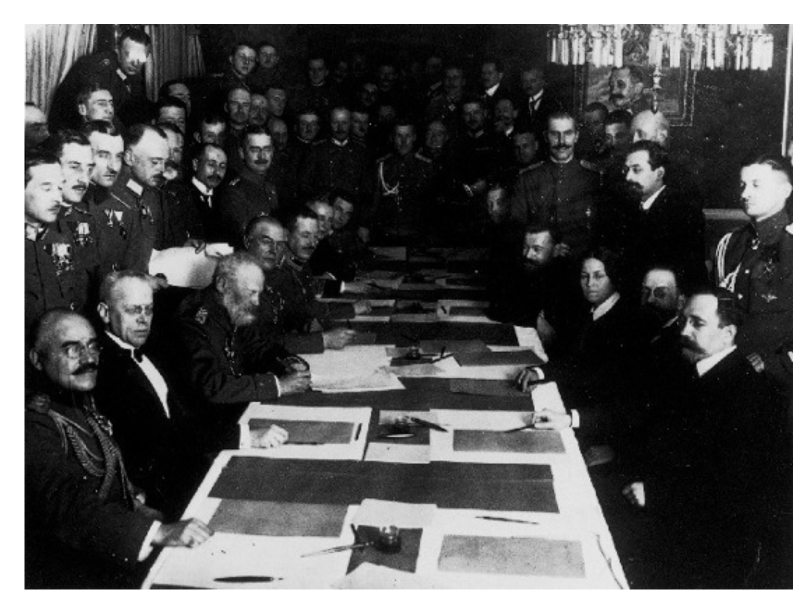
Para combatir en la guerra civil al Ejército Blanco, los bolcheviques tuvieron que crear un nuevo ejército, el Rojo, dirigido por Trotsky como comisario para asuntos militares desde marzo de 1918. Reclutó a miles de antiguos oficiales del zar, a quienes dio poder para asegurar su lealtad. Al final de ese año, habían ingresado en él 22 000 oficiales y el numero ascendió, durante el curso de la guerra, a 75 000.



Después de la revolución de octubre, y con el inicio de la guerra civil, algunas mujeres rompieron el modelo de la mayoría de las socialistas rusas de ese momento, dedicadas a tareas administrativas, de organización y políticas, y asumieron el papel de soldados, reservado hasta ese momento solo a los hombres. Algunas de ellas alcanzaron el rango de comisaria política y militar.



La quiebra del zarismo, con las dos revoluciones y la guerra civil que le siguieron, fue una tragedia para el pueblo ruso. El hambre, que se propagó sobre todo entre 1921 y 1922, mató más que la revolución y la guerra civil, llevándose a las tumbas a unos cinco millones de personas. Masas de niños huérfanos, cuyos padres habían muerto o les habían abandonado, vagaban por las calles y vivían en estaciones o basureros.



La guerra fue una de las causas de la caída del zar y de todos los gobiernos de 1917, y los bolcheviques, tras la conquista del poder, buscaron la paz con Alemania. La firmaron el 3 de marzo de 1918 en BrestLitovsk. A cambio, Rusia tuvo que entregar la mayoría de sus territorios en el continente europeo. Muchos la vieron entonces como una «paz vergonzosa», aunque sería anulada después de la victoria de los aliados.



JULIÁN CASANOVA RUIZ (Valdealgorfa, Teruel, 1956) es un historiador español. Es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza.

Ha sido profesor visitante en diversas universidades británicas, estadounidenses y latinoamericanas. Es miembro del consejo de redacción de las revistas *Historia Social* y *Jerónimo Zurita*. Miembro del consejo asesor de *Studia Histórica* (revista de Historia Contemporánea editada por la Universidad de Salamanca), *Historia del Presente* (revista semestral editada por la Asociación de Historiadores del Presente), *Historiar* (revista trimestral de Historia) y *The International Journal of Iberian Studies*. Miembro del Comité Científico de la revista *Cuadernos de Historia de España*, Buenos Aires, Argentina.

Es colaborador habitual de la páginas de opinión de *El País* y tertuliano habitual de *Onda Cero*. Ha publicado además numerosos artículos en diferentes revistas especializadas. En el año 2007 fue nombrado Hijo Adoptivo de la ciudad de Zaragoza. Asesor histórico y presentador de *La guerra filmada*, serie de ocho horas de programas documentales sobre la Guerra Civil Española, TVE, 2006 (editado por Filmoteca Española, Ministerio de Cultura, 2009).

En 2008 fue elegido, a propuesta de las partes (los familiares de desaparecidos y las asociaciones para la recuperación de la «memoria histórica» denunciantes), miembro del grupo de expertos encargado de búsqueda de fosas comunes y la identificación de las víctimas en el sumario contra los crímenes del franquismo promovido por el juez Baltasar Garzón. Destacó su trabajo en la identificación de los más de 3500

republicanos fusilados en Zaragoza.

Entre las obras que ha escrito o en las que ha participado como editor o coordinador se encuentran las siguientes:

La historia social y los historiadores (1991); *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón, 1936-1939 (coautor, 1992); República y guerra civil (2007); Historia de España en el siglo* XX *(coautor junto a Carlos Gil Andrés, Ariel, 2009) y Europa contra Europa, 1914-1945 (2011).*

Notas

[1] La investigación y elaboración de este libro se ha beneficiado del apoyo del Ministerio de Economía y Competitividad a los proyectos HAR2012-32020 y HAR2015-64348-P; del Gobierno de Aragón al grupo de investigación H24; y de la financiación de los departamentos de History y de Political Science de la Central European University. <<

[2] Una observación necesaria sobre las fechas: hasta el 31 de enero de 1918, Rusia siguió el calendario Juliano, que transcurría con un retraso de trece días respecto al Gregoriano que se usaba en la mayoría de los países de Europa desde finales del siglo XVI. El 14 de febrero de 1918, el Gobierno bolchevique decretó que el 1 de febrero de ese año sería el 14 de febrero, adaptando el calendario Gregoriano. Las fechas referidas a las revoluciones de 1917, y al período anterior, que se usan en este libro son del calendario Juliano entonces vigente. <<

[3] El lector interesado en esos temas puede ver una reciente aproximación y balance en el número monográfico, «State of the Field: 1917 on the Eve of the Centenary», que le dedica la revista Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History, vol. 16, n.º 4, otoño de 2015, especialmente el artículo de S. A. Smith «The Historiography of the Russian Revolution 100 Years On», pp. 733-749, y la respuesta de Donald J. Raleig, «The Russian Revolution after All These 100 Years», pp. 787-797. Fue Marsha Siefert quien me puso en la pista hace años ya de la importancia de esa revista para comprender las nuevas aportaciones sobre la historia y cultura de Rusia. <<

[4] Se incluyen en este comentario solo los trabajos —libros, capítulos de libros o artículos de revistas científicas— que han sido utilizados en la investigación y elaboración de este libro, la mayoría de ellos publicados en los últimos veinticinco años. Como en el libro no hay notas, siempre que se cita o usa un argumento o idea de forma directa, aparece el autor en el texto y se da la referencia completa en este comentario. La mayoría de las fuentes, en inglés, han sido consultadas en los excelentes fondos que la Biblioteca de la Central European University de Budapest tiene sobre Rusia. Las que no se encontraban allí, han sido obtenidas gracias a la eficacia y amabilidad de los especialistas del servicio de intercambio de la Universidad de Zaragoza y de la CEU. <<